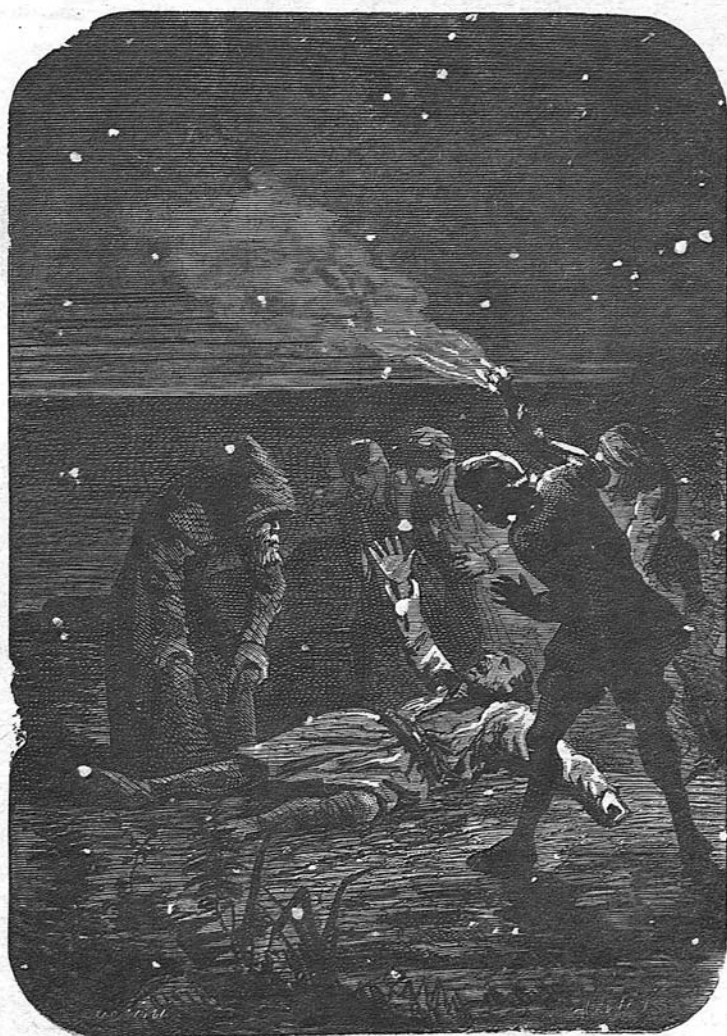


M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

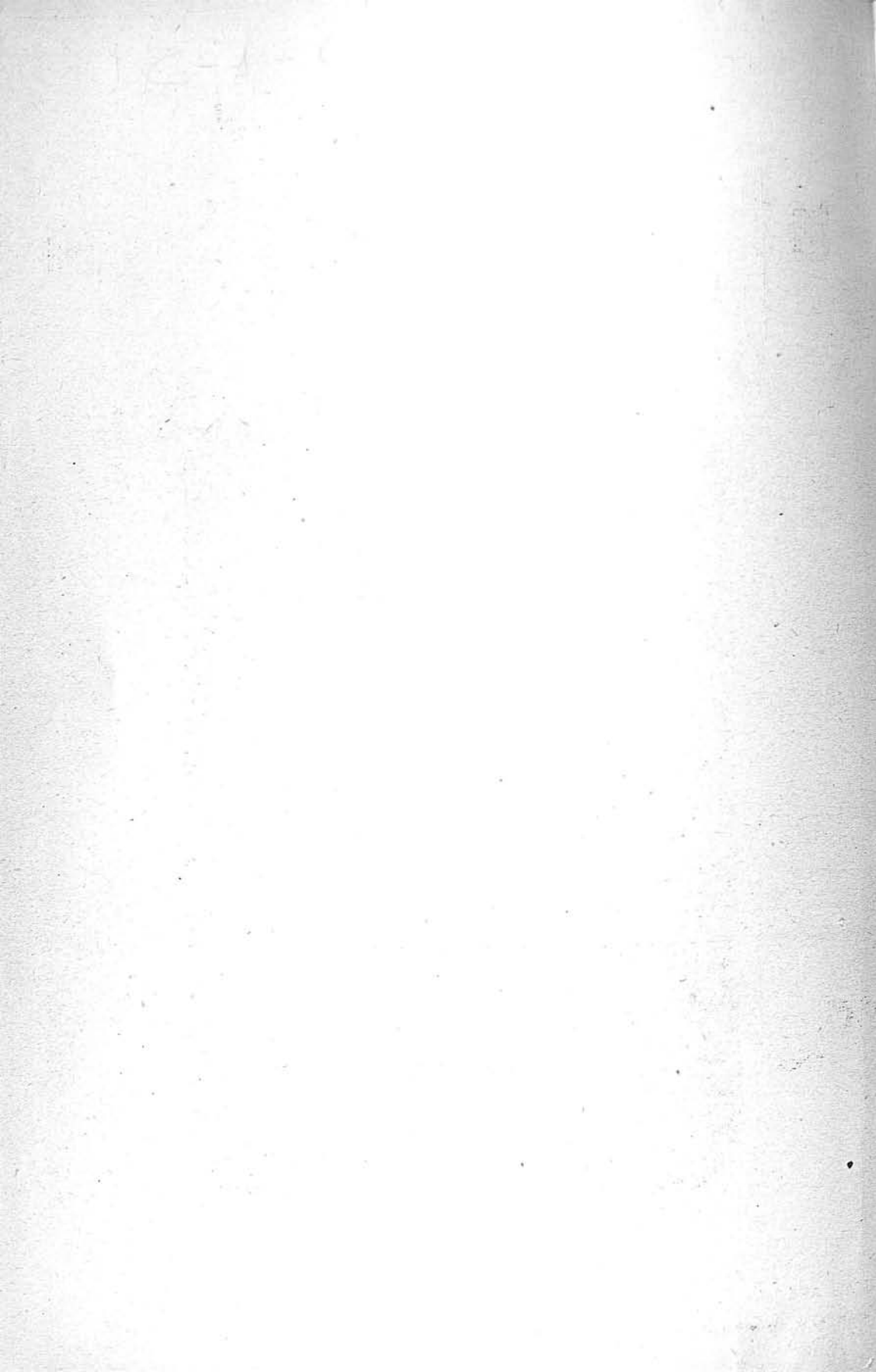


EL PASTELERO DE MADRIGAL



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 339

TOMO TERCERO
35 CENTIMOS =



M. Fernández y González



EL PASTELERO DE MADRIGAL

TOMO TERCERO



S-Z-601/3

LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Melistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 29.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Sale.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganzá, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpools.
- 251, 252 y 253.—La Mafia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
- 326 a 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d. Castillo.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul. —El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero).—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo; tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerra

- 77.—La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de

las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 3 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—143 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 153. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—173 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Fria

130 a 138. El Tribunal de la sangre.—39 a 147. El siglo de las tinieblas.—308 a 311. El peluquero del Rey.—312 a 318. Las justicias de Felipe II. 319 a 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares, 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha. 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo. 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



El Pastelero de Madrigal

CAPITULO VIII

DE CÓMO USABA ABEN-SHARIAR DE SU AUTORIDAD
CON UNA AUDACIA INFINITA

Por galerías y por escaleras excusadas llegaron al fin al postigo, que el mayordomo abrió.

Aben-Shariar, Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, salieron.

El mayordomo fué á cerrar, pero Aben Shariar le dijo:

—Venid, vos también; nos haceis falta.

El mayordomo se puso muy pálido, se marcó en sus ojos la agonía del terror, y salió.

Aben Shariar cerró con llave el postigo, y luego, dirigiéndose á la góndola que le esperaba, hizo entrar en ella al cardenal, al fraile y al mayordomo.

—A las prisiones de la inquisición del Estado—dijo Aben Shariar á Nicolino en voz baja.

Y se entró en la litera.

Nicolino se deslizó á lo largo del costado de la góndola, llegó á la popa, y dijo á Brachioforte que dormía ó parecía dormir:

—Guía á las prisiones de Estado.

—¡Ah!—exclamó Brachioforte, cuyos labios se contrajeron en una horrible sonrisa—; ¡las prisiones de Estado!

Y luego dijo en voz alta dirigiéndose al gondolero:

—Arranca y en marcha.

El gondolero impulsó con el remo á la góndola, que se puso en movimiento.

Al fondo de un canal negro y lóbrego entró la góndola bajo una bóveda sombría, y al poco espacio chocó en una reja de hierro.

Aquella reja se abrió instantáneamente, como si hubiese cedido al choque de la góndola.

Pasó ésta y la reja volvió á cerrarse.

La góndola estaba ya dentro de las prisiones de Estado,

—Sin embargo, al poco espacio chocó en una segunda reja que se abrió como la primera, y se cerró en el momento en que pasó la góndola.

Dejóse ver una luz turbia que adelantaba, y se acercó al borde del canal que terminaba en un espacio abovedado y negro, á cuyo fondo había una puerta de hierro.

Quien llevaba la luz era un hombre rudo y zafio, tipo exacto del sombrío carcelero de las prisiones de Estado de Venecia.

De la góndola salieron Aben-Shariar, el cardenal, el agustino y Nicolino Razzi, éste último, á una seña de Aben-Shariar.

—Franquead las rejas á los gondoleros—dijo Aben-Shariar dando algunas monedas de plata al gondolero que estaba á proa.

La góndola se volvió y salió. Pero antes de pasar de la segunda verja, Brachioforte se inclinó hacia el borde del canal, y dijo en voz baja:

—Vigilad á monseñor Pietro Mastta hasta que salga de las prisiones; vigiladle en nombre del Estado.

La góndola salió, al mismo tiempo que por la puerta de hierro que hemos indicado desaparecían en el interior de las prisiones Jenaro de Montalto, fray Miguel de los Santos, Aben-Shariar, el mayordomo y Nicolino.

Algunos minutos después Aben-Shariar y Nicolino salían por otra puerta de las cárceles del Estado.

Los otros tres habían quedado encerrados en los calabozos secretos.

Aben-Shariar tomó una góndola, entró en ella, y dijo á Nicolino:

—Vete á San Marcos y haz que se prepare todo para un casamiento.

Nicolino partió.

—Al puerto—dijo Aben-Shariar á los gondoleros.

Media hora después, la góndola había salido de los canales, y ya sobre el mar, se deslizaba entre los innumerables buques que llenaban el concurridísimo puerto de Venecia, impulsada por los remos.

Aben-Shariar indicó al gondolero que remaba una hermosa galera mercante, á cuyo costado at acó la góndola.

Aquella galera era la *Bella Genovesa*.

Cuando entró á bordo Aben-Shariar le salió al encuentro un marino alto y buen mozo y ya de alguna edad.

Aben-Shariar lanzó á aquel marino una mirada sombría, en la que el marino que había sido objeto de ella no pudo reparar, porque ya había oscurecido.

—¿Dónde habéis estado, señor, dos días enteros?—dijo el marino que seguía á Aben-Shariar hacia el alcázar de popa.

—¿Por qué recelas, Yezid?—dijo Aben-Shariar.—¿Crees que he estado en peligro?

—En Venecia, señor, hay que temerlo todo, además, ha venido á buscaros hace poco, y os está esperando en vuestra cámara, un veneciano que no me gusta nada.

Aben-Shariar comprendió que quien le estaba esperando era César Malatesta, á quien había citado, como sabemos, para su galera, aquella misma noche.

Se apresuró, pues, á entrar en la cámara.

En efecto, Malatesta era el veneciano que esperaba á Aben-Shariar, que entró y cerró la puerta.

Yezid se quedó paseando fuera sobre cubierta.

—Veo que sois dócil—dijo Aben-Shariar—y os felicito por ello, señor César Malatesta.

—Yo no puedo felicitarle, monseñor, de lo que me obligáis á hacer.

—Os obligo á obrar con juicio. Elena os ama estais unido á ella por el crimen, y la prudencia debía haberos aconsejado que no irritáseis el amor de esa mujer; además de eso, y por más que lo desconocáis, la amais, señor César Malatesta.

—Puede ser; pero creo que la mujer que amo es la que vos me arrebatáis.

—Esa mujer pertenece á otro hombre á quien ama.

—Ese hombre hubiera caído ante mí.

—Os engañais, señor César Malatesta; ese hombre, á la primera sospecha de pretensiones vuestras hacia su mujer, os hubiera hecho pedazos.

—No todos los hombres son como vos, monseñor.

—Pues sabed que Gabriel de Espinosa me vence á mí, que os he vencido á vos.

—Podrá ser, porque yo no dudo de la verdad de vuestras palabras; pero hay en medio de todo algo que vos no sabeis.

—¡Ah! Vos os referís sin duda á los amores de Gabriel de Espinosa con Estéfana Barbarigo.

—Pero vos lo sabeis todo, monseñor—dijo con asombro César Malatesta.

—Todo.

—¿Y sabeis también que ese hombre, que ese Gabriel de Espinosa, piensa en casarse con Estéfana Barbarigo?

—Sí. ¿Y cómo sabeis vos, señor César Malatesta, que se proyecta ese casamiento?

—Los criados de Estéfana Barbarigo están á mi disposición, y cuando ese hombre piensa tan seriamente en casarse con Estéfana, no puede dudarse de que doña María de Souza no es su mujer, sino su querida.

—Vos no sabeis nada de eso, ni podeis comprender lo que sucede—dijo Aben-Shariar—; hablemos de otra cosa. ¿Os ha dado Elena los papeles que contenía el pliego cerrado que le entregásteis hace diez años de orden del Consejo de los Diez?

—Sí, monseñor; helos aquí.

Y sacó de debajo de su justillo un voluminoso cuaderno que Aben-Shariar guardó entre sus ropas.

—Gracias, porque me habeis servido bien; supongo que Elena os ha entregado estos papeles porque está satisfecha de vos.

—Sí, monseñor, la he engañado bien; he vuelto á ser para ella el amante tierno y apasionado de hace diez años; me he mostrado arrepentido; la he hecho convencerse de que la sola idea de un rompimiento con ella me estremecía, y para probarla que á nadie más que á ella amaba, la he propuesto un casamiento inmediato, cuya noticia la ha llenado de alegría.

—Pues ese casamiento va á tener lugar muy pronto, señor César Malatesta.

—Obligado por vos, monseñor, me es comple-

tamente indiferente la época en que ese casamiento se realice.

—Dentro de dos horas, á lo más, sereis esposo de Elena.

—Como queráis, monseñor—y ardió una chispa sombría en los ojos de Malatesta, que no pasó desapercibida para Aben-Shariar.

—Evite yo un peligro á Sayda-Mirian y á Gabriel—dijo para sí Aben-Shariar—, matando los celos de Elena, y has después lo que quieras.

Aben-Shariar quedó un momento en silencio, luego digo á Malatesta:

—Dentro de un momento, en cuanto escriba una carta, volveremos á Venecia y os diré lo que habeis de hacer.

Y Aben Shariar escribió la carta siguiente:

“Señor Tieppolo: Dad al dador lo que me prometisteis darle ayer.—PIETRO MASTTA.”

Cerró Aben-Shariar esta carta, y puso en su sobre:

“Al señor Tieppolo Albano, en las Lagunas.”

—Paolo—dijo Aben Shariar llamando.

Inmediatamente se presentó Yezid.

—Voy á Venecia con este caballero —dijo Aben-Shariar—, y probablemente no volveré hasta mañana; me importa que al amanecer entregues esta carta á la persona á quien va dirigida. Adiós.

Y entregando la carta á Yezid, salió de la cámara con César Malatesta, atravesaron el puente y bajaron á la góndola que esperaba por orden de Aben-Shariar.

Una hora después, Aben-Shariar y César Malatesta entraban en el palacio Contí por el postigo que ya conocemos.

Pero entonces se dirigieron juntos á las habitaciones de Elena.

Cuando entraron, encontraron á ésta hablando irritada con los cuatro criados que habían quedado en la casa.

—Es imposible que no sepais lo que ha sucedido; Giuseppe ha desaparecido, y con él los dos huéspedes extranjeros; se me hace traición, y estoy dispuesta á castigarlos.

Los criados temblaban, porque sabían bien de cuánto era capaz Elena.

En este momento entraban César Malatesta y Aben-Shariar.

Al verlos, Elena los abarcó en una profunda mirada, y exclamó volviéndose á los criados:

—Es muy posible, por lo que veo, que no seais

vosotros los autores de la traición que se me ha hecho. Idos.

Los criados salieron, y Aben-Shariar y César Malatesta quedaron solos con Elena.

—¿Quieres decirme, Malatesta, por qué te acompañas ese hombre?—dijo ésta.

—Elena—dijo Malatesta acercándose á ella y asiéndola cariñosamente una mano; el que tú llamas ese hombre, es uno de los ciudadanos más ilustres de Venecia.

—A quien yo no conozco, que se presenta á mí de una manera extraña, y del cual, en la situación en que me encuentro, tengo derecho á desconfiar.

—¿Y en qué situación os encontrais, hermosa señora?—dijo con una perfecta galantería Aben-Shariar.

—Antes de responderos, permitidme que os pregunte: ¿qué derecho, qué razón teneis para interrogarme?

Antes de que Aben-Shariar pudiese contestar, Malatesta, que quería provocar un diálogo que le diese alguna luz acerca de la conducta de Aben-Shariar, que no comprendía ni podía comprender, dijo:

—Este caballero es monseñor Pietro Mastta...

Aben-Shariar hizo un movimiento tal, tan significativo y tan amenazador para César Malatesta, que éste enmudeció.

Pero era ya tarde; el nombre genovés de Aben Shariar había sido un rayo de luz para Elena.

—¡Ah, sí — exclamó —; vos sois monseñor Pietro Mastta, el tremendo corsario que, á pesar de esto sirve de tal modo á Venecia, que como premio de sus servicios ha llegado á formar parte del Consejo de los Diez.

—El señor César Malatesta ha cometido indudablemente una imprudencia; pero ya no es tiempo de repararla.

—Teneis razón, señor Pietro Mastta—dijo Elena—, porque esto me prueba que el cardenal de Montalto y fray Miguel de los Santos, y además de éstos, mi mayordomo Giuseppe Basili, están en estos momentos en las prisiones de Estado; ¿venís á prenderme á mí también, señor Pietro Mastta? Sea en buen hora; os seguiré contenta, porque estoy segura de que no tardareis vos mucho en ocupar, como yo, un calabozo secreto en la cárcel de la inquisición de Venecia.

—Os irritáis contra mí, Elena, y me suponéis

intenciones que no he tenido ni puedo tener; yo he venido aquí acompañando á mi amigo Malatesta, para acompañaros con él á la iglesia de San Marcos y salvar, usando de mi autoridad, todas las dificultades que se opusieran á vuestro casamiento instantáneo, sin llenar las formalidades prescritas en el Concilio de Trento.

—Parece increíble—dijo con sarcasmo Elena—que conozcáis tan bien nuestra religión; yo creo que os habéis convertido de veras, señor Pietro Mastta.

—¿Quién os ha dicho, señora—dijo profundamente Aben-Shariar—, que yo no haya sido siempre cristiano?

—¿Y quién os ha dicho á vos que obliguéis á César Malatesta á ser mi esposo?

—Nadie me obliga—dijo César.

—De cuán diferente manera me hablabas esta mañana, César. Después de habernos separado has contratado sin duda amistad con monseñor Pietro Mastta.

—En todo caso, y como amáis con toda vuestra alma, señora, al señor César Malatesta, debéis agradecerme el que yo haya influido en vuestro próximo casamiento.

—Pues no os lo agradezco, monseñor, porque este casamiento no lo hacéis, ni por César Malatesta, ni por Elena Karuk; lo hacéis por vos, é, lo que es lo mismo, por vuestra cuñada la africana, la hermosa sultana Sayda Mirian.

Aben-Shariar hizo un gesto de despecho y de rabia, que absorbió con placer Elena.

—¿Cómo habéis podido olvidaros, monseñor, de lo que tan bien sabéis, esto es, de que Venecia es una red de asechanza, cuyos hilos se multiplican y se anudan entre sí? ¿Cómo habéis podido olvidaros de que yo soy hija adoptiva de la República, de que pertenezco á ella en cuerpo y en alma, siendo uno de los instrumentos secretos de su poder? Pues qué, ¿no sabéis, monseñor, que la República tiene también agentes entre las damas venecianas, y que acaso estos hermosos agentes son los más útiles al Estado? ¿Sabéis acaso si era un secreto para el Consejo de los Diez la estancia en Venecia, en mi casa del cardenal Jenaro de Montalto y del religioso portugués fray Miguel de los Santos? ¿Sabéis acaso si al llamar yo á esas dos personas no era yo, sino el Estado, quien las llamaba? ¿Sabéis si al prenderlas en mi casa, porque vos los habéis preso sin duda, habéis incurrido en delito de

traición contra la República, obrando por vos mismo en un asunto tan grave sin conocimiento del Consejo de los Diez? ¿Que venís á facilitar mi casamiento con César Malatesta? ¿Sabéis si yo, que había escuchado con placer el asentimiento de César á casarse conmigo, porque le amo y quiero casarme con él, ahora que sé que no ha cedido á mi influencia, sino á la vuestra, querré casarme con él? ¿Sabéis si al salir de aquí, porque vais á salir, monseñor, seréis preso por la República, como vos habéis preso en mi casa á mis huéspedes y á un criado mío?

Apenas había acabado de decir estas palabras Elena, se oyeron golpes en la puerta del palacio.

—Venecia llama á mi puerta—dijo Elena—, y llama por vos, monseñor.

Aben-Shariar no contestó una sola palabra; su semblante adquirió una expresión terrible: se fué en derechura á una ventana, y la abrió.

—¡Detente, César—exclamó Elena—, si no quieres que te crean cómplice suyo!

Malatesta tiró de la espada y se lanzó hacia Aben-Shariar; pero éste había salvado ya la balaustrada, había desaparecido y se había deslizado rápidamente, apoyándose en las labores góticas del muro, y se encontraba fuera del palacio, sobre el borde del canal que corría á uno de sus costados.

Instantáneamente tres bultos, espada en mano, cayeron sobre el corsario; uno de ellos rodó herido de una estocada, y Aben-Shariar saltó sobre él y escapó.

Llegó al borde de un canal, se arrojó á él, se sumergió en el agua, y, nadando por debajo de ella sin que se notase la más leve ondulación, siguió hasta dar vuelta á otro canal; salió un momento á flor de agua y volvió á sumergirse, nadando debajo del agua otro gran trecho, repitiendo esta operación de tiempo en tiempo, hasta que, sin ser notado de nadie, porque la noche era oscura, salió por los canales al mar. Luego, nadando del mismo modo un largo trecho bajo las olas, saliendo un momento á respirar y á tomar aliento, ganó la playa en un lugar desierto, partió á la carrera, siguió corriendo tres horas á lo largo de la costa, hasta que llegó á una pequeña cala.

Una vez allí, Aben-Shariar silbó por tres veces; á la tercera vez contestó otro silbido desde el otro lado de la cala.

—¡Al esquite, mano á los remos, y aquí!— dijo Aben-Shariar.

Poco después un pequeño esquite embestía en la arena á los pies de Aben-Shariar, que entró en él.

Un pescador veneciano, al menos en la apariencia, era el que tripulaba el esquite.

Una vez dentro Aben-Shariar, el pescador empujó el esquite, que flotó de nuevo, se metió en el mar, saltó dentro del esquite y se apoderó de los remos.

—¿Por dónde anda la *Leona*, Aben-Alí?— preguntó Aben-Shariar.

—Por la vuelta de afuera, emir—contestó Aben-Alí.

Entrambos habían hablado en árabe.

—Está la mar picada de Levante—dijo Aben-Shariar—, y bien necesitas de toda tu fuerza, mi viejo tiburón.

—En cuanto estemos á cien brazas de la costa pondré mi palo y encenderé mi linterna roja; la *Leona* nos buscará.

—Una vez á bordo de mi *Leona*, venga contra mí Venecia entera—dijo con acento terrible el corsario.

—¿Qué sucede, emir, que tu acento es acento de muerte, y vienes tan mojado, que no parece sino que has nadado mucho tiempo?—dijo Aben-Alí.

—El rey de Portugal ha ido de imprudencia en imprudencia hasta que nos ha comprometido á todos. Y bien, yo no he podido hacer más: el destino es más poderoso que los hombres; todo lo que me resta que hacer, lo haré; no me hables más, Aben-Alí, porque estoy dado á Satanás.

Aben-Alí no contestó una palabra, y siguió abogando con una fuerza increíble, y haciendo adelantar con rapidez al pequeño esquite, á pesar de lo grueso de la mar.

Cuando estuvieron á alguna distancia de la costa, Aben-Alí enarboló un pequeño palo en el esquite, le puso un velacho, encendió un farol con cristal encarnado y le colocó en lo alto del palo. Aben-Shariar iba al timón.

A vela y á remo el esquite siguió adelantando, y Aben-Alí y Aben-Shariar buscando en vano una señal hacia el Levante.

La señal que buscaban era otra linterna roja que debía encender la *Leona* al ver la luz roja del esquite.

Y pasaba el tiempo; el Levante se hacía cada vez más fuerte y el oleaje más grueso.

—El temporal se nos echa encima—dijo Aben-Shariar—, si tardamos aún una hora en ser vistos por la *Leona*, esto es cosa concluida; ¡que se cumpla la voluntad de Dios!

En aquel momento, allá en el horizonte, apareció como una estrella opaca, roja é inmóvil, una pequeña luz.

—Pues nos ha visto—dijo Aben-Alí.

—Sí; pero está muy lejos, el tiempo se va haciendo demasiado duro, y es muy posible que la *Leona* llegue tarde.

—Tus tigres del mar vendrán hacia ti, noble emir, con las alas del viento que les entra en popa, y si el esquite zozobra y nos vamos al agua, y estás cansado, emir, yo probaré otra vez que no en vano me llaman el tiburón rojo, y te llevaré, si es necesario, sobre mis hombros hasta la costa de Túnez.

—Boga, boga, y que Dios nos ampare—dijo Aben-Shariar.

Al fin no fué necesario que el tiburón rojo atravesase el Mediterráneo desde Venecia á Túnez llevando á nado sobre sus hombros al emir.

Durante una hora, se fué aproximando más y más la luz roja, hasta que al fin apareció muy cerca ya del esquite un buque negro, largo, gigantesco, con tres palos, en que se veían hinchadas tres enormes velas latinas.

En el palo del centro, sobre las crucetas, se veía una enorme linterna roja.

Cuando Aben-Alí sentía dormirse ya sus brazos de cansancio, en que arreciando más y más el viento, determinaba ya un fuerte temporal, un esquite largo tripulado por doce hombres que llevaban trajes tunecinos, todo lo cual se veía á la luz de los relámpagos, chocó con el pequeño esquite en que ventan Aben-Shariar y Aben-Alí, que se aferraron al esquite que ventó en su socorro, saltaron dentro de él y dejaron á merced de las olas el pequeño bote en que hasta allí habían llegado.

Luego el gran esquite se acercó al costado de la galeota, desde cuya mura echaron cabos á los que en el esquite se hallaban, porque el estado de la mar no permitía otra manera de entrar á bordo.

Cuando por medio de los cabos subieron todos á la galeota, el esquite, que había sido trincado, fué izado sobre cubierta.

—Ahora—dijo con voz de trueno Aben-Shariar, que se encontraba de nuevo entre sus corsarios sobre el puente de su valiente *Leona*—, ahora, á combatir con la mar; luego á dar caza á la primera galera de dos bandas de la República que tome la vuelta de afuera.

Y Aben-Shariar se puso á mandar la maniobra.

CAPITULO IX

DE CÓMO SE TUVO POR MUERTO Á ABEN-SHARIAR,
Y DE LO QUE PASÓ HASTA QUE AL OTRO DÍA SE
TUVIERON NOTICIAS SUYAS.

Los dos esbirros que habían seguido á Aben-Shariar, después de que éste huyendo había matado al otro esbirro, llegaron al ángulo del canal á tiempo que Aben-Shariar se arrojó en él.

Los esbirros esperaron á que Aben-Shariar apareciese sobre la superficie, lo que hubieran visto si hubiera sucedido, porque había luna y la noche era muy clara.

Pero esto no sucedió: como sabemos, Aben-Shariar se había alejado nadando bajo la superficie.

Cuando hubieron pasado algunos segundos sin que Aben-Shariar apareciese sobre la superficie, uno de los esbirros dijo:

—Aquí hay poco fondo y mucho fango, y de seguro ese hombre se ha sepultado en él y no vuelve á salir más.

—¿Y quién le busca para cerciorarse de si se ha quedado ahí ó no?

—Ya saldrá á flor de agua dentro de veinticuatro horas, cuando se infle.

—O no saldrá si se ha clavado bien en el fango; la verdad es que está ahí, y ya estará dando cuenta á Dios de sus pecados.

—Ahí está, indudablemente, porque no ha salido ni más arriba ni más abajo en mucha extensión.

—Pues vamos á dar parte á monseñor.

—Vamos.

Los dos esbirros se alejaron hacia el ángulo del palacio, le doblaron pasando junto á otros esbirros que estaban en observación y llegaron á la puerta del palacio, que encontraron abierta ya.

Al ir á entrar, otro esbirro les cortó el paso.

—No podéis pasar—les dijo.

Aquel esbirro era Brachioforte.

—Venimos á dar parte á monseñor de un suceso importante.

—Dádmelo á mí, que le transmitiré á monseñor.

—Nosotros estábamos con Micaelo Bempo en observación del costado derecho del palacio, cuando se abrió una ventana y se deslizó por el muro al borde del canal un hombre; fuimos á prenderle; pero aquél acometió espada en mano á Micaelo, le mató, siguió corriendo y se arrojó al canal cuando nosotros le asíamos ya casi por las ropas.

—¿Se os ha escapado, canallas!—exclamó Brachioforte.

—Él no sabía, sin duda, el sitio por donde se arrojaba, que tiene un profundísimo fondo de fango, y en él sin duda ha perecido, porque no ha vuelto á salir, á pesar de que hemos estado allí tiempo bastante para que haya perecido.

—Un traidor menos—exclamó sombríamente Brachioforte—; quedaos aquí dos y no dejéis entrar á nadie en el palacio—añadió dirigiéndose á otros esbirros—; llevadme ahora al sitio por donde ese hombre se ha tirado al canal.

Los dos esbirros se pusieron en marcha guiando á Brachioforte que, según las muestras, era un esbirro colocado en una categoría superior.

—He aquí por dónde se ha arrojado ese hombre—dijo uno de los esbirros.

—¿Y no ha salido ni por arriba ni por abajo?—preguntó Brachioforte.

—No, señor.

—Corred la voz, y que vengan aquí todos los esbirros que están en observación de este canal y de los que con él cruzan.

El esbirro á quien Brachioforte había dado esta orden se alejó, y poco después volvió al mismo tiempo que por una y otra parte acudían en torno de Brachioforte veinticinco ó treinta esbirros.

—¿Habéis visto salir algún hombre del canal ó nadar por él, ó ha pasado alguna góndola?

Todos aquellos hombres respondieron negativamente afirmando que nada habían visto.

—Llamad á los gondoleros que están delante de palacio—dijo Brachioforte.

Un momento después dos robustos gondoleros estaban junto á Brachioforte entre los esbirros.

—¿Tiene mucho fondo por esta parte el canal?—les preguntó Brachioforte.

—¡Ah! ¡Mi señor!—dijo uno de los gondoleros—, aquí hay poca agua; pero el fondo de fango es profundísimo.

—¿Y qué acontecería á un hombre que se arrojase en este sitio al canal?

—Según, mi señor; si sabía arrojar se podría salir á nado; pero si se arrojaba de cualquier modo, ignorando el peligro, perecería de seguro.

—En el caso de que se hubiese arrojado bien, se le hubiese visto salir nadando, ¿no es esto?—dijo Brachioforte.

—Indudablemente, mi señor—dijo otro gondolero.

—¿Y si no se le veía salir nadando?

—Entonces, mi señor, es que se había clavado en el fango y había perecido.

—¿Sabe todo el mundo lo peligroso de este punto del canal?

—No, mi señor; lo sabemos los gondoleros, porque al llegar aquí nuestros bicheros no encuentran punto de apoyo, y nos vemos obligados á apoyarnos en el borde del canal.

—¿No se conoce tampoco por la superficie que el fango es profundo en este sitio?

—Vos mismo lo estais viendo, mi señor; el mismo color tiene el canal aquí que quince brazas más arriba en que el fondo es limpio y firme; pero el agua de los canales está estancada y es turbia y verdosa.

—Es necesario reconocer por aquí el canal y ver si se encuentra en él el cuerpo de un hombre.

—Eso es imposible, mi señor; en el momento en que toca al fango, el fango se va tragando lentamente el cuerpo que le toca hasta que le sepulta; y si no, que se busque un perro, que se le arroje con fuerza de manera que llegue al fango, y se verá que no vuelve á aparecer.

—Pero metiendo perchas con garfios podría encontrarse algo.

—Difícilmente, mi señor, porque el fango es profundísimo.

—¿Qué traje tenía el hombre que se arrojó por aquí?—preguntó Brachioforte á los esbirros que le habían dado parte de la desaparición del hombre que se había arrojado por aquella parte al canal después de haber salido del palacio por una ventana y de haber matado á un esbirro, de cuyo cadáver, dicho sea aparte, nadie había hecho caso, sin duda porque no necesitaba ya socorro.

—Llevaba—dijo uno de los esbirros—birrete

rico de terciopelo rojo bordado en oro; loba con mangas anchas y orla de armiño de terciopelo negro; jubón y bragas acuchilladas de terciopelo rojo, calzas blancas y zapatos de terciopelo acuchillados.

—¿Tenía los cabellos cortos, el semblante moreno, los ojos negros y la barba entera, negra y cerrada?

—Sí, señor.

—El era; un traidor menos—murmuró de una manera inteligible Brachioforte, y luego añadió dirigiéndose á los dos esbirros que le habían dado parte de la desaparición de Aben-Shariar—vosotros, conmigo; los gondoleros á la góndola; cuatro á levantar el cadáver de Micaelo Bembo y á llevarlo á la iglesia más inmediata, donde se depositará, quitando de sobre su pecho la insignia de esbirro; los demás, á sus puestos, y sigilo, so pena de traición, acerca de lo sucedido.

Toda aquella gente se diseminó, y algunos minutos después el canal estaba silencioso y desierto como si nada hubiera acontecido.

Solamente en el canal de Monforte se veían delante del palacio de Conti una góndola, y en su puerta entreabierta tres hombres que hablaban en voz baja.

—Id á San Marcos—decía á los esbirros Brachioforte, prended al sacristán menor Nicolino Razzi, y llevadle á la cárcel de la inquisición del Estado.

—¿Y dónde se le encerrará?

—En los calabozos destinados á los reos de alta traición.

Los esbirros, que no necesitaban saber más, se alejaron, y más abajo del canal de Monforte, entraron en otra góndola que esperaba también.

Entonces Brachioforte entró en el palacio Conti y cerró la puerta.

Giacomo Barbarigo había entrado poco después de la fuga de Aben-Shariar en la cámara donde estaban Elena y César Malatesta.

—Habéis tardado mucho, monseñor—dijo Elena al ver aparecer á Barbarigo—; nuestro hombre se nos ha escapado.

—Aquí veo un veneciano que tiene fama de valiente—dijo Barbarigo con acento duro refiriéndose á Malatesta, contra quien con mucha razón estaba indignado.

—Monseñor Pietro Mastta—dijo Elena—, no ha dado tiempo á César para detenerle.

—Que salga de aquí ese hombre—dijo dirigiendo la palabra á Elena Barbarigo, que por las razones que ya sabemos no quería ni aun hablar á Malatesta.

Malatesta se inclinó y salió.

No era sólo la enemistad que sentía Barbarigo hacia Malatesta lo que le impulsaba á quitarse de delante al joven; era de noche, y á la roja luz de las bujías la razón de Barbarigo se resentía, y además de esto, César Malatesta se parecía demasiado á Lázaro Malatesta, su padre.

Barbarigo se sintió como aliviado de un peso desde el momento en que César Malatesta salió de la cámara.

Barbarigo adelantó hacia Elena, y la tendió la mano.

—Has obrado como digna hija adoptiva de la República, Elena—la dijo el anciano senador.

—¿Tiene el Consejo de los Diez noticia de lo que sucede?—preguntó con afán Elena.

—No—respondió Barbarigo—; es un asunto demasiado grave para no tratarle con mucho pulso; la traición de Pietro Mastta es disculpable; él ha contrariado sus creencias, ha vencido su odio á los cristianos y su odio particular á Venecia, por su amor á una mujer, por la cual no puede alentar ni la más leve esperanza, sin embargo, de lo que está consagrado en cuerpo y en alma á la felicidad de esa mujer; los intereses de Venecia están en oposición con el interés y con el corazón de la mujer á quien ama con el valor y con el sufrimiento de un mártir, el emir Aben-Shariar, y el emir, ó como mejor quieras, el marino genovés Pietro Mastta, ha abusado del poder que por miedo á él le ha dado la República.

—¿Por miedo, monseñor!

—Sí, por miedo; esta es la expresión, por miedo de una sangría lenta y continua; el emir Aben-Shariar es un corsario terrible; un gran marino que dispone á su placer de todas las galeotas piratas de la regencia de Argel, y de los reinos de Túnez, Fez y Trípoli; la enemistad de Aben-Shariar contra Venecia, supone cada día un buque apresado, robado, echado á pique, sin que haya medio de evitarlo.

—Poned una escuadra bajo el mando de César Malatesta, y él limpiará el Adriático de piratas.

—César Malatesta es un bravo capitán y un buen marino—dijo Barbarigo—; pero ¡ay de él, si tuviera que habérselas con Aben-Shariar! Se-

ría como una hoja seca ó como una pluma que el viento lleva. No es César Malatesta el único buen capitán, el único brave marino de que Venecia dispone, y, sin embargo, después de haber intentado en vano vencerle, la República ha acabado por encontrar prudente el atraérsele, pagándole un alto precio, declarándole ciudadano de Venecia, elevándole al alto gobierno del Estado, dándole un puesto en el Consejo de los Diez. Para probarte que no en balde Venecia ha llegado á tanto, basta con lo que acabas de ver. Aben-Shariar se ha visto perdido, y ha escapado por una ventana, y estoy seguro que no han podido prenderle; dentro de poco, el emir Aben-Shariar estará á bordo de su tremenda galeota la *Leona*, y mañana empezarán los desastres de la marina de la República. Tú has cumplido lealmente, aunque en ello haya habido mucho de tu interés particular en avisar á la República; pero las cosas han tomado irremediabilmente un aspecto tan sombrío, y es tan perspicaz Aben-Shariar, que no ha podido prendérsele, como lo temía yo. ¡Oh! Si se le hubiera podido haber á las manos, si se le hubiera podido sepultar en las cárceles del Estado, la cuestión hubiera sido otra; no se le hubiera matado, no se le hubiera arrojado de su puesto del Consejo de los Diez; pero se le hubiera obligado al agradecimiento, y Aben-Shariar tiene demasiado corazón, es demasiado noble para no pagar en buena moneda los servicios que hubiera debido á Venecia.

—Sabéis, monseñor, que quisiera deciros una cosa.

—¿Y cuál, hija mía?

—Me dan miedo vuestro ilustre nombre y vuestras canas, monseñor.

—Habla, habla libremente, Elena; todo puedes decirme, porque yo soy uno de esos viejos que son siempre indulgentes con la juventud.

—Yo creo, monseñor, que tenéis en gran parte la culpa de la situación en que se ha colocado el corsario tunecino.

—¡Yol

—Sí, vos; ¿por quién han venido á Venecia, llamados por mí, el cardenal de Montalto y el fraile agustino Miguel de los Santos, trayendo consigo el rescripto de Clemente VIII, que decreta la anulación del matrimonio de Gabriel de Espinosa ó del rey don Sebastián de Portugal con la mora convertida doña María de Souza? ¿En quién recae el provecho de esta anulación

sino en vos, que, por el casamiento de vuestra hija con ese rey misterioso, la veréis un día reina de Portugal?

—Esa ha sido una oficiosidad del Papa, que ha cedido á la solicitud de Gabriel de Espinosa creyendo que mi influencia en los negocios del Estado bastaría para llevar en un breve término al trono de Portugal al rey don Sebastián, suscitando por esto grandes dificultades al rey de España don Felipe II, á quien Roma quisiera ver reducido á la impotencia. Esta debilidad, que consiste en creer que yo antepongo mis intereses á los intereses de la patria, ha enemistado contra nosotros y ha hecho ser imprudente á Aben-Shariar y le ha obligado á incurrir en delito de traición. Os habéis equivocado todos, incluso el rey don Sebastián, respecto á mí; si yo no hubiese prescindido completamente de mi hija, si yo no me considerase ya solo en el mundo, si Estéfana mereciese el amor y la protección de su padre, yo, como padre y como caballero, me hubiera opuesto con todas mis fuerzas al casamiento de Estéfana con el rey don Sebastián.

—Os hubiera halagado, sin embargo, el engrandecimiento de vuestra familia por la elevación de vuestra hija.

—El que ha pedido el repudio de la noble mujer á quien debe la vida; que se lo ha sacrificado todo; que le ha puesto sobre el camino al fin del cual debe encontrar un trono; el que ha sentenciado á esa mujer al dolor y á la desesperación por razones de conveniencia, repudiaría mañana á Estéfana por razón de Estado. No, Elena, no; yo conozco demasiado á los hombres y á los reyes y no se me puede engañar; yo hubiera evitado, en vez de protegerle, el casamiento de Estéfana; no por Estéfana, de cuya suerte, os lo repito, he prescindido, sino por mi propio honor, para evitar que se creyese que yo había incurrido en la miserable ambición de entroncar mi familia de patricio con una familia de reyes.

—¿Ignorábais, pues, monseñor, que el rey don Sebastián había pedido al Papa la anulación de su matrimonio?

—No, porque lo sabía; se os mandó, Elena, que invitarais al cardenal Montalto á venir á Venecia y á permanecer en ella oculto bajo el prestigio pavoroso que la República ha dado á vuestra casa, haciendo correr entre el vulgo con-

sejas maravillosas, y se os recomendó que hicierais este asunto como por vos misma, sin dar á sospechar al cardenal ó á las personas que le acompañasen en su venida á Venecia tanta parte alguna la República.

—Y he cumplido con mi deber, monseñor, obedeciendo las órdenes que se me han dado; el cardenal ha estado oculto en mi casa, temiendo ser descubierto por la República.

—Sí; habéis cumplido bien y el Consejo de los Diez está contento de vos.

—En ese caso, el Consejo de los Diez, en vez de impedir mi matrimonio con Malatesta, debe favorecerle; importa á mi corazón y á mi honor; estoy cansada ya de ser un fantasma y no quiero continuar más tiempo siéndolo; quiero dejar para siempre este palacio, que tiene para mí malos recuerdos; vivir para el mundo, gozar, gastar, como conviene á mis costumbres y á mi deseo, las inmensas riquezas de los Conti, á la posesión de las cuales me dan derecho las desgracias, los sufrimientos y el funesto fin de mi madre; quiero que el Consejo de los Diez comprenda que ya le he servido bastante y que me libre de la obligación de servirle en adelante; que me deje vivir, que me deje gozar.

—En cuanto al casamiento de Malatesta con vos, Elena, me atreveré á daros un consejo: no os conviene; Malatesta, que tanto os ha hecho sufrir como amante, os haría sufrir mucho más como marido.

—No importa; yo tengo medios para sujetar á Malatesta á mi voluntad, para esclavizarle.

—De esto hablaremos en otra ocasión; yo he venido aquí porque sabía que aquí se encontraba monseñor Pietro Mastta; porque temía que aquí se elaborase una traición contra el Estado; y que no me engañaba, me lo prueba la fuga de Pietro Mastta.

—Debe de haber sido preso, puesto que aún no se ha presentado nadie á vos, monseñor, para anunciaros que ha huido definitivamente.

—Eso no prueba nada; porque nadie se atreverá á abrir esa puerta mientras yo no llame; pero es necesario saber lo que ha sucedido y voy á llamar.

Giacomo Barbarigo se dirigió á una puerta, la abrió y dijo:

—Señor César Malatesta, haced que entre el jefe de los esbirros que me acompaña. Vos, Elena, retiraos y tenedme por despedido de vos,

porque voy á salir al momento de vuestra casa.

—Adiós, monseñor—dijo Elena—; espero que mañana, cuando vaya á visitaros, me recibiréis.

—Id antes de la hora del Consejo para que vuestra visita no robe tiempo al Estado.

—Iré á las nueve de la mañana. Adiós, monseñor.

—Adiós, Elena.

Y Elena salió del salón.

Poco después entraba en él Brachioforte, que se detuvo sombrero en mano á una respetuosa distancia del senador.

—¿Ha sido preso el hombre que ha huido á nuestra llegada?—preguntó Barbarigo.

—No, monseñor, ha muerto á uno de los esbirros, se ha arrojado en el canal y ha perecido entre el fango; ningún esbirro le ha visto aparecer de nuevo después de haberse arrojado, y los gondoleros, que conocen muy bien el estado de los canales, han declarado que el que se arrojó al canal en el punto por donde ese hombre se ha arrojado á él, debe necesariamente perecer.

—Más vale así—dijo profundamente Barbarigo—; pero en cambio se habrá preso al sacristán menor de San Marcos.

—Estamos en desgracia esta noche los que acompañamos á monseñor; Nicolino Razzi, que era una de los más terribles esbirros del Consejo de los Diez, estaba prevenido; ha herido á los dos esbirros que habían ido á prenderle y ha escapado.

—Que se le mate donde se le encuentre—dijo friamente Barbarigo.

—Muy bien, monseñor.

—Vamos ahora á las prisiones de Estado; acompañadme vos sólo; que los demás esbirros se retiren.

—¿Y se deja en libertad al señor César Malatesta?

—Sí, precededme y vamos.

Barbarigo y Brachioforte salieron del salón, atravesaron la antecámara sin que Barbarigo dijese una sola palabra á César Malatesta, que le saludó ceremoniosamente al pasar, salieron á las galerías, bajaron las escaleras, y por la puerta principal del palacio llegaron á la góndola, en la cual entró Barbarigo y luego Brachioforte después de haber dado orden á los esbirros de que se retirasen.

La góndola partió.

El palacio de los Conti quedó abandonado, oscuro, sin que se viese una sola persona cerca de él.

CAPÍTULO X

UN INTERROGATORIO DE ESTADO

Era un salón completamente entapizado de paño rojo, y con el techo de madera severamente tallado y de color oscuro.

Aquel salón no tenía más que una gran puerta en uno de sus extremos, y en el otro extremo un gran dosel, en el centro de cuya cortina se veían, bordadas en oro y de un gran tamaño, las iniciales del Consejo de los Diez.

Bajo el dosel había una gran mesa, detrás de la cual se veían diez sillones, y á la derecha y á la izquierda de esta mesa, una grada más abajo, había dos mesas pequeñas, y junto á cada una de ellas un taburete, destinadas á los secretarios del Consejo.

Dos grandes arañas cargadas de bujías iluminaban este salón; pero en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, sólo había encendidas algunas bujías de la araña más próxima al dosel, y las de uno de los cuatro candelabros que se veían sobre la mesa del Consejo.

Un hombre se paseaba haciendo resonar sus lentas pisadas sobre el sonoro pavimento de mármol del salón que estaba completamente desierto.

Aquel hombre era Giacomo Barbarino.

En vez del birrete, del ropón talar rojo y de la estola dorada, que venían á ser el uniforme oficial de los miembros del Consejo de los Diez, Giacomo Barbarigo estaba sencillamente vestido con un traje de terciopelo negro, con espada al cinto y un pequeño puñal.

Se abrió la puerta y entraron dos hombres, tras los cuales la puerta volvió á cerrarse.

El uno de aquellos hombres iba completamente vestido de rojo, y el otro de blanco y negro.

Eran un cardenal y un fraile agustino.

En una palabra, Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos.

Al verlos, Giacomo se dirigió afablemente á ellos y se quitó el birrete.

El cardenal y el fraile se despojaron, el uno de su capelo rojo y el otro de su capucha negra.

—Seáis bien venido, monseñor, y vos también, padre—dijo Barbarigo tendiendo la mano derecha al cardenal y la izquierda al agustino—; tranquilizaos, que sólo estáis aquí por una equivocación.

—Espero que se nos ponga inmediatamente en libertad—dijo Jenaro de Montalto—y se satisfaga á Roma.

—Roma está satisfecha—dijo Barbarigo—, porque el hombre que abusando de su poder os ha preso, no existe ya; pero cubríos, señores, como yo voy á cubrirme, porque este salón es demasiado frío; venid y sentémonos; tenemos que hablar algo, y después, cuando hayáis satisfecho algunas preguntas que yo os haré confidencialmente en nombre de Venecia, yo mismo os conduciré al palacio de Conti, de donde habéis sido sacados por un traidor.

Después de estas palabras Barbarigo se cubrió y el cardenal y el fraile se cubrieron también.

—¿Depende del interrogatorio que se nos va á hacer el que seamos puestos ó no en libertad?—dijo con energía el cardenal Montalto, aunque en su semblante, como en el del fraile, se veía la palidez del miedo.

—Estáis en libertad desde este momento, señores—dijo Barbarigo—; y sea cualquiera vuestra respuesta á las preguntas que yo os haga, vuestra libertad no se verá amenazada.

—Si eso es así—dijo Montalto—creo que responderemos con mucha más independencia que aquí en otra cualquier parte.

—Aunque os encontrárais en Roma, en el Vaticano, estaríais siempre sujetos á lo que Venecia se creyera obligada á hacer por su seguridad, por su libertad; los que conspiran contra Venecia están siempre sujetos al poder de Venecia, que alcanza á todas partes; y no es esto decirlo que vosotros conspiréis, señores; si conspirárais. Giacomo Barbarigo no hubiera venido á buscaros á esta hora y con este traje, ni os hablaría de una manera tan confidencial.

—¡Ah, monseñor! ¿Sois vos Giacomo Barbarigo?—dijo Jenaro de Montalto.

—Mi celebridad nace de mis continuos, de mis incondicionales sacrificios por mi patria durante toda mi vida; yo acepto con placer esa celebridad; pero sentaos, señores, y hablemos, porque comprendo que el techo de las prisiones de Estado pesa sobre vosotros, y deseais veros libres de esta prisión.

Y Barbarigo puso tres sillones sobre el estrado del dosel entre las mesas de los secretarios y delante de la mesa del Consejo.

Los tres se sentaron.

—Sé á lo que habeis venido á Venecia, como que se ha mandado por nosotros á Elena Conti que se os invite á venir; sé también que vosotros y nuestro santísimo padre Clemente VIII habéis sido demasiado oficiosos, anulando el Papa el matrimonio contraído en Africa con doña María de Souza por Gabriel de Espinosa, á quien se cree el rey don Sebastian, y vosotros, trayendo el rescripto pontificio en que se decreta la anulación de ese matrimonio á petición del rey don Sebastián de Portugal, con objeto de contraer nuevas nupcias con la patricia veneciana Estefana Barbarigo. ¿Sabéis con qué intención ó por qué razón nuestro santísimo padre ha decretado la anulación del matrimonio de Gabriel de Espinosa con doña María de Souza?

—El rey don Sebastián, monseñor—, dijo Jenaro de Montalto—no puede hacer reina de Portugal á una africana hija de infieles, por más que se haya bautizado.

—No me incumbe más que respetar las determinaciones del Papa; pero en cuanto al pretexto que se da inmediatamente á esa anulación, que no es por cierto el que doña María de Souza sea africana é hija de infieles, sino el deseo expresado por el rey don Sebastián de quedar libre para contraer matrimonio con la patricia Estefana Barbarigo, debo preguntar, obedeciendo á mi honra y á mi lealtad á la República, si por este casamiento se ha creído que yo pondría temerariamente mi influencia en el Consejo de los Diez al servicio del rey don Sebastián por la miserable ambición de que se me llamase un día padre de la reina de Portugal.

—Creo, monseñor, que en el ánimo del Papa no haya entrado por nada el pensamiento de que vos amparáseis más allá de lo que debéis á vuestro honor y á vuestra conciencia al rey don Sebastian.

—Sin embargo, hablando leal y francamente—dijo Barbarigo—la extraña causa que se alega para el repudio de doña María de Souza, me autoriza á sospechar que tal vez se ha intentado ponerme delante de los ojos una tentación, y ésta sola sospecha me lastima más de lo que podéis creer.

—El rey don Sebastian ha alegado amor hacia

vuestra hija y conveniencia para sí y para su reino, porque la hija de Giacomo Barbarigo es digna por las virtudes y por la gloria de su padre de ser esposa de un rey.

—Oigo en vuestra boca las palabras de Roma, que cuando no truenan en nombre de Dios, cantan engañosamente como las sirenas; y ya no es una sospecha la que tengo, sino la seguridad de que se ha intentado que yo manchase, ya en el fin de mis días, una larga vida de honrosos sacrificios; os habeis engañado, y yo lo deploro, porque vuestro error me ofende; yo no soy padre de Estéfana Barbarigo más que por la naturaleza; yo he repudiado, yo he lanzado de mí á esa mujer con causas bastantes para ello, y me es completamente igual que contraiga matrimonio con un rey ó con un bandido; ella es completamente libre; os habeis engañado si habeis creído que yo me enorgullecería por su casamiento con el rey don Sebastián; reina ó no, yo no volveré á llamarla hija; yo he lanzado sobre ella el *nulla est redemptio* que lanza Roma sobre aquéllos á quienes arroja perpetuamente de la Iglesia.

—La Iglesia perdona á los arrepentidos—dijo el cardenal de Montalto.

—La Iglesia es divina y yo soy humano. Por más que rogando para siempre mi perdón á esa mujer cometa un pecado, yo no la perdonaré jamás; yo daré cuenta á Dios en mi día de por qué no la he perdonado. Así, pues, habeis incurrido en una grave equivocación. Venecia no hará por el esposo de Estéfana Barbarigo lo que no haría por el esposo de doña María de Souza. Pero debo deciros que en vez de ganar el rey don Sebastián en el aprecio de la República por el inmotivado y cruel repudio de su esposa, ha perdido mucho del aprecio que por él sentía la República. ¿Cómo puede esperar Venecia el agradecimiento de un hombre que tan terribles pruebas da de ser desagradecido y egoísta? Sabéis, señores, lo que el rey don Sebastián debe á la noble mujer á quien repudia? Sin ella hubiera perecido abandonado entre los cadáveres de la batalla de Alcázar-Kivir; sin ella, sin su amor, sin su abnegación, no hubiera salido de Africa; ella por él ha sacrificado un trono; ha abjurado de su religión, ha abandonado en ella las cenizas de sus padres, ha visto desvanecerse como humo sus inmensos tesoros invertidos en expediciones aventureras, y ha sufrido cuanto puede sufrir una mujer digna, pura y valiente por el hombre de quien la ha

hecho esposa su amor. Los portugueses, al clamar por su rey, no deben rechazar á la mujer, á la noble criatura que á costa de sacrificios se lo ha conservado. Venecia, por su parte, hará lo que debe hacer; Venecia protegerá á la sultana Sayda-Mirian, ó doña María de Souza, como mejor queráis, y la tomará y la toma leal y abiertamente bajo su protección, declarándolas á ella y su hija, hijas adoptivas de Venecia. ¡Ah, sí! El rey don Sebastián es perversamente desagradecido; y lo mismo que ha roto los vínculos de gratitud que le unían á su esposa, faltará á la gratitud que debe á Venecia, que le repondrá en su trono; pero las cuestiones de corazón no son nunca las cuestiones de gobierno; Venecia usará del rey don Sebastián como un soldado usa de un arma poderosa contra un enemigo terrible. Felipe II lo amenaza todo y obliga á que se le ataque por todos los medios. Ahora bien: el objeto de mi conversación con vosotros, señores, no es ciertamente lo que hemos hablado hasta ahora, porque nada nos importan asuntos puramente particulares. Veamos. ¿Es realmente Gabriel de Espinosa el rey don Sebastián? La República, por las investigaciones que ha hecho, cree que sí; pero es tan extraña la historia de este hombre, que toda investigación es insuficiente para llegar al esclarecimiento de la verdad.

—A vos os toca contestar, fray Miguel de los Santos—dijo el cardenal de Montalto—, y comprendéis y habláis bastante bien el italiano para poder contestar á monseñor Barbarigo.

—Monseñor—dijo respetuosamente fray Miguel de los Santos—, en Portugal no se ha creído nunca en la muerte del rey don Sebastián; nadie habia visto su cadáver en un estado y de una manera tal que les convenciese de que su rey habia perecido realmente en la batalla de Alcázar-Kivir; todo habia que temerlo y que sospecharlo de la astucia del rey Felipe II, á quien como tío del rey don Sebastián, habiendo muerto éste sin hijos, correspondía por herencia el reino de Portugal.

—¿Sois vos portugués?—dijo fríamente Barbarigo.

—Sí, monseñor—contestó fray Miguel de los Santos—; soy vicario del convento de monjas de Nuestra Señora de Gracia en la villa de Madrigal.

—Creo que en ese monasterio hay una monja

que es infanta de España, sobrina del rey don Felipe, y que se llama doña Ana de Austria.

—Efectivamente, monseñor.

—Creo también que la señora doña Ana de Austria sabe que el rey don Sebastián no murió en la batalla de Alcázar-Kivir, y que esta señora sabe todo esto por el vicario de su convento, con quien han trabado relaciones ciertos señores portugueses enviados á la villa de Madrigal por el infante don Antonio, simplemente porque en un convento de esa villa hay una monja que se llama doña Ana de Austria, con la cual, andando el tiempo y según se presentasen los negocios, podría casarse el rey don Sebastián, mediando siempre una dispensación de los voto de la religiosa, y un nuevo repudio de la esposa que entonces tuviese Gabriel de Espinosa.

Fray Miguel no contestó, sino que se quedó mirando con estupor á Giacomo Barbarigo, como diciéndole con su mirada:

—¿Cómo es que sabéis tanto acerca de este negocio?

—Venecia tiene amigos hábiles en todas partes—dijo Barbarigo contestando á la mirada de fray Miguel de los Santos—; y cuando se tienen amigos hábiles y se les facilitan todos los medios para que puedan inquirir la verdad, la verdad se sabe; sábese, pues, señores, que vos, fray Miguel de los Santos, habeis ido á Roma como obedeciendo á un mandato del general de vuestra orden, pero realmente para el asunto del pastelero de Madrigal.

—¡El pastelero de Madrigal!—dijo con asombro fray Miguel de los Santos.

—No os maraville—dijo Giacomo Barbarigo—que el Consejo de los Diez conozca todos estos pormenores; cuando nos importa conocer bien un secreto, le conocemos por la misma persona que le cree profundamente guardado; resulta de esto que todo lo que se ha dicho del casamiento del rey don Sebastián de Portugal con Estefana, no ha sido más que una farsa á que se ha prestado Roma, creyendo procurar por este medio una fuerte protección al rey don Sebastián. Así, pues, creo que siendo esto inútil, debe por hoy darse un sesgo al repudio de doña Maria de Souza, porque este paso ahora sería muy imprudente, y podría hacer fracasar los proyectos del rey don Sebastián.

—Roma me ha enviado á ponerme de acuerdo en esta parte con Venecia—dijo el cardenal

Montalto—; yo, por consecuencia, de ninguno mejor que del prudente y anciano Barbarigo puedo recibir consejos, instrucciones y aun órdenes.

—Creo que por ahora hemos concluido, señores—dijo Barbarigo—, y podemos salir de aquí para que os volváis al palacio de los Conti.

Dicho esto, el anciano senador se levantó y salió del salón con el cardenal Montalto y fray Miguel de los Santos.

Al salir de las prisiones de Estado con el fraile y con el cardenal, Barbarigo hizo sacar de su encierro á Giuseppe Basili, mayordomo de Elena Conti, y mandó al esbirro, que estaba en la góndola, llevase al cardenal, al fraile y al mayordomo al palacio Conti.

Después Barbarigo se perdió por las oscuras y estrechas escaleras de las prisiones de Estado, murmurando:

—Aben-Shariar ha escapado, sin duda, burlando la vigilancia de los esbirros; y haciéndoles creer que ha perecido en el canal; Aben-Shariar ha rotó decididamente con nosotros, y es necesario tener mucho cuidado con este hombre.

CAPITULO XI

DE CÓMO ABEN-SHARIAR EMPEZÓ Á MOSTRAR Á LA REPÚBLICA DE VENECIA QUE NO ERA SU AMIGO

Maniobraba entretanto la *Leona*, luchando con el furioso Levante que levantaba el mar en movibles montañas que precipitaban las unas sobre las otras.

A la media noche, el huracán empezó á ceder, la cerrazón fué rasgándose, y por último, á la madrugada el temporal había cesado completamente.

Aben-Shariar tomó el rumbo hacia el centro del canal, y se puso en caza.

Lo que ansiaba era encontrar una galera de la República á quien vencer y á quien enviar con una carta al Consejo de los Diez.

Pero en toda la extensión del mar, no se veía un buque; para encontrarle, Aben Shariar, con un valor que rayaba ya en temeridad, dirigió su rumbo hacia Venecia.

Pero entraba el día, y en ninguna dirección se veía una sola vela.

Aben-Shariar prescindió ya de todo, y se puso en demanda de las aguas del Adriático.

Esto era provocar con un sólo buque á Venecia.

De repente, el atalaya gritó de lo alto del palo mayor:

—Vela al Sudeste.

Inmediatamente Aben-Shariar tomó el ante-ojo, y observó la vela que había aparecido en el horizonte. Aben-Shariar lanzó un grito de alegría.

Aquel buque era una magnífica galera de dos bandas de la República.

Inmediatamente la *Leona* se preparó al combate; se metieron las piezas en batería, tomaron las armas los doscientos corsarios que tripulaban la galeota, y se cargaron las velas, maniobrando para ponerse en demanda del buque que se veía en el horizonte, y se enarboló en el palo mayor la bandera de sangre.

Por su parte, la galera de la República, que había avistado también al corsario, maniobraba para entrarle en caza.

Y como que los dos buques hacían esfuerzos para encontrarse, como aquel era un reto aceptado, muy pronto estuvieron el uno bajo el cañón del otro, se rompió el fuego, y empezó el combate.

Pero la galeota, á pesar de haber roto el fuego, continuaba avanzando hacia la galera de la República con la clarísima intención de abordarla.

—Que Dios me confunda—dijo Aben Shariar, que no cesaba de observar la galera enemiga—, si aquel que viene sobre la crujía no es mi amigo César Malatesta. ¡Bahl Me alegro; así se convencerá de que no solamente puedo vencerle espada contra espada, sino también de que puedo vencerle cañón contra cañón, barco contra barco. ¡Ea, mis valientes! Se nos presenta una buena ocasión de que Venecia conozca que no nos hemos muerto; forzád los remos, hijos, forzádlos, y os doy para todos una arroba de oro en doblas marroquíes.

En efecto, César Malatesta se había encontrado aquella mañana al amanecer con la orden de que fuese á tomar el mando de la galera de dos bandas *San Pedro y San Pablo*, y salir con ella á reconocer el Adriático.

Lo que había justificado esta orden del Consejo de los Diez, era el siguiente parte que Barbarigo había rebido aquella mañana:

“Monseñor—decía—acaba de presentarse Paolo Costa, contramaestre de la galera mercante la *Bella Genovesa* con una carta de monseñor Pietro Mastta, en que me recuerda el mandato que ayer me hizo de matar á la persona que con aquella carta se me presentase. Yo no me atrevo á hacer esto sin consultar con vos, monseñor, si debo obedecer lo que manda el señor Pietro Mastta; entretendré entretanto al dador de la carta, hasta que vos, monseñor, me respondáis si debo hacerlo ó no.—*Tieppolo Albano*.”

Diez minutos después, un esbirro dió á Tieppolo la contestación siguiente:

“Entregadme de parte del Consejo de los Diez la persona de Paolo Costa.”

Paolo Costa ó Yezid, fué presentado á Barbarigo.

—Se ignora—dijo el senador á Yezid—, dónde está monseñor Pietro Mastta. ¿Lo sabéis vos?

—Yo, monseñor—dijo Yezid, que valiente para todo, era cobarde como una mujer en cuanto le hablaba un delegado cualquiera de la República—, yo, monseñor, sólo puedo deciros que anoche estuvo mi señor á bordo de la *Bella Genovesa* con el señor César Malatesta, que después se volvieron á Venecia, y desde entonces no le he vuelto á ver.

—¿Ni sabéis nada de él?

—Os diré, monseñor; desde hace algunos días le espera un esquife en la calea del Perro durante la noche; uno de los marineros del esquife estaba en tierra cuando él llegó y se metió apresuradamente en el esquife, haciéndose á la mar con el único hombre que en el esquife había; el que había quedado en tierra se vino por la playa de Venecia, y esta mañana, cuando me dirigía á casa del señor Tieppolo Albano, para llevar una carta de mi señor, encontré en el puerto al marinero que no había podido llegar á tiempo para hacerse á la mar en el esquife, y que me dió parte de ello.

—¿A qué hora salió á la mar monseñor Pietro Mastta?

—Después de la media noche.

—Pero esta noche, á esa misma hora, hubo una tormenta terrible, y tal vez por eso vuestro señor no ha podido llegar á bordo de la *Bella Genovesa*, y debe haber perecido en la mar.

—Para ir á la *Bella Genovesa* partía mi señor del mismo puerto; pero haciéndose á la mar des-



de la caleta del Perro, ha ido sin duda en busca de otro buque.

—¿De la *Leona*?

—Sí, señor.

—Pues bien; volveos á la *Bella Genovesa*.

Yezid se separó de Giacomo Barbarigo lleno de recelo.

Inmediatamente Giacomo Barbarigo envió á uno de sus criados al palacio Conti, con orden para César Malatesta de que se le presentase al momento.

César Malatesta estuvo muy poco después delante del senador, y éste, como si no le conociera, como si nunca le hubiera hablado, le dijo:

—Tomad esta orden, caballero; por ella se os entregará inmediatamente el mando de la galera de la República *San Pedro y San Pablo*; no hagáis preparativo alguno; tal como estáis poneos al momento á bordo, y en cuanto lo estuvierais, levad anclas y haceos á la mar.

—¿Para dónde, monseñor?—le respondió secamente César Malatesta.

—Para la mar; en demanda de un corsario que ha aparecido en las aguas del Adriático; cruzad y cruzad, procurando dar con él; si le encontráis, si os espera, si dispara sobre vos, contestad á su fuego; pero poco después, izad bandera de parlamento; cuando vinieren á parlamento, ved si quien acude es monseñor Pietro Mastta, ó si no fuere él, informaos de si está á bordo del corsario; si no lo estuviere, conclud el parlamento, volved á vuestra galera y continuad el combate á todo trance; si encontráis á monseñor Pietro Mastta, entregadle de mi parte este pliego (y le dió uno que tomó de sobre la mesa cerrado, con las armas de la República), suplicadle en mi nombre que lo lea, y si después de haberle leído no pasa á bordo de vuestra galera y se viene con vos á Venecia á presentarse á mí, conclud el parlamento, continuad el combate, y procurad traerme muerto ó vivo á monseñor Pietro Mastta. Acerca de todo esto, y suceda lo que sucediere, guardad un profundo sigilo, so pena de alta traición; id, y procurad volver cuanto antes.

César Malatesta, sin contestar una sola palabra, se inclinó y salió, dirigiéndose en una góndola al puerto y entrando á bordo de la magnífica galera *San Pedro y San Pablo*, que inmediatamente aparejó para levar anclas, se puso en franquía y se hizo á la mar.

Esto acontecía poco después del amanecer, y cuando la mar, por consecuencia de la tormenta anterior, estaba aún fuertemente picada.

Sabemos, pues, ya por qué la *Leona* y la *San Pedro y San Pablo* se entraban bravamente cambiando el fuego de sus piezas.

Ya en una y otra galera los proyectiles habían causado alguna avería, cuando la *San Pedro y San Pablo* izó al tope de su palo mayor la bandera blanca de parlamento.

—Aún se me tiene en algo—dijo Aben-Shariar al ver que la *San Pedro y San Pablo* pedía parlamento—. ¡Fuera de los cañones y mi esquife al agua!—gritó.

Inmediatamente cesó el fuego, y entrambas galeras se pusieron á la capa; del costado de la *Leona* se separó un largo esquife tripulado por doce hombres, en el cual se veía á Aben-Shariar, al mismo tiempo que del costado de la *San Pedro y San Pablo* se separaba otro esquife tripulado por otros doce hombres, y en el cual se veía de pie á César Malatesta.

Los dos esquifes se encontraron al fin en el punto medio de la distancia que separaba á las dos galeras.

Un momento después, los dos esquifes estaban aferrados, correspondiendo la proa del uno á la popa del otro.

Los piratas tunecinos y los marineros venecianos se miraban de la misma manera que pudieran mirarse un tigre y un león, contenidos por una fuerza superior.

—¿Qué quiere la República, señor César Malatesta?—dijo con altivez Aben-Shariar.

—Se me ha mandado buscaros, monseñor—dijo con no menos altanería César Malatesta—; he tenido la fortuna de encontraros, y os entrego esta carta que se me ha dado para vos, esperando una contestación instantánea.

Aben-Shariar tomó la carta que le entregó César Malatesta, rompió su selló, y leyó lo siguiente:

“A monseñor Pietro Mastta, senador de la República de Venecia y miembro del Consejo de los Diez, salud de Giacomo Barbarigo, su leal y afectuoso compañero.

„Comprendo la razón que os ha puesto en el lugar que ocupáis; habéis obedecido más á vuestro corazón que á vuestro deber, y habéis temido el severo fallo que la República pronunciaría irremisiblemente, tratándose de otro que no fue-

seis vos; habéis cometido una imprudencia en obrar como habéis obrado, y si no hubierais huído, si yo os hubiera encontrado en el palacio Conti, adonde fui á buscaros, hubierais sabido que nada tenéis que temer; por lo mismo, aún es tiempo; mandad á vuestra *Leona* que se haga á la mar, pasad á bordo de la galera *San Pedro* y *San Pablo*, y venid á verme; yo os conozco demasiado, y estoy seguro de que juntos encontraremos medios para salvar todos los inconvenientes del asunto, por el cual habéis roto de una manera tan temeraria vuestras antiguas y buenas relaciones con Venecia. No os digo más, porque ya os he dicho demasiado, sino que os espero con impaciencia.—*Giacomo Barbarigo*“.

Apenas acabó de leer esta carta Aben-Shariar, la arrojó al mar con desprecio, y exclamó abarcando en una sombría mirada de amenaza á César Malatesta:

—Decid á monseñor Giacomo Barbarigo lo que habeis visto; esa es mi única contestación á su carta.

—Tengo orden de empeñar con vos un combate á todo trance, y de llevaros muerto ó vivo á Venecia, si os negais á seguirme, monseñor—dijo con una altivez agresiva César Malatesta.

—Si monseñor Barbarigo supiera lo que os sucedió ayer combatiendo conmigo en la hostería de los Lombardos, no os hubiera enviado ciertamente á prenderme; cortemos nuestra conversación, que volveremos á anudar muy pronto; y puesto que os proponeis llevarme muerto ó vivo á Venecia, arrojad al mar la vaina de vuestra espada, y procurad que su hoja no vaya á acompañarla; estamos perdiendo el tiempo, y yo le necesito minuto por minuto; volved á vuestra galera, abatid la bandera de parlamento y concluyamos pronto. Desaferrad los esquifes, tigres míos; adiós, señor César Malatesta; hasta dentro de quince minutos, en que volveré á hablaros sobre el puente de vuestra galera.

—Procurad no entrar en ella como prisionero de la República—dijo con desdén Malatesta.

—Procurad vos tener oídos para oír lo que os diré. Adiós.

—Adiós.

Y los dos esquifes se separaron, viraron en redondo, y se dirigieron cada cual á su respectiva galera.

Un momento después, la *San Pedro* y *San Pablo* abatía el pabellón de parlamento, y rom-

pía de nuevo el fuego, á que contestaban bravamente los cañones de la *Leona*.

Sobre la cubierta de ambos buques se veían las tripulaciones armadas de las picas de abordaje embravecidas por llegar á las manos.

Las balas rasas pasaban silbando roncamente entre los aparejos, chocando en las bandas, algunos de cuyos remeros caían hechos pedazos al mar, á pesar de lo que las dos galeras se entraban al abordaje rápidamente á vela y remo.

Llegó un momento en que estuvieron tan próximas, que ya los artilleros no tuvieron tiempo para volver á cargar los cañones, y las dos galeras se embistieron con fragor, aferrándose mutuamente con sus grandes garfios de abordaje.

En aquel momento, las dos tripulaciones se embistieron, llevando al frente sus respectivos comandantes.

Era el momento supremo.

Aben-Shariar estaba acostumbrado á arrollar cuanto se le ponía por delante, desde el punto en que su galera se aferraba al costado de otra galera; César Malatesta no había tardado nunca tres minutos en tomar al abordaje la galera enemiga á que se había aferrado.

La tripulación de la *San Pedro* y *San Pablo* estaba compuesta de lo mejor de los marinos de Venecia.

Los corsarios de la *Leona* eran verdaderos leones del desierto.

Por lo mismo, el choque fué terrible, y la lucha se prolongó más que en otra ocasión se hubiera prolongado.

César Malatesta y Aben-Shariar no habían podido encontrarse, porque los dos estaban á proa en el momento de la embestida, y las galeras, al aferrarse, se habían cruzado de popa á proa.

Así es, que Aben-Shariar luchaba con los soldados venecianos que estaban á popa de la *San Pedro* y *San Pablo*, y César Malatesta con los corsarios que estaban á popa de la *Leona*.

Las dos tripulaciones combatían encarnizadamente, colocada cada una sobre las bandas de su respectiva galera.

Aquello era tan bravo, que amenazaba no tener fin, sino cuando todos aquellos hombres hubiesen acabado los unos con los otros.

Aben-Shariar y César Malatesta no podían buscarse, porque no podían desatender el com-

bate que cada cual sostenía por su frente, porque hubiera sido exponerse á ser vencidos.

Por ambas partes, la mitad de la tripulación había sido muerta ó puesta fuera de combate.

No se conocía ventaja por ninguna de las partes combatientes.

Los disparos de espingarda y de mosquete, los golpes de pica y de hacha eran tan nutridos y tan espesos de la una parte como de la otra.

Pero cuando no se obtiene una ventaja inmediata sobre los africanos, se está en una situación desventajosa, porque el africano es el hombre más duro para resistir la fatiga y el horror del combate.

A los diez minutos de empeñado el abordaje, los venecianos empezaron á cansarse, al paso que los tunecinos, no solamente conservaban su vigor, sino que éste había acrecido irritado por la resistencia.

Aben-Shariar, aprovechando el claro que dejó un veneciano al caer herido por su hacha, saltó á bordo de la *San Pedro y San Pablo*, al mismo tiempo que saltaban algunos tunecinos.

Se había roto al fin la muralla humana que defendía á la galera de Venecia, y por los claros se entraron los tunecinos, dividiendo en grupos á los venecianos, que no tardaron en rendirse, después de probar un último y heroico esfuerzo.

Cuando Aben-Shariar acudió á la proa de la *San Pedro y San Pablo*, donde se batía aún como un león César Malatesta, armado solo de un coselete de Milán y de un hacha de abordaje, el corsario gritó con voz de trueno:

—¡Afuerá! ¡Dejádmelo y mí! ¡El capitán cristiano me pertenece!

Los corsarios tunecinos se abrieron, se retiraron, y Aben-Shariar y César Malatesta se encontraron frente á frente.

El corsario no llevaba más armas defensivas que una adarga de piel de toro curada, ni otra ofensiva que una ligera hacha de abordaje.

Sin embargo, cerró con César Malatesta cubriéndose con su adarga y recibiendo en ella un formidable hachazo, después de lo cual César Malatesta se encontró asido por la cintura, oprimido, y poco después desarmado.

—Está visto que vos no me podeis vencer ni sobre la tierra ni sobre el mar, ni solo ni acompañado.

—Os aconsejo que me mateis, porque si no, un día ú otro moris á mis manos.

—Una razón más para que yo os deje la vida, porque tengo curiosidad de saber cómo os compondréis vos para matarme; además, ahora me hacéis falta; entremos en vuestra cámara, que ya es mía.

Aben-Shariar, jadeante aún de la fatiga del combate, se entró en el alcázar de popa seguido de César Malatesta.

Inútil es decir que los sorsarios de Aben-Shariar se habían apoderado por completo de la *San Pedro y San Pablo*, y que nadie en ella podía hacer ya resistencia.

Aben-Shariar escribía entre tanto en la cámara de popa de la galera vencida la carta siguiente:

“A monseñor Giacomo Barbarigo, el corsario tunecino Aben-Shariar, salud.

“A bordo de la galera de la República de Venecia *San Pedro y San Pablo*.

“Monseñor del mismo modo que he vencido la más fuerte de las galeras de la República, venceré á todas las que contra mí se envían; no esperéis que enviando contra mí una escuadra podréis haberme á las manos; desde hoy Argel, Túnez y Trípoli tendrán sus galeotas aprestadas contra Venecia; que vea, pues, lo que hace el Consejo de los Diez; yo no puedo permanecer por más tiempo sometido á la República y sirviéndola, desde el momento en que la República ha pretendido prenderme como se prende á un traidor, cuando mi única traición ha consistido en usar de la autoridad que se me había confiado en pago de inapreciables servicios prestados á Venecia, no para hacerla traición, sino para salvar á las personas á quienes amo. Yo no puedo someterme á la recelosa vigilancia del Consejo de los Diez, y me declaro libre y completamente separado de Venecia. Ahora bien: en Venecia quedan la sultana Sayda-Mirian, su hija Gabriela y su esposo Gabriel de Espinosa; si sucede la menor desgracia á cualquiera de esas tres personas, si se lleva á efecto el decreto de anulación del matrimonio libre y espontáneamente contraído por Gabriel de Espinosa con la sultana Sayda-Mirian, yo no respondo de las consecuencias; si por ello Venecia no protege á Gabriel de Espinosa, á Sayda-Mirian y á su hija no podrá salir del puerto de Venecia ni de ninguno de los puertos venecianos un solo buque que no sea perseguido por los buques tunecinos. Meditad bien, monseñor, la importancia del

aviso que os doy, y el consejo de que dejéis en libertad de obrar fuera de Venecia, ayudándole para ello al rey don Sebastián.

«A pesar de todo y de que estoy resuelto á cumplir lo que en esta carta aviso, soy siempre vuestro amigo, monseñor.—El emir, *Mohamet-Yhaye-ben-Shariar*.»

Cerró esta carta el corsario y la entregó á César Malatesta.

—Vais á volveros á Venecia—le dijo Aben-Shariar—; pero como mis gentes han sufrido mucho en la toma de vuestra galera, es muy justo que sean de alguna manera recompensados; entregadme todo el dinero que haya á bordo, y la bandera de la República, que tan mal habéis sabido defender.

—Antes me dejaré hacer mil pedazos que entregar por mí mismo ese depósito de honor que se me ha confiado; apoderaos vos de él, como os habéis apoderado de la galera, y no hablemos más de esto.

—Es verdad; bastante tenéis con lo que os ha sucedido. Quedad con Dios; yo os quitaré por mí mismo esa bandera, señal de mi triunfo sobre Venecia, y en cuanto al dinero, mis hombres sabrán encontrar el que haya á bordo. Adiós, y respetad mucho á doña María de Souza y á Gabriel de Espinosa, porque si no, os encontraréis frente á frente con mi venganza.

Y Aben-Shariar salió, apenas dichas estas palabras, de la cámara, y luego pasó á su galera, que aún estaba aferrada á la galera veneciana.

Una hora después, todo lo que habían tenido que hacer en ella los corsarios estaba hecho; esto es, la bandera de la República y cuanto existía de valor en la *San Pedro y San Pablo* había pasado á bordo de la *Leona*, que se había puesto en franquía y bogaba en alta mar.

CAPITULO XII

EL CORSARIO GRIEGO MANUEL KARUK

Ocho días después, al salir el sol una hermosa mañana, la *Leona* echaba el ancla en una ancha cala de la isla de Corfú.

Las tierras que se veían en torno estaban esmaltadas con el verde amarillento de los viñedos, y las colinas con el verde oscuro de los narajos y de los limoneros.

Frente al anclaje de la *Leona* se veía una lar-

ga hilera de pescadores casi desnudos que tiraban lentamente del copo cantando á una un ¡ay! cadencioso y monótono.

Sobre la playa se veían varadas una multitud de negras y curvas lanchas, y en medio de ellas, como una gallina entre sus polluelos, una gran almadía de dos proas con dos palos y dos bandas de remos.

A un tiro de fusil del rebalaje, ó porque nos entiendan, del lugar de la playa donde llegaba la ola, había una casa extensa, blanca, bella, armónica, de un solo piso, con celosías en sus ventanas turcas, y cubierta por un terrado, cuyo antepecho estaba coronado por una hilera de macetas con flores.

Esta casa estaba rodeada por hermosos árboles frutales, en torno y más allá de los que se veía un bosque de altas, esbeltas, elegantes y flexibles palmeras, que se mecían blandamente al impulso del viento de la mañana.

La luz era dorada, alegre, oriental, en una palabra.

Todo era bello, todo riente, todo encantador.

En los repechos de las colinas se veían rebaños de ovejas y de cabras, cuyas esquirlas sonaban confusamente, produciendo un rumor especial que se mezclaba al largo y sonoro gemido del mar. Por lo demás, todo estaba sumido en la más profunda calma.

Ni cerca ni lejos se veía otra habitación que la que ya hemos indicado, y á la que se dirigió Aben-Shariar, que había saltado á tierra.

La puerta de aquella casa estaba franca y por ella, sin encontrar á nadie, entró Aben-Shariar, y torciendo á la derecha por una pequeña puerta, se encontró en un patio, donde un hombre como de cuarenta años, con un traje completo de griego, se ocupaba en acabar de apretar las cinchas de un hermoso caballo.

Un perro que estaba echado á la sombra se levantó al ver á Aben-Shariar, ladrando de una manera atronadora.

Al ladrido del perro se volvió el griego y vió á Aben-Shariar.

Al verle dejó su caballo y se fué á él con los brazos abiertos, dando de paso un pnnnapie al perro, que dejó de ladrar, y gruñendo lastimosamente fué á echarse de nuevo en la sombra.

Al ver al griego no podía dudarse de que le unía un estrecho parentesco con Elena, la misteriosa habitadora del palacio Conti.

El semblante del griego tenía los mismos rasgos que el semblante de Elena; sus ojos negros, grandes y rasgados, una hermosura y una fijeza igual á los de ella, y sólo se diferenciaban en que Elena era blanca y de tez suavisima, y el griego fuertemente moreno y de tez áspera.

Si hubiera tenido más edad, se le hubiera podido creer padre de Elena; pero teniendo la edad que representaba, sólo podía ser su hermano.

—¿Qué es esto, á qué vienes aquí?—dijo el griego á Aben-Shariar—; hace dos horas, desde el amanecer, estoy viendo acercarse una galeota á nuestras playas, y había creído que vendría como otras tantas á hacer aguada, porque aquí no hay nada que llevarse, y el lobo nunca va á buscar huesos á la caverna del lobo; pero estaba muy distante de creer que tú vinieses á mi casa. ¿Qué sucede? ¿Para qué me necesitas?

—Vengo á hacerte una sola pregunta.

—Cuántas quisieres, hermano; yo no puedo olvidarme de que hemos combatido juntos contra los venecianos y los españoles; pero, ven, pongámonos á la sombra, que el sol calienta ya demasiado, y hablemos tranquilamente.

—Tú ibas á emprender un viaje—dijo Aben-Shariar.

—Sí; iba á buscar á mi madre y á mis hermanos, que están durante la estación calurosa en el interior de la isla; pero tanto me da emprender ese viaje ahora, ó luego, ó mañana. Entra; voy á hacer que nos traigan leche, miel, dátiles y opio.

El griego introdujo á Aben-Shariar en una salita opaca, fresca, á cuyo fondo había, sobre una estera de palma, algunos almohadones.

—¿Tienes hermanos, Manuel?—dijo Aben-Shariar.

—Sí—contestó Manuel Karuk—; mi hermano Adrián, que está en la mar con la otra almadia; Cristián, que es bajá en el ejército del sultán, y dos hermanos menores que aún viven con mi madre.

—¿Y no has tenido hermanas, Manuel?

—No, que yo sepa; mi padre desapareció hace diez años, y mi abuelo, que es ya muy viejo, está loco, y nada podría saber acerca de lo que me preguntas, que no es, sin duda, sin causa.

En esto entró un esclavo negro, y puso sobre la estera una gran vasija con leche, una fuente con dátiles, una copa con opio, frutas y pan.

Después salió.

Los dos amigos quedaron solos, y Aben-Shariar tomó una naranja que se puso á mondar lentamente, y Manuel Karuk un pedazo de opio que se echó en la boca.

—No, no es sin causa mi pregunta; yo conozco á una hermosísima mujer que vive en Venecia, que tiene cuando más diez años menos que tú, que te se parece como una gota de agua á otra gota, y que se llama para los venecianos Elena Conti; pero para su conciencia y para los que la conocen, se llama Elena Karuk.

—Diez años después de mi nacimiento—dijo sombríamente Karuk dejando de mascar el pedazo de opio que tenía en la boca—, desapareció mi padre sin que pudiera saberse qué había sido de él.

—Tu padre, perdido para tu familia, apareció, sin embargo, un día, hace treinta años, muerto y atado al cadáver de una mujer sobre el canal de Monforte, delante del palacio Conti.

—¿Y sabías eso y no me lo has dicho hasta ahora?—dijo poniéndose sombríamente pálido Manuel Karuk, y mirando ferozmente á Aben-Shariar—; tú eres un mal amigo, un traidor.

—Yo no he sabido eso hasta hace ocho días—dijo Aben-Shariar comiéndose tranquilamente un casco de naranja—; si yo lo hubiera sabido antes, antes lo hubieras sabido tú.

—Cuéntame, cuéntame—exclamó ansioso el corsario griego.

Aben-Shariar le contó minuciosamente todo lo que sabía ó había sabido por sí mismo acerca de Elena, y luego sacó de su pecho unos papeles que parecían haber estado mojados mucho tiempo.

Sobre aquellos papeles se leía en una letra roja descolorida, lo siguiente:

"El Consejo de los Diez, á la llamada Elena Conti."

Manuel Karuk seapoderó de aquellos papeles, se tendió boca abajo sobre los almohadones, y se puso á leer sin hacer caso de Aben-Shariar, y como si hubiera estado completamente solo.

Aben-Shariar comió algunos dátiles, se puso después en la boca un pedazo de opio, se reclinó en los almohadones, y se quedó inmóvil como si verdaderamente se hubiese dormido.

He aquí lo que decían los papeles que leía Karuk.

CAPITULO XIII

LA TRAGEDIA DE UNA FAMILIA

"El Consejo de los Diez de la serenísima república de Venecia á la llamada Elena Conti, conocida por hija de Salvator Conti.

"Siendo necesario á la salud de la República que conozcáis cosas y sucesos de vuestra familia que se creen envueltos en el más denso misterio, hemos decretado que se os hagan conocer esos sucesos para que podáis cumplir con toda vuestra voluntad y todo vuestro deseo lo que se os mandará al fin del relato que va á extenderse para vos, y que os será entregado para que le conozcáis."

Por debajo de estas palabras se veía estampado en cera encarnada el sello secreto de la República.

Por bajo se leía:

"Había hace algunos años en la isla de Corfú, cerca del mar por la parte de Levante, sobre una altura escarpada, un fuerte castillo tártaro, construido por un hombre extranjero que había aportado á la isla algunos años después de la conquista de Constantinopla por los turcos.

Este hombre, más que hombre parecía un espectro.

No podía decirse cuál era su edad, ni se sabía su nombre, ni de dónde venía, ni cuál era su patria; ni por su traje, que era sumamente extraño, podía deducirse nada.

Le envolvía un ropón negro de lana con capuz de anchas mangas, llevaba en la cabeza un pesado casquete de acero, y por bajo de las mangas y de la orla inferior de su ropón, asomaban sus brazos y sus piernas cubiertas de acero.

Al costado, pendiente de una cadena que ceñía su ropón en la cintura, llevaba una espada corta, ancha y pesada como una hacha.

Un caballo salvaje del Cáucaso, pequeño, fuerte, fogoso, de pelo largo, servía de cabalgadura á este hombre.

A la grupa del caballo, pendientes del arzón de hierro de su silla de batalla, se veían del un lado una corta y pesada maza de hierro con puntas de acero, y del otro un grande y redoblado escudo bruñido, liso y sin divisa alguna.

Una lanza de roble con un ancho y fuerte hierro se veía en la diestra de este jinete, y su caballo estaba armado por una amplia cobertura de gruesas mallas.

A pesar de que el caballo llevaba sobre sí un peso enorme, desde el momento en que desembarcado con su jinete fué montado por él, partió á la carrera hacia el interior de la isla, con el mismo vigor, con la misma rapidez y la misma facilidad que si no hubiera llevado peso alguno.

El buque negro, tripulado por extraños marineros, en que había sido conducido el jinete, apenas éste se alejó corriendo hacia el interior de la isla, se hizo de nuevo á la mar, desapareciendo poco después en el horizonte.

El extraño caballero había quedado solo en aquella parte de la isla, que entonces estaba deshabitada.

El extranjero salvó la primera y segunda línea de colinas, y llegó á un lugar áspero y sombrío, y se detuvo al pie de un escarpado peñasco, en cuya cumbre fijó la vista y exclamó:

—Allí construirá el buitre su nido.

Algunos días después, el barco negro volvió y salieron de él muchos extranjeros, que guiados por el que primero había venido, llegaron á la roca escarpada, y treparon á ella.

Durante un año, aquellos extranjeros estuvieron trabajando desde que amanecía hasta que oscurecía, en la construcción de un fuerte castillo, que al fin dejó ver una gran torre cuadrada y almenada, rodeada por un recinto cuadrado de murallas, en cuyos ángulos se alzaban cuatro torres pequeñas.

Apenas estuvo construido el castillo, los hombres que le habían labrado desaparecieron, y desapareció con ellos el negro barco, quedándose solo el extranjero que primero había venido, que vestía únicamente una fuerte armadura y un gran ropón negro, y tenía toca la terrible apariencia de un espectro.

A causa de lo deshabitado de aquella parte de la isla, ninguno de sus naturales, como no fueran los pájaros y los animales silvestres, habían visto á aquel hombre ni á los que después de él habían venido, ni la construcción de aquel fuerte castillo, cuya piedra rojiza le daba un aspecto formidable, particularmente cuando al ponerse el sol su rojo color se hacía más fuerte, y llegaba hasta el punto de que la gran torre y los muros de las otras torres más pequeñas, parecían teñidas de sangre.

El día después de la definitiva construcción del castillo, el extranjero salió llevando su caballo del diestro por la estrecha y profunda po-

terna, cerró su postigo de hierro con tres enormes llaves, que contenidas en una cadena colgó del arzón de hierro junto á su maza de armas, descendió por el escarpado sendero del peñasco, llevando siempre de la mano á su caballo, y cuando estuvo en la parte llana, montó y se alejó al galope hacia el Sur de la isla.

Krasna era una mujer maravillosa; no se sabía cuál era su edad.

No podía adivinarse tampoco su edad por su aspecto.

Tenía toda la frescura de la juventud y todo lo grave de la edad provecta.

Era alta, esbelta, altiva, pálida como una difunta, con magníficos cabellos rubios y ojos celestes, en los cuales jamás aparecía ni la más ligera expresión que pudiese revelar un solo movimiento de su alma.

La hermosa Krasna era tal, que todos los que la veían se sentían dominados por un amor insensato, pero cobarde, que no se atrevía á manifestarse ni en una palabra, ni en una mirada.

Krasna era hija del gobernador tártaro de Corfú, cuya familia había tenido el mando de la isla algunas generaciones antes.

Karuk, que así se llama este gobernador, había partido dos años antes á la guerra del Turquestán, ayudando á los tártaros, sus compatriotas, en la conquista de Constantinopla.

Cristian Karuk no había vuelto de la guerra, y su hija, muda é impasible, ni había mostrado inquietud por la suerte de su padre, ni había preguntado á nadie, ni había dejado de vivir completamente tranquila.

Krasna habitaba en una magnífica y fuerte alquería, sobre una eminencia á dos leguas del mar, en la parte Sur de la isla, servida por esclavos tártaros.

La alquería era un verdadero alcázar oriental.

Habitaciones de muros labrados, dorados y matizados, cubiertos de hermosas cúpulas y adornados por velos de seda y oro en las altas ventanas por donde entraba una luz tenue; magníficos tapices cubriendo las puertas; alfombras de Persia y pieles de tigre y de león extendidas sobre los pavimentos de brillante mosaico; blandos divanes de damasco y de púrpura; perfumeros de oro en que ardían perpetuamente resinas de olor fragante; fuentes murmuradoras; jardines sombríos con bellos estanques; muros fuertes al exterior rodeados por un profundo pozo y

guardados por un centenar de bravos tártaros: he aquí el magnífico retiro de Krasna, hija maravillosa del formidable Cristian Karuk.

Era extraño que con tanta y tan maravillosa hermosura, realizada por los magníficos trajes y las brillantes joyas que siempre llevaba Krasna sobre sí, apareciese ésta de continuo tan seria, tan grave, tan insensible.

Atribuíanse esto por los jóvenes griegos más hermosos, más bravos y más ricos de la isla que amaban á Krasna sin atreverse á demostrárselo, á una soberbia infinita, de que, según el dicho de los viejos de la isla, habían adolecido siempre los de la familia Karuk.

Esta familia podía decirse imperaba en Corfú desde cien años antes, en que Karuk, acaudillando algunos centenares de bravos montañeses del Cáucaso, había desembarcado, apoderándose de la isla en una campaña de quince días, é imponiéndola su dominio.

Los griegos degenerados no habían podido resistir aquella invasión, y se habían sometido cobardemente.

La familia Karuk podía decirse que había hecho un pequeño reino suyo de la isla de Corfú.

Por otra parte, Cristian Karuk, después de haber sometido á la isla, ni se había llamado su rey, ni la había azotado con exacciones ni tiranías.

Los de Corfú se habían encontrado con señor muy serio, muy grave, muy pálido, que tenía el aspecto más terrible del mundo, y que sin embargo, los gobernaba en justicia, no les exigía más tributos que los que podían pagar, y los defendía de las irrupciones de los piratas.

Cristian Karuk había llevado consigo, como toda su familia, un hijo y una hija.

A la muerte de Cristian, el hijo continuó gobernando la isla: un día partió dejando encomendado el gobierno de la isla á su hermana.

El ausente no volvió, y á los tres años, su hermana, que no había amado á ninguno de los naturales, contrajo matrimonio con un extranjero que no se sabía de dónde había ido.

La familia dominadora no creció, no se extendió; sus hijos salían de la isla y no volvían á aparecer; sus hijas se casaban siempre con un extranjero que pasaba á ser el gobernador de la isla.

Se comprendía que la familia tártara no quería mezclarse con la raza griega, y un profundo

misterio envolvía el origen y la manera de ser de los Karuk.

Krasna, pues, estaba rodeada, como todas las mujeres de su familia, de este misterioso prestigio.

Hacía dos años que su padre había partido á la guerra del Turquestán, y sin embargo de que Krasna había quedado sola, se la obedecía como se había obedecido á su padre, y ninguno de sus numerosos apasionados se había atrevido á manifestarla su amor.

Una tarde de verano, después de la puesta del sol, Krasna, impasible, seria y silenciosa, paseaba á gran distancia de su alquería, por el camino que perdiéndose entre un bosque de naranjos y limoneros, conducía á ella.

Era la tarde apacible, el viento fresco, y ni una sola nube manchaba el radiante cielo de la Grecia.

La luna creciente, se levantaba lánguida y pálida, casi borrada por el resplandor fuertemente rojizo del sol que acababa de trasponer.

Krasna hizo detener á sus esclavos, y adelantó sola, yendo á reclinarse junto á una fuente al pie de un limonero enano.

Lentamente los últimos reflejos del sol se fueron apagando en el horizonte, y la luna fué creciendo en luz y en color, siendo, por último, la única blanca y lánguida luz que alumbraba á la noche.

Krasna estaba sola; nadie podía verla; todo inspiraba en torno languidez y molicie, y el semblante de la joven fué perdiendo lentamente, sin duda porque estaba segura de que de nadie podía ser observada, su dureza habitual y su expresión glacial.

Era tal vez que la bravía raza de los Karuk se degeneraba y que en Krasna la dureza y la frialdad no eran la manera constitutiva de su ser, sino una expresión artificial que sostenía por una costumbre de familia.

La verdad es que al poco tiempo de estar reclinada Krasna sobre el césped, al pie del limonero, la dura tensión de los músculos de su semblante se dulcificó, brilló en sus ojos una mirada ardiente y como concentrada en un recuerdo dulce é íntimo, y se notaron en ella las señales de la atención y de la impaciencia.

Pasó aún algún tiempo, y de improviso la mirada de Krasna, que estaba abstraída y melancólicamente fija en la luna, se apartó de la be-

lla lumbrera de la noche, y se fijó en un obscuro fondo del bosque, al mismo tiempo que su cabeza se erguía en un movimiento de profunda atención, sonreían sus labios y se iluminaba con una inefable alegría su semblante.

Poco después, Krasna se incorporó, se alzó por último, y se dirigió en paso rápido hacia el obscuro fondo del bosque donde había tenido fija su mirada, y desapareció por él.

En aquel momento se oyó por la parte de abajo del sendero el galope de un caballo, y luego apareció el guerrero, pálido, sombrío, con apariencias de espectro, que había construido el castillo rojo al Levante de la isla.

Avanzó rápidamente, y llegó al lugar donde habían quedado esperando á Krasna sus esclavos.

—¿Adónde vas y de dónde vienes?—dijo con voz terrible el tártaro jefe de los esclavos del Krasna.

—Yo soy Kaivar el Resucitado—dijo con voz sepulcral el jinete—, y vengo á traer á Krasna la última voluntad de su padre Cristián Karuk, mi hermano de armas, muerto á mi lado en las gargantas de Kurdistan.

—¡Muerto!—exclamó el jefe tártaro.

—Sí—contestó con voz más lúgubre aún Kaivar—; rasgad vuestras túnicas blancas y rojas, que no agradan á los muertos; cubridlos con mantos oscuros como las noches lóbregas; procurad que la sonrisa irritada de vuestro señor no se os presente en sueños; llevadme, ante todo, á la presencia de Krasna; que ella oiga de mis labios las últimas palabras de su padre, que arroje sus galas, que envuelva en obscuridad su bermosura en honra á su padre.

—Esta no es hora de ver á la poderosa Krasna—dijo el jefe de los esclavos—; ella reposa y su sueño es para nosotros tan sagrado, que por nada la despertaremos.

—¿Y dónde reposa vuestra señora?—dijo Kaivar—; su morada, que se ve en lo alto desde la ribera, aún está lejos de aquí; ¿qué hacéis vosotros á esta distancia y esperando, si es verdad que vuestra señora reposa en su lecho allá en su morada de la altura?]

—¿Y quién eres tú—dijo el jefe tártaro—para preguntarnos como si fueras nuestro señor?

—Yo traigo conmigo—repondió Kaivar—la autoridad de vuestro señor; y en prueba de ello mirad.

Kaivar pasó su lanza á la mano izquiérda, se quitó la manopla de la mano derecha, y mostro al jefe tártaro una gruesa sortija con una gran esmeralda rodeada de rubíes.

Al ver aquella sortija, el jefe tártaro cruzó los brazos sobre su pecho, inclinó humildemente la cabeza y dijo:

—Cuando partió nuestro señor para la guerra, me llamó, me dejó oír estas palabras: "Nossur, el guerrero no es fuerte, sino porque Dios le presta su poder; sobre la cabeza de los que combaten vuela siempre la muerte; y cuando el escudo de Dios no les cubre, la muerte se precipita sobre ellos, los hace su presa y los arrebató consigo; esta esmeralda rodeada de rubíes es el signo de dominio de los Karuk; aquel que la muestre en su dedo del corazón de su mano derecha, es vuestro señor, y le debéis respeto y obediencia; porque más fuerte ó más astuto que yo, me habrá exterminado, porque Dios lo haya querido, para conquistarla, ó se la habré entregado yo por mi libre y perfecta voluntad; yo parto, y no se si volveré, porque Dios sólo conoce lo porvenir; durante mi ausencia, obedeced ciegamente como me obedecéis á mí mismo, á mi hija Krasna; pero si un día se os presenta un hombre teniendo esta esmeralda rodeada de rubíes en el dedo del corazón de su mano derecha, á él será á quien obedeceréis, aunque os mande la muerte de Krasna, mi hija querida." Después de esto—continuó Nossur—Cristián Karuk, nuestro señor, partió; tres años han pasado desde el día en que se apartó de nosotros, y ninguna noticia suya hemos tenido hasta ahora que te presentas tú trayendo en el dedo del corazón de la mano derecha la esmeralda rodeada de rubíes, que es el signo de dominio de los Karuk. Así, pues, nosotros te reconocemos por nuestro señor, te respetamos y te obedecemos.

—Llévame, pues, á la presencia de la hermosa Krasna—dijo Kaivar poniéndose de nuevo la manopla y empujando su fuerte lanza.

—La hermosa Krasna ama á la luna, y vaga por el bosque mientras la luna brilla en los cielos; nosotros, señor, no sabemos dónde Krasna está.

Kaivar no contestó; pero desmontó, entregó su caballo y su lanza á uno de sus esclavos y, acercándose á Nossur, le dijo:

—Lo que vamos á hablar no debe oírlo más que el aire de la noche; apártate conmigo y ha-

blemos donde de nadie podamos ser escuchados.

Y, saliendo del sendero, se entró por entre los árboles.

Nossur le siguió, y cuando estuvieron en una espesura, Kaivar se detuvo y dijo:

—Cuando una mujer deja atrás sus esclavos y adelanta sola, después de haber mandado á sus esclavos que no la sigan, es porque no quiere hacer á sus esclavos testigo de sus acciones. ¿Y qué otra cosa puede ocultar una mujer como Krasna, más que un amor que pueda avergonzarla? Krasna ama sin duda á un hombre indigno de ella, y tú debes conocer á ese hombre, porque un esclavo conoce sin quererlo los secretos de su señor.

—Tú posees la esmeralda rodeada de rubíes, y debes saberlo todo—dijo Nossur—; yo voy á revelarte lo que sé, lo que en silencio he averiguado por amor á mi señora. Krasna ama; ama á un griego corsario desde hace mucho tiempo; y desde hace mucho tiempo, todas las noches en que brilla la luna sale de su morada en el momento que la luna aparece en el Oriente, llega con nosotros hasta el sitio donde nos ha encontrado, nos manda esperar, se pierde á lo largo del tortuoso sendero, y no vuelve á aparecer hasta que la luna se oculta en el Occidente.

—Krasna se ha olvidado de lo que debe á su altiva progenie, partiendo su amor con el de un hijo de la raza vencida—dijo lúgubremente Kaivar.

—Estanislao Kanmo es un héroe terror de los mares—dijo profundamente Nossur—; es hermoso como el sol cuando aparece en una clara mañana de la estación de las flores, y sus tesoros son tantos, que puede rodear de naves la isla de Corfú.

Los fuertes no son fuertes sino porque Dios lo quiere; los hombres que son hermosos como una mujer, no pueden ser héroes; el héroe vive para el combate y para la gloria, y el polvo del campo de batalla ó el huracán de los mares destruyen la hermosura, que sólo sirve para excitar el amor afeminado de las mujeres impuras. La tártara, hija de la raza Karuk, encuentra únicamente la hermosura en el rostro del hombre, en quien la costumbre de exterminar ha dejado impresa la expresión del exterminio y la livida palidez de la muerte; Kanmo morirá por el amor de Krasna, como muere el imprudente que bebe un tósigo, y Krasna perecerá, ó vivirá avergon-

zada de sí misma, indigna de ser la hija, la esposa y la madre del héroe tártaro. Tú, que has sorprendido los amores de tu señora, ponte sobre el rastro de su huella y guíame hasta el lugar solitario donde Krasna y Kanmo ocultan entre el misterio y el silencio de la noche sus vergonzosos amores.

Kaivar hizo con su brazo cubierto de hierro una señal de marcha, y Nossur, sin contestar una palabra, partió, atravesando el bosque, saliendo al sendero por el mismo sitio donde al pie de un árbol había estado reclinada Krasna, y se detuvo en aquel lugar.

—¿Alcanza tu vista á ver á la luz de la luna la hierba doblegada y marchita, que deja conocer que sobre ella ha pesado durante algún tiempo un cuerpo humano?

—Sí—dijo Kaivar—; mis ojos son perspicaces como los de un águila.

—¿Percibes una leve fragancia deliciosa, que hace recordar la fragancia que se exhala del hermosísimo cuerpo de Krasna?

—Yo no aspiro más que el olor de la sangre de la carne despedazada—dijo Kaivar—; el perfume de las mujeres sólo lo perciben los débiles esclavos que se aduermen á sus pies.

—Cuando tú te hayas acercado á Krasna, cuando hayas saboreado la fragancia de su aliento y de su ser, no la olvidarás nunca; la sentirás cuando pases por donde ella haya pasado, como la percibo yo, para quien no hay olor más delicioso que el de la sangre y el carnaje de la batalla. Un tártaro es siempre un lobo; pero el lobo tiene muy finos los vientos y lo percibe todo, sin que por eso deje de ser feroz y carnívoro; yo, como un lobo, puedo seguir y seguiré la huella de Krasna, guiado por la fragancia que tras sí deja; y si eso no bastara, señor, ¿no ves sobre el césped marcada la huella de sus pequeños pies?

—Mi vista se pierde en las penumbras—dijo Kaivar.

—Las penumbras tienen bastante luz para mí—replicó Nossur—, y porque lo veas voy á llevarte á buen paso, sin vacilar un momento hasta el lugar donde se encuentre Krasna.

Y Nossur partió á buen paso hacia el oscuro fondo por donde algún tiempo antes había desaparecido Krasna, seguido de cerca por Kaivar.

Y siguieron andando, andando, siempre de prisa, de una manera nerviosa, apagándose sus pisadas sobre el tupido césped como dos som-

bras, la una blanca y la otra negra, ya bajo la luz de la luna, ya por entre la densa lobreguez de las espesas enramadas.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegó leve, perdido, casi fantástico hasta ellos, el sonido dulce y cadencioso de una guzla que acompañaba á una dulce y lánguida voz de mujer que cantaba una balada tártara.

Por la primera vez de su vida aquel hombre, que parecía un espectro, que tenía el terrible sobrenombre de el Resucitado, en cuyo semblante, como él había dicho, habían quedado impresas la expresión del exterminio y la palidez de la muerte, se estremeció como no se había estremecido jamás: sintió un terror vago como el del guerrero indomable que, jamás vencido, presiente una derrota.

Aquella voz que cantaba, que suspiraba, que gemía, que lanzaba de sí un perfume embriagador, enlanguidecía su corazón, enloquecía su pensamiento, le atraía, como dicen que atraía á los antiguos navegantes el canto de las sirenas á las sirtes procelosas.

Para Kaivar aparecía de repente una nueva vida: la vida del amor, con todas sus ardientes y dulces sensaciones, con su blanda languidez, con su dulce inquietud, con sus aspiraciones, con sus sueños, con sus delirios, con la idealización, con la divinización de una mujer transformada en ángel por la imaginación y la voluptuosidad.

El amor blando, persuasivo, incitante, traidor, empezaba á domar la sombría y terrible alma del guerrero tártaro, del hermano de armas de Cristián Karuk, á quien éste había legado al morir sobre el campo de batalla, con su esmeralda rodeada de rubíes, el dominio de la isla de Corfú y la posesión de su hija Krasna, para que hiciera de ella, no la esposa dulce y regalada del amor, sino la madre brava de un nuevo héroe tártaro.

El hasta entonces indomable Kaivar, á los pocos instantes de haber escuchado la voz y la guzla de Krasna, se sintió herido con el dolor de quien recibe en el corazón el frío del acero que una mano invisible le clava por la espalda, y lanzó una exclamación que empezó en un rugido y acabó en un suspiro.

—¡Ahl—dijo el astuto Nossur.—El tigre se convierte en gacela; apenas has oído el eco lejano de su voz, y ya la amas: cuando la hayas

visto; cuando tus ojos hayan cegado al resplandor de su hermosura; cuando por tus oídos haya penetrado, como un tósigo de muerte, el acento delicioso de su voz pura; cuando te haya embriagado el perfume de su aliento y de sus cabellos; cuando hayas mirado la mirada tranquila de sus ojos celestes como el oscuro cielo que nos cubre, enloquecerás desesperado, porque aquellos ojos no te mirarán como miran á Kanmo; porque aquella boca de delicias no te sonreirá como á Kanmo sonríe; no te dejará sentir su perfumado aliento de fuego como lo siente Kanmo; enloquecerás y serás impotente; rugirás de rabia y no podrás vengar tu rabia; te arrastrarás á sus pies sin conseguir que su fría mirada se ilumine con el fuego del amor, y si ella, para acabar de condenarte á un infierno sin esperanza, te dejase ver en un solo relámpago todo lo ardiente, todo lo hermoso, todo lo enamorado de su alma, entonces comprenderás cómo un rey del mar, cómo un pirata sin piedad, cómo un héroe que ama el horror de la batalla puede dormir enloquecido, sumergido en un mar de delicias, olvidado de la gloria por el amor.

Toda esta ardiente y entusiasta perorata que Nossur había pronunciado con acento trémulo como el de un hombre apasionado sin esperanza de una mujer que le enloquece, y sin dejar de andar de una manera rápida, había sido un discurso completamente inútil, porque Kaivar no había oído ni una sola de sus palabras.

Tanto hubiera valido que Nossur hubiera guardado silencio.

Esto se explicaba perfectamente, porque, á medida que adelantaban, se hacía más clara, más perceptible, más tentadora la dulce y lánguida voz de Krasna, y ésta tenía sobre el alma de Kaivar una influencia que no podía tener la voz de Nossur.

Llegaron, al fin, á un lugar en que el bosque dejaba descubierto un espacio de gran extensión. Cerca del lugar adonde habían llegado los dos tártaros se extendía una pequeña laguna tersa y transparente, alimentada por un arroyo que caía en ella desde lo alto de unas peñas, produciendo un ruido monótono; la luz de la luna argentaba bellamente la tersa superficie y emblanquecía un lindo templete árabe, con cúpula dorada, colocado en medio de la laguna, y al cual se llegaba sobre ella por un puente de madera.

Kaivar se detuvo antes de llegar al puente, y cuando estaba envuelto aún en la sombra que proyectaban los árboles.

Sus negros y feroces ojos, que antes de haber sentido la voz de Krasna sólo habían dejado ver una mirada torva y glacial, ardían con el fuego opaco de la fiebre.

Su boca, de labios lívidos, orlada de una espesa barba negra, temblaba.

Su cuerpo todo se estremecía inclinado hacia el pabellón de donde emanaba el dulce, el embriagador canto de Krasna.

Nossur miraba sonriendo de una manera fría la conmoción del terrible jefe tártaro.

—¿Por qué no llegas?—dijo Nossur.—¿Por qué no entras? ¿Por qué no exterminas al infame, al degenerado guerrero que se adormece á los pies de Krasna, olvidándose por ella de sus días de exterminio y de gloria?

Kaivar no pudo menos de escuchar las palabras de Nossur, porque eran la traducción de su propio pensamiento.

—No, no—dijo con la voz opaca y temblorosa, bajo la cual se adivinaba una cólera tremenda—; quiero verlos sin que ellos me vean; los arcos de ese pabellón están cerrados por vidrieras de colores, y dentro arde una lámpara; quiero llegar á ese pabellón por la parte de la sombra, y envuelto en ella, ver sin ser visto; quiero sorprender descuidada á Krasna; quiero ver cómo mira, cómo sonríe á ese hombre. Demos la vuelta, esclavo.

Y Kaivar se puso apresuradamente en marcha, siguiendo la orla de sombra de los árboles y acompañado de Nossur, hasta que llegó al borde de la laguna frente á la parte de sombra del pabellón.

—Espera aquí oculto entre los árboles—dijo Kaivar—; yo voy á llegar hasta el pabellón.

—Tus armas, señor, son muy pesadas—dijo Nossur—y la laguna es profunda; deja que yo te despoje de tus armas.

—¿Qué sería de un guerrero si no pudiese atravesar á nado un río con sus armas de pelea?—dijo Kaivar rechazando duramente á Nossur.

Y tras estas palabras llegó á la laguna, entró hasta que el agua le llegó á la cintura, y luego se tendió silenciosamente y silenciosamente nadó, pero de una manera rápida y vigorosa; llegó en pocos segundos al pequeño islote donde se levantaba el pabellón; tomó tierra, y se acercó á una

de las esbeltas, altas y rasgadas ventanas cerradas por una lindísima vidriera de colores; miró á través de uno de sus vidrios, y vió...

El interior del pabellón quedó perfectamente ignorado para Kaivar, porque toda su atención se concentró en un grupo que muy cerca de la vidriera desde la cual observaba el tártaro se veía.

Aquel grupo le componían un hombre y una mujer.

La mujer era Krasna; el hombre Estanislao Kanmo.

Los ojos y el alma de Kaivar prescindieron de Kanmo para fijarse en Krasna.

Kaivar se sintió morir; enloquecido ya por el canto de Krasna, la vista de su hermosura llevó su delirio hasta un extremo incalculable.

Krasna en aquella situación, embellecida por el amor y la felicidad y abandonándose á ella en medio del misterio, era más que una mujer: era la representación viva de ese ser soñado en que presentimos al ángel.

Su cabeza, de un corte y de una gracia encantadoras, dejaba caer de sí un tesoro de cabellos dorados, sedosos y brillantes, multiplicados en largos y lánguidos rizos, que formaban con su frente, con sus mejillas, con su garganta y con sus curvos, amplios y mórbidos hombros, completamente descubiertos, el bello contraste del oro sobre el marfil; el alto seno de Krasna estaba pudorosamente velado por una especie de camisa de brocado de raso y plata, prendida solamente en el nacimiento del seno por un broche de rubies, única joya que tenía sobre sí Krasna.

Por entre las anchas mangas de aquella especie de camisa ancha, transparente y vaporosa, se veían sus brazos, semejantes en el color y en la tersura al nácar, terminados por dos pequeñas manos que se ocupaban en tañer una pequeña guzla de ébano con incrustaciones y cordaje de oro; bajo esta camisa sutil de gasa de seda entretejida de plata, se transparentaba sobre el pecho y hasta la cintura y hasta el nacimiento de los brazos, una jaquetilla de brocado de escarlata y oro, bajo cuya abertura se veía la camisa interior, de finísimo lino, sujeta por un ceñidor de oro, tan reducido como el hueco formado por los dedos pulgar é índice de dos manos unidas; en este ceñidor se veía sujeto un precioso puñal con empuñadura de marfil y cruz y vaina de oro, ni tan pequeño que fuese un arma inútil, ni tan

grande que fuese ridículo puesto á la cintura de una mujer; de éste ceñidor nacía una doble falda de brocado azul y plata, y bajo ella asomaba un pie completamente desnudo, pequeño, mórbido, nacarado, junto al cual estaba abandonada una pequeña babucha de brocado azul y plata, bordada de perlas.

Krasna estaba reclinada en cojines sobre la alfombra, apoyada en el borde de un diván, de frente al rostro de Kanmo, que vestido con un sencillito traje griego de montar, estaba completamente tendido en el diván, apoyada la cabeza en unos de sus hombros, con la mano perdida entre su voluminosa cabellera, negra y rizada, fijando con delicia una mirada adormecida en los hermosos ojos de Krasna, que le acariciaban, le daban un amor infinito, le envolvían en la magia irresistible de un alma enamorada con un amor tan puro, tan inmeso y tan profundo, como el firmamento azul de aquella noche tranquila.

Kaivar rugía sordamente, como un león herido y encadenado que no puede romper las ligaduras que le sujetan, y ve á través del ramaje la presa tranquila y descuidada, á la que no deja oír su poderoso rugido por no ahuyentarla.

Lo que encadenaba el alma enérgica y terrible de Kaivar, era la fascinación que le hacía sentir Krasna.

La misma intensidad de la rabia que le causaba el espectáculo de la tranquila y completa felicidad de Kanmo; la misma pureza de aquel amor que se alimentaba en sí mismo, y de sí mismo se satisfacía.

Kaivar, que nunca había comprendido el amor, le comprendía, conociéndolo envuelto en toda su belleza, en toda su sublimidad.

Aquel griego, enérgicamente moreno, pero enérgicamente hermoso, no era para él el hombre afeminado á quien puede considerarse sumergido en la molice, enervado por la voluptuosidad; era el hombre de gran corazón; el soldado de combate que descansa aspirando un amor sublime junto á una mujer ideal, sin olvidarse de que lejos de ella le esperan el combate y el peligro.

Por la primera vez, el tremendo Kaivar experimentó á la vista de un hombre un terror instintivo. Parecíale que aquel hombre, á quien favorecía de una manera tan suprema el amor, debía favorecer de una manera decidida la victoria.

Y sin embargo, Kaivar juró á Dios y al infierno, con la mano puesta sobre su puñal, exterminar sin miedo de ser exterminado, á aquel hombre que gozaba de una felicidad, por un sólo momento de la que hubiera él cambiado sus recuerdos de triunfo, todas sus aspiraciones de gloria.

Krasna, que cuando Kaivar, después de haber tomado un baño, se había puesto en observación detrás de la vidriera había seguido cantando su balada de amor, dejó poco después de cantar, y puso lánguidamente la guzla sobre la alfombra.

Por un momento, los dos amantes continuaron mirándose en el silencio, bañados por la dulce luz de la lámpara que pendía del centro de la cúpula dorada del pabellón.

—Mucho me temo—dijo suspirando Krasna, con una voz que hacía encantador su acento de lánguido y dulce cansancio—, mucho me temo que estemos próximos á despertar de nuestro hermoso sueño de amor.

—Yo no despertaré de él sino para dormir el eterno sueño de la muerte—dijo sombríamente Kanmo.

—No—dijo Krasna—; tu alma, tu vida, tu pensamiento, tu sueño, como tu amor, me llama, no existe más que para ti. ¿No es nuestro amor puro, como el beso de un niño á su madre? ¿No somos con nuestro amor los seres más felices de la tierra? ¿No me has dicho tú que nuestra felicidad deben envidiarla los ángeles? ¿Puede perecer un amor como el nuestro? ¡Ah! ¡No! Tú sabes que no; cuando llegue el esposo á que mi padre moribundo me ha destinado, sólo tendrá en mí una estatua fría, una mujer silenciosa, una sumisión altiva; tendrá la posesión de la mujer, la matrona tártara que se sacrifica á la altivez de su raza: nunca la amante, nunca la hermana. Desde que ese hombre llegue, tú partirás de Corfú; tú irás á buscar á tus parientes de la Jonia, á vivir entre ellos; las quillas de tus naves no volverán á surcar nuestras aguas, ni yo esperaré más desde mis terrados la aparición de sus blancas velas en el horizonte; yo viviré triste, sombría, inmóvil, encerrada dentro de mi alma, porque dentro de mi alma te encontraré siempre; porque en ella estarás siempre presente para mí. Y yo creo que si tocáramos con un solo pensamiento impuro nuestro amor, le mataríamos; yo creo que na-

die ni nada puede matar nuestra felicidad.

Y los ojos de Krasna, como para desmentir sus palabras, se llenaron de lágrimas.

Por un momento Kanmo miró en silencio y de una manera profundamente conmovida á Krasna.

—Tú lloras; tu amor pretende engañarme, como si mi alma no sintiera lo mismo que siente la tuya.

—El destino nos separa—dijo Krasna—; pero no separará nuestras almas, que se amarán siempre.

—Pero tú no puedes ser de otro hombre—dijo Kanmo—; tú no puedes ser esposa de ese hombre á quien tu padre moribundo ha querido que te enlaces; tú no le amas, tú no puedes amarle; una mujer digna y pura se vería reducida á los tormentos del infierno, perteneciendo á un hombre á quien no amase.

—Yo lo sacrificaré todo á mi raza, y á la voluntad de mi padre, cuya sombra se levantaría irritada contra mí si sus nietos dejasen de ser tártaros.

—Tú morirás, Krasna, tú sueñas; tú no podrías apurar el sacrificio; el amor de ese hombre, con quien tu padre ha querido que te enlaces, te mataría. No; tu padre no ha podido comprender hasta qué punto sería horrible para ti la pérdida de tus esperanzas, la desgracia de tu amor. Tú te obstinas en respetar la voluntad de tu padre, en sostener tu raza, en hacer dueño de tu hermosura á un guerrero feroz, salido por la primera vez de las montañas del Cáucaso; yo permaneceré en la inacción, me alejaré de Corfú, me trasladaré á la Jonia; pero iré con mis naves á buscar el peligro, á provocarle, á encontrar la muerte para descansar, para librarme de mi desesperación.

Krasna miró con espanto á Kanmo.

El joven había dicho sus últimas palabras de una manera tranquila, pero espantosa.

En aquellas palabras había sentido la muerte Krasna.

Su mano buscó una mano de Kanmo, y la estrechó contra su corazón.

—Late de terror—dijo Krasna—; le siento helado, es verdad, Kanmo; yo no puedo pertenecer á otro hombre que á ti; ¿pero sabes cuál es nuestra situación?

—¿Y qué importa! Nuestras almas se romperán al separarse; al mediar entre nosotros un

hombre aborrecido, moriremos desesperados; pero sin luchar, sin haber procurado vencer la desgracia.

—Kaivar el Resucitado—dijo Krasna—, es un guerrero formidable y poderoso.

—¿Pero tú le conoces?—dijo Kanmo con acento amargo y celoso.

—No, jamás le he visto; tengo noticias de él; hace un año, un buque negro llegó á nuestras playas, y de él saltó á tierra un viejo guerrero tártaro, antiguo servidor y continuo compañero de mi padre: "Krasna—me dijo cuando estuvo delante de mí—, has quedado completamente huérfana; tu madre murió al darte á luz, y tu padre acaba de sucumbir como un héroe, en batalla, como muere el león, rodeado de enemigos despedazados; tu padre ha sobrevivido algunas horas á sus heridas, ha tenido tiempo de expresarme su última voluntad, y de mandarme que te la traiga y te ordene en su nombre una ciega obediencia."

—Escucho las palabras de mi padre que tú me traes—dijo á Zincar—sobrecogido por aquella noticia.

—Tu padre no quiere que tu raza se extinga—me contestó Zincar—, y te ha elegido un noble esposo entre sus compañeros de armas.

—¿Y quién es el esposo á que me ha destinado mi padre?—dijo helada de terror, porque ya te amaba, Kanmo, como te amo ahora.

—Kaivar—me contestó con acento solemne Zincar—es el bravo exterminador que siempre tiene levantada sobre sus enemigos su espada sangrienta; Kaivar es un poderoso jefe de tribu que acaudilla por centenares á sus invencibles tártaros; Kaivar inspira á todos los que le conocen un respeto con el cual va siempre unido el terror.

—¿Tan formidable es ese guerrero?—preguntó á Zincar.

—Hay quien cree que no es hombre, sino un muerto resucitado, y el Resucitado le llaman; y en efecto, hace dos años, al expirar con el día una sangrienta batalla, los tártaros de su tribu le vieron tendido, atravesado de profundas heridas, muerto, en fin; le levantaron del campo de batalla, le llevaron á su tienda, donde le colocaron en un lecho de honor y le tuvieron por muerto; pero á la media noche, los tártaros que habían quedado velando el cadáver salieron despa- voridos de la tienda; Kaivar había abierto pri-

mero los ojos, se incorporó luego y preguntó á los que le acompañaban qué era aquello; por último, recobrados de su terror los que habían huido, acudieron á la tienda de Kaivar con sus guerreros, se cuidó de Kaivar, después de muchos días se restableció de sus heridas y recobró sus fuerzas, pero no el color de su semblante, que quedó pálido como un cadáver; por eso le llaman Kaivar el Resucitado, y todos le miran con un terror supersticioso. Por lo demás, Kaivar es rico, fuerte y valiente, y es, en fin, un digno esposo de la hija de Cristián Karuk.

—¿Y es la voluntad de mi padre que yo me una á ese guerrero?—pregunté á Zincar alentando apenas.

—Sí—contestó Zincar—, tu padre te manda por mi boca ser esposa de Kaivar, so pena de su maldición.

—Yo callé y doblé la cabeza abatida.

—Las mujeres tártaras, Kanmo, somos esclavas de nuestra familia; no se nos mira ni se nos aprecia más que como medios de sostener la raza; cuando la hemos dado hijos robustos, hemos hecho cuanto podía esperarse de nosotras; hemos cumplido nuestro distinto tanto mejor cuantos más hijos varones hemos dado á nuestra tribu; no se comprende, ni se puede comprender por nuestros parientes que tengamos un corazón que ame ó que aborrezca; si una tártara se negase á contraer un matrimonio prescripto por sus parientes y amase á un extranjero, el extranjero y ella serían exterminados por la venganza de la tribu.

—Yo te amaba, y temblé por tí; sabía que el hombre que se me había destinado por esposo no se me presentaría hasta un año después de la muerte de mi padre, y he callado durante ese año, guardando para mí sola el dolor, y dejándote gozar del sueño de nuestros amores. Pero el año se ha cumplido; ese hombre se acerca ya á nosotros; mi odio y mi despecho le sienten; es necesario que nos separemos, Kanmo; es necesario que mi horrible destino se cumpla sin que tú seas envuelto por él.

—¿Y por qué sacrificar á un bajo y miserable miedo la felicidad de nuestra vida? ¿Qué puedes tú temer teniéndome á tu lado? ¿Acaso si los tártaros de tu tribu son terribles, no son terribles también mis bravos corsarios, mis tigres del mar?

—Sería inútil; si la resistencia que les opusie-

ramos fuera tal que no nos pudieran vencer, la traición acecharía nuestros pasos y nos inmolara cuando nos creyéramos más felices.

En aquel momento Kanmo se incorporó, puso la mano sobre la empuñadura de su sable, que tenía junto a sí, y clavó su mirada terrible en una sombra negra que había aparecido en la puerta, interceptando la luz de la luna.

Al ver aquella sombra, Krasna y Kanmo se pusieron de pie, y en la mano del corsario griego lució su ancho sable damasquino.

La sombra que había penetrado en el pabellón adelantó, y dejó ver a Kaivar, que extendió de un modo tranquilo su brazo hacia los dos amantes.

—Sentáos—dijo Kaivar con voz ronca y dominadora—sentáos y escuchad.

—¿Quién eres tú?—dijo Kanmo—poniendo a sus espaldas a Krasna y dando un paso hacia Kaivar.

—Yo soy Kaivar el Resucitado—dice el jefe tártaro—; yo soy el esposo a quien Cristian Karuk ha destinado la hermosa Krasna, la de la frente de marfil y los cabellos de oro.

El semblante de Krasna se había transformado, se había endurecido; había dejado de ser la niña pura y candorosa, en cuyos ojos ardía el amor. Kaivar la desconoció.

Kaivar comprendió lo que Krasna sería siendo su esposa, y se estremeció.

—Los oídos de un tártaro lo oyen todo—continuó Kaivar—; conozco vuestro amor, y no seré yo el que ceda a la baja de decir amores a una mujer que no puede amarme, ni hacer mío el cuerpo de una mujer, cuya alma es de otro hombre; pero no cederé tampoco a ningún hombre la mujer a quien se ha mandado sea mi esposa; tu raza y la mía se han extinguido, Krasna, tú morarás en mi castillo; pero nunca el esposo pisará los umbrales de la cámara de la esposa; el jefe tártaro no cederá a la vileza de dejarse arrebatar su compañera, ni tocará a un solo cabello de la mujer que no le ama. En cuanto a ti, añadió dirigiéndose a Kanmo, sal de aquí, sal de Corfú, aléjate, y que el nuevo día te encuentre en la mar; no vuelvas nunca a Corfú, porque tu vuelta excitaría mi recelo y mi cólera y caería terrible sobre las cabezas de vosotros. No me repliques una palabra: yo soy aquí el señor; vete.

Kanmo miró con una terrible expresión de desprecio a Kaivar, y le dijo:

—El señor será el que venza.

Y adelantó hacia Kaivar.

—¡Vete!—replicó Kaivar permaneciendo inmóvil y sin poner mano a su espada.

—Vete, aléjate—dijo Krasna lanzando una rápida mirada a Kanmo—, la virgen tártara está delante del esposo a que su padre la ha destinado; vete, y no vuelvas.

Kanmo miró de una manera desesperada a Krasna, y como dominado por su mirada, por su actitud y por su acento, envainó su sable, abarcó en una terrible mirada a Kaivar, y salió rígido y sombrío.

—No volverá—dijo Krasna—; en cuanto a ti, vete también; no es este el lugar donde la hija de Karuk ha de recibir a su esposo. Mañana, cuando el sol aparezca en el Oriente, me encontrarás esperándote a la puerta de mi casa. Adiós.

Y Krasna salió rígida y sombría como Kanmo, atravesó el puente, y se perdió entre los árboles.

—¡Oh! ¡Maldito sea el momento en que resucité!—murmuró Kaivar.

Y salió triste, abatido, preocupado, del pabellón, y acompañado de Nossur, volvió al sitio donde había dejado su caballo, montó en él, y se alejó.

Durante lo que quedaba de noche Kaivar hizo galopar constantemente a su caballo, hasta el momento en que habiendo aparecido el sol en el horizonte, avanzó a la carrera hacia la casa de Krasna.

Krasna le esperaba magníficamente ataviada y deslumbrantemente cubierta de joyas, entre sus doncellas esclavas, con su guardia tártara extendida en dos alas a derecha e izquierda, y rodeada de los principales habitantes griegos de la isla de Corfú, que habían sido avisados.

Pero Krasna era entonces la hermosura severa, fría, rígida, de mirada inmóvil.

No era la hada fascinadora que Kaivar había visto junto a Kanmo.

El bravo jefe tártaro se heló de espanto.

Comprendía todo lo que podía esperar de Krasna, y se sentía cobarde ante el sacrificio a que se veía obligado.

Porque pensar en que el tártaro desistiese de un compromiso aceptado y dejase a Krasna en libertad de gozar tranquilamente de sus amores con Kanmo, era pensar en un imposible.

Kaivar se revistió de una impasibilidad tan

glacial como la que veía en Krasna, saltó de su caballo y le entregó á Nossur, que como jefe de los esclavos y de la guardia tártara de Krasna, había salido á su encuentro.

Kaivar adelantó hacia la joven, y se detuvo á alguna distancia de ella.

—¿Eres tú Krasna, la noble hija del caudillo tártaro Cristián Karuk?—la preguntó fría y ceremoniosamente.

—Yo soy Krasna—respondió con no menos frialdad la joven.—¿Y tú quién eres?

—Yo soy el caudillo tártaro Kaivar el Resucitado—contestó el sombrío guerrero.

—¿Cómo demostrarás que eres el que dices?—preguntó Krasna.

Kaivar se quitó la manopla de su mano derecha y de su dedo del corazón la sortija que en él llevaba.

—¿Conoces esta esmeralda?—dijo Kaivar mostrando la sortija á Krasna.

—El que posee la esmeralda cercada de rubíes de mi padre y de mi abuelo y del abuelo de mi padre, generación por generación, es el jefe de mi tribu, y el jefe de mi tribu es el esposo de Krasna; entra en tu casa, señor, y reposa.

Kaivar entró y Krasna le siguió sombría y pálida, pero sumisa.

Las gentes que habían presenciado este acto, se diseminaron, montaron á caballo, desaparecieron. La guardia tártara entró en la casa.

La ceremonia había terminado muy pronto.

La isla de Corfú tenía un nuevo gobernador tártaro, y Krasna debía ser muy en breve esposa de Kaivar.

Pasaron tres días.

Tres días en que ruidosas fiestas rompieron la soledad que de continuo rodeaba la casa de Krasna.

Había habido maniobras á caballo, escaramuzas, tiro al blanco, baile y banquetes al aire abierto.

Un ministro de la iglesia griega había unido los destinos de Krasna y Kaivar.

Pero no había podido unir sus almas.

Una desesperación sombría y un odio terrible era el sentimiento que experimentaban el uno por el otro los dos esposos.

Al tercer día una gran cabalgata salía de la casa de Krasna.

A su cabeza marchaba á caballo el nuevo gobernador de Corfú, Kaivar.

Entre los jinetes iban algunas literas.

Ocupaba la de delante Krasna, y las otras las esclavas de su servidumbre.

Aquella cabalgata se dirigió á la parte de Levante de la isla.

A la caída de la tarde llegaron al castillo Rojo.

Aquel castillo parecía encantado.

Ni en sus almenas ni en sus ventanas se veía una sola persona.

De él no salía ni el más leve rumor.

El sol Poniente le tenía de un vivo color rojizo semejante á la sangre.

Su pequeña y profunda puerta estaba cerrada.

Kaivar echó pie á tierra, abrió con tres llaves la redoblada puerta de hierro que dejó ver tras sí un espacio lóbrego.

Después fué á las literas de las esclavas de Krasna, que eran doce, y las hizo salir de ellas y que rodeasen la litera de Krasna, que abrió inmediatamente.

Krasna salió ricamente engalanada, pero dura, seria, sombría, terrible, apagado el esplendor de su hermosura por aquella expresión hostil y provocadora.

Después Kaivar mandó á Nossur que la guardia tártara que los acompañaba desmontase y los siguiese. Luego dijo á Krasna:

—Hemos llegado á mi castillo, y tú eres la primera persona que le habitaras después de haber sido construido; si los aposentos que para ti he destinado no llenasen tu deseo, no habrá consistido en mí, que he buscado en Constantino-pla los maestros más hábiles y más conocedores del gusto de las mujeres. Ahora, si te place, sígueme.

Y Kaivar echó delante tan rígido, tan serio y tan sombrío como Krasna que le siguió.

Tras Krasna continuaron sus doncellas, que iban también magníficamente engalanadas.

Tras las doncellas las literas.

Tras las literas las acémilas en que iban los equipajes.

Tras éstas, Nossur y los cien tártaros de la guardia de Krasna, completamente armados con los escudos á la espalda, las lanzas sobre el hombro y los caballos del diestro.

Cuando hubo pasado el último tártaro, Kaivar, que estaba junto á la puerta por la parte de adentro, cerró sus cerrojos, sus barras y sus candados.

A través del espacio lóbrego y sombrío, fuerte, abovedado en que se entraba inmediatamente después de la puerta, Krasna y los que la acompañaban salieron al espacio descubierto comprendido entre los muros y las torres exteriores, y la gran torre aislada que constituía el centro del castillo.

Antes de abrir la puerta de la gran torre, Kaivar dijo a Nossu dándole un haz de gruesas llaves que, contenidas en un aro de acero, llevaba pendiente de su cintura.

—Desde ahora, todas las puertas de este castillo están en tu poner; yo no soy aquí el señor, sino el huésped; la voluntad de mi esposa Krasna será para ti y para todos los que este castillo habitaren una voluntad soberana; franquea las puertas de la torre y de todas sus habitaciones a tu señora, yo voy a ocupar la torre del Norte de la muralla; pon a mi servicio algunos de tus tártaros; yo estoy aquí solo con mis tesoros; los bravos de mi tribu se han quedado tendidos allá sobre el campo de batalla, y las gentes que en una nave me han traído a esta isla con mis tesoros, y los que han construido este castillo, han sido gentes pagadas, a quienes he despedido cuando me han sido inútiles. Kaivar huye del mundo y se oculta; pero cerca de la mujer que se ha hecho dueña de su alma. Toma esta sortija, que constituye el poder del jefe de la tribu de los Karuk y que ella la posea, que ella sea la única señora.

Y sin esperar la respuesta de Nossur que, por otra parte, no sabía qué contestar, dobló el ángulo de la gran torre y se perdió en dirección a la torre del ángulo del Norte del recinto murado.

Nossur permaneció algún tiempo inmóvil y dominado por la extraña conducta de Kaivar que de tal modo se despojaba de todo poder como esposo y como señor, y luego se dirigió a Krasna, que esperaba entre sus doncellas, altiva e impaciente, junto a la puerta, enriquecida con bellas labores bizantinas de la gran torre.

—Yo no puedo retener ni por un momento en mis manos la esmeralda rodeada de rubíes que representa el poder de los Karuk—dijo Nossur entregando a Krasna la sortija—; Kaivar te entrega toda su autoridad; Kaivar se queda en este castillo, no como tu esposo, sino como tu huésped; tú eres aquí y en la isla y en la tribu Karuk la única señora.

Krasna tomó impasible la sortija y la guardó en su seno.

Aquella sortija no podía ser puesta en ninguno de los pequeños dedos de Krasna.

Aquella sortija había sido hecha para la robusta mano de un guerrero.

Inmediatamente después Nossur abrió las dos grandes y magníficas hojas de la puerta de la torre, y se maravilló.

Lo que se había presentado a su vista era magnífico, y bello y esplendente.

El pavimento de rico mosaico bizantino; los muros labrados, dorados y matizados; la ancha escalera de mármol blanco bruñido y brillante con rica balaustrada que se torcía caprichosamente en tramos curvos hasta llegar al ingreso de la parte superior de la torre; los altos ajimeces árabes-bizantinos, cerrados con vidrios de colores que daban luz a esta escalera, y por uno de los cuales penetraba el sol Poniente, produciendo un efecto mágico sobre aquellas paredes doradas y labradas, sobre aquel mármol abriillantado; los altos techos de sándalo; todo era bello, magnífico, sorprendente.

Y, sin embargo, Krasna adelantó hacia las escaleras y subió por ellas en paso lento y sin que se hubiese alterado la fría e indiferente expresión de su sombrío semblante, como si nada de aquello hubiese visto, mientras sus doncellas, que la seguían, miraban asombradas tanto lujo, tanto esplendor, tanta belleza.

En aquella construcción debían haberse invertido tesoros.

Una vez en lo alto de las escaleras, Nossur, que iba delante, fué franqueando puertas de una y otra admirable habitación, por las cuales pasaba muda y fría Krasna.

Al fin llegaron a una gran cámara, a cuyos dos extremos había dos magníficos retretes.

Tres grandes ajimeces al frente de la pared en cuyo centro estaba la puerta de entrada, correspondían a un ancho mirador de piedra, desde el cual se veían las colinas fructíferas, que como deprimidos escalones descendían hasta el mar, que se extendía abriillantado por el rojo color del Sol Poniente, bajo el radiante azul del cielo de la Grecia.

Volviendo al interior, aquella cámara y aquellos retretes, alfombra, tapices, ornamento, muebles, todo era bello, todo delicado, todo producto del refinamiento del afeminado lujo oriental.

El retrete de la derecha era el dormitorio, según lo indicaba un magnífico lecho cubierto de gasas y flores, blanco y puro, un verdadero lecho de virgen.

El otro retrete era, en toda la extensión de la palabra, un tocador en que nada faltaba de cuanto pudiera exigir el más refinado gusto de una mujer delicada.

Por de contado, que nada de esto era directamente obra de Kaivar.

Kaivar era muy á propósito para dirigir la construcción de una fortaleza á la altura de las necesidades de la guerra de su tiempo; para organizar un ejército y armar y equipar sus soldados; por lo demás, ni comprendía, ni amaba el lujo, ni sentía, ni tenía más sentimiento que el del desprecio para lo afeminado, para lo muelle. Pero la fama de la hermosura de la hija de Cristián Karuk había llegado hasta él, había comprendido que la mujer ama el lujo, y había encargado al constructor de su castillo pusiese en el centro de su gran torre todo cuanto pudiese halagar el capricho de una mujer, aunque hubiese necesidad de pagarlo á peso de oro.

El constructor, pues, había sido el inventor de aquello; había hecho una maravilla, y su amor propio de artista se hubiera resentido de una manera grave, al ver que Krasna no tenía ni un elogio, ni aun una mirada de atención para tanto primor, para tanta belleza.

En cuanto á Nossur y los tártaros, se aposentaron en los departamentos comprendidos en el recinto exterior, y los caballos en extensas cuadras, que dejaban conocer la inteligencia de Kaivar como jinete y como hombre de guerra.

En cuanto á la torre en que Kaivar se había metido, era desnuda, pobre, fuerte; se reducía la habitación á una cámara cuadrada de muros lisos y techo abovedado.

En aquella cámara no había un solo mueble; como que Kaivar no había pensado en habitarla; su ancha chimenea estaba completamente limpia.

Aquella cámara, por la que se paseaba contrariado Kaivar, daba frío.

Al fin los tártaros puestos á su servicio encendieron una verdadera hoguera en la chimenea, armaron un lecho en un ángulo y pusieron en el centro de la cámara una mesa y un sillón verdaderamente bellos y lujosos, como que habían sido llevados de la gran torre del castillo.

Después de esto, Kaivar declaró que ya le sobraban muebles, y quedó definitivamente instalado en su mecinar.

En las acémilas se habían llevado provisiones y nada faltó desde el primer momento á Krasna, ni aun carne fresca, porque los tártaros habían matado por el camino un hermoso gamo.

Y pasaron y pasaron días.

Krasna no veía nunca á Kaivar, que estaba encerrado á piedra y lodo en su torrecilla, comiendo tres veces al día como un lobo, porque el amor y la rabia no le quitaban el apetito; durmiendo muchas horas, porque cuando dormía soñaba que le amaba Krasna, y completamente olvidado de la guerra y de la ambición, porque el amor de Krasna llenaba por completo su corazón y su imaginación.

Krasna vivía de una manera semejante en cuanto al estado de su espíritu.

El recuerdo de Estanislao Kanmo ardía perennemente en su memoria, excitando sus sentidos, convirtiéndose rápidamente del amor soñado inmaterial y tranquilo en una voraz pasión impura y embriagadora.

Combatía además el alma de Krasna el amor propio irritado; aborrecía á Kaivar; pero le contrariaba de una manera terrible su conducta, y que, amándola y siendo su esposo, viviese absolutamente retirado de ella, despojado de todo su poder, anulado, en una palabra.

Krasna comprendía perfectamente que esta era toda la venganza que podía tomar de ella Kaivar por su amor hacia Kanmo.

Un día en que Krasna estaba en su mirador fijando por costumbre una ansiosa mirada en el horizonte del mar, como cuando desde el terrado de su antigua casa esperaba la vuelta de Kanmo, los celestes ojos de la joven dejaron ver de repente una inmensa llamarada de alegría que apagó instantáneamente el despecho.

En el horizonte había aparecido como un punto dudoso, un objeto que lentamente fué agrandándose hasta dejar ver las tres agudas y blancas velas latinas de una galera corsaria.

Krasna conocía demasiado aquellas velas. Aquella galera era el buque corsario de Kanmo, el *Alfon*, que él montaba siempre con preferencia á sus otros buques.

Krasna mantuvo fija su ansiosa mirada en la galera, que, impelida por un fuerte Levante, adelantaba con rapidez, dejándose ver de mo-

mento en momento de una manera más perceptible.

Al fin Krasna pudo ver á los marineros y distinguir sobre el alcázar de popa la figura de un hombre puesto de pie y vuelto hacia el castillo.

Sus ojos no podían decir á Krasna, porque había aún una gran distancia, quién era aquel hombre; pero su corazón le dijo que era Kanmo.

La galera, al llegar á cierto punto, dejó de marchar en línea recta en dirección á la isla, viró y empezó una larga abordada en dirección al Sur.

Todo lo que quedaba de tarde Krasna estuvo viendo la galera, muda, inmóvil; excitada, apoyada en la balaustrada del mirador, amando á Kanmo como nunca le había amado, con el corazón oprimido, la imaginación delirante y las lágrimas en los ojos.

Era muy posible que Kaivar viese también aquella galera y que sus celos le dijese que aquella era la galera de Kanmo; pero Krasna de nada se acordaba entonces; nada existía para ella más que aquel hombre que se veía de pie sobre el alcázar de popa de la galera, que se deslizaba lentamente hacia el Sur.

Al fin la tarde fué declinando y perdiéndose en la oscuridad la galera; poco después la noche imperaba; una noche oscura y sombría, entre la cual volaban frías y silbadoras ráfagas de Levante, y hacían gemir al mar de una manera ronica y continua.

Sin embargo, Krasna permanecía aún inmóvil y apoyada en el mirador con la vista fija en el punto donde se había perdido entre la sombra la galera de Kanmo.

Al amanecer, Krasna volvió anhelante al mirador y arrojó una medrosa mirada hacia el Sur.

La galera había desaparecido.

En vano esperó; pasó el día, llegó la noche y el mar permaneció desierto sin dejar ver una sola vela. Y así pasaron ocho días.

Al fin de ellos, una tarde volvió á aparecer la galera.

Una alegría inmensa dilató el alma de Krasna.

Aquella tarde la galera se acercó mucho más á la isla, hasta el punto de que Krasna pudo ver en el traje del hombre que se veía de pie sobre el alcázar de popa, los colores que agradaban á Kanmo porque los usaba Krasna: el azul y el rojo.

La galera, sin embargo, no acabó de acercarse á la isla; viró de bordo y se dirigió lentamente al Sur, perdiéndose al fin entre la oscuridad de la noche.

Kaivar había visto también la galera, y su alma se había ennegrecido.

Había sentido con todo su horror y toda su sed de exterminio los celos.

A impulso de ellos abandonó su torrecilla, llegó á la puerta de la gran torre, subió con paso lento y nervioso las escaleras, atravesó las habitaciones, y se presentó en la cámara de Krasna al mismo tiempo que, abandonando el mirador, entraba en la cámara la joven.

Tan dominada estaba por su amor y su desesperación Krasna, que no vio á Kaivar.

Descuidada, abandonada á sí misma, no sintiendo cerca de sí nada extraño, el semblante de Krasna no presentaba la dureza y la frialdad que dejaba ver al mundo, aunque el mundo no estuviese representado para ella más que por un solo ser humano.

Entonces Krasna no era la severa y fría estatua viviente de un ser enamorado, conmovido, desesperado, dudoso.

Nunca Kaivar había visto tan hermosa y tan incitante á Krasna.

Pero esto duró un momento; Krasna le vió; lanzó un ligero grito de sorpresa, retrocedió, se transformó, convirtiéndose en la Krasna indiferente y terrible.

Antes que Krasna dijese una sola palabra, Kaivar la dijo:

—Estoy cansado de mi fría vivienda; es muy triste y muy solitaria; en ella he cambiado mucho; su frío y su soledad se me han metido en el corazón, y me han hecho pensar en que tengo algo que no poseo. ¿Qué importa que tú no me ames? ¿Acaso no es bastante todo lo que sobra á mi amor para llenar lo que falta del tuyo?

Krasna se estremeció; pero su estremecimiento no se reveló ni en una ligera contracción; nació y se apagó dentro de su alma.

—Tú no me has pedido amor—dijo Krasna con acento frío; si me lo hubieras pedido, yo te hubiera dicho: yo no puedo darte amor, porque no le tengo, porque mi amor es de otro hombre; tú me dijiste: mira la sortija signo del dominio supremo de los señores de la tribu Karuk; un mensajero de mi padre moribundo me había anunciado un año antes de tu llegada, y el man-

dato de mi padre que me ordenaba ser tu esposa, he obedecido, porque si mi alma es libre y no puede sujetarse á mandatos, mi cuerpo y mi razón pertenecen por entero á mi raza. Mi padre quiso que su raza no se extinguiese, y me mandó unirme á ti para continuarla; continúa, pues, mi raza por medio de mí; pero no esperes ni mi amor ni mi alegría; yo seré la madre sin voluntad de los que por mí desciendan de Karuk; yo guardaré el honor que han depositado en mí cien nobles generaciones, y nadie podrá mirarte dejando ver en sus labios una sonrisa de desprecio; el hombre á quien amo morirá desesperado porque no encontrará en mí su amor; pero en el fondo de mi alma le amaré siempre; porque yo no soy poderosa á arrojar de mí este amor que hace á un mismo tiempo la desgracia y la ventura de mi vida.

Kaivar no fué generoso; no podía serlo: estaba loco de amor y de celos.

Krasna fué tratada como una esclava; pero Kaivar no la oyó una sola queja; no cambió en nada su aspecto, que siguió siendo frío é impassible; obedecía á Kaivar como la esposa obedece al esposo, como la esclava obedece al señor.

Kaivar hacía con ella una vida completamente común; no se separaba de su lado, y por la noche, para dormirse, la hacía cantar la misma balada que fué el primer encanto con que Krasna enamoró á Kaivar.

Pero aunque las palabras y el canto eran los mismos, no era el mismo el efecto; la guzla producía un sonido seco, metálico, duro; la voz de Krasna era fría, nerviosa, seca.

Kaivar se irritaba, y su cólera iba á chocar como en una roca, en la impassibilidad de Krasna. Aquello era terrible.

Krasna resistía los malos tratamientos, y, si alguna vez Kaivar notaba en ella una ligera expresión de alegría, era cuando, irritado, la maltrataba brutalmente.

Parecía que Krasna ansiaba morir á manos del tártaro.

Y esto contenía al celoso marido, que no quería dar á su víctima la felicidad de la muerte.

La naturaleza era tan fría y tan severa para Kaivar como para Krasna.

Pasó un mes y otro mes, y un año, sin que Krasna diese señales de maternidad.

El bravo orgullo del tártaro estaba completamente humillado.

Nada obtenía ni aun de la naturaleza.

La esperanza de que Krasna le amase por el amor de un hijo, esta esperanza delirante, se desvanecía.

El feroz tártaro estaba sentenciado á un infierno.

Entre tanto, la galera de Kanmo se ponía con mucha frecuencia á la vista de la isla; pero desde el punto en que Krasna perteneció por completo á Kaivar, la joven no salió á los miradores á dejarse ver desde el mar, ni aun miró sin ser vista la galera: fiel á su promesa de que sería una esposa digna y pura, ni una sola acción culpable pudo sorprender en ella el celoso tártaro.

Y, sin embargo, cada vez que la galera de Kanmo asomaba en el horizonte, Krasna era tratada de una manera horrible por Kaivar, á quien no bastaba que su esposa respetase su honor.

Él sabía que Krasna amaba á Kanmo, que le amaría siempre, y la proximidad de Kanmo le hacía temblar, le enloquecía y determinaba el furor de que Krasna era víctima silenciosa y resignada.

Kaivar rugía porque no podía lanzarse á la mar y castigar á Kanmo.

Kaivar había gastado todos sus tesoros, no tenía una sola nave, y las naves de que como gobernador de Corfú hubiera podido usar, pertenecían á Kanmo y habían sido alejadas de la isla.

Sólo quedaban algunas pequeñas y débiles almadías, con las cuales hubiera sido una temeridad salir al encuentro de la formidable galera de Kanmo.

Kaivar, pues, se veta sujeto á la tierra sin poder castigar la insolencia de aquel anfitrión de los mares, que volaba impunemente en derredor de su nido.

Kanmo, por su parte, estaba también terriblemente irritado.

Veta que en vano eran sus continuos cruzamientos delante de la isla; que Krasna, insensible á ellos, no se dejaba ver en sus miradores; estaba celoso porque no sabía la terrible situación en que Kaivar se encontraba colocado respecto á Krasna, y llegó, en fin, un día en que, decidido á todo, determinó vengarse de Krasna y de Kaivar, y libertar del yugo tártaro la isla de Corfú.

Una mañana, al amanecer, Kaivar despertó

sobresaltado á los grandes golpes que resonaban á la puerta de las habitaciones de Krasna, junto á la que dormía; saltó del lecho, acudió presuroso á abrir la puerta y encontró á Nossur, que le dijo:

—El castillo está cercado, señor; el corsario Kanmo ha desembarcado con cinco mil hombres, ha adelantado amparándose de las últimas sombras de la noche, y se le ha visto aparecer ya muy cerca del castillo,

—¿Y por qué callan nuestros cañones?—dijo Kaivar.

—Nuestros cañones, señor, son inútiles, hasta el momento en que los enemigos hayan trepado á lo alto de la roca; pero si no nos acometen, si se reducen á cercarnos ocultándose entre las quebraduras, nos veremos obligados á rendirnos ó á perecer de hambre y sed, porque tenemos muy poca agua y muy pocos víveres.

—Esto sucedería si yo permaneciese cobardemente encerrado dentro de estos muros; pronto, mi caballo, y mi gente fuera; veremos si podemos echar lejos de nosotros á los que se atreven á insultarnos.

—Somos ciento contra mil—dijo Nossur.

—Bien; y ¿qué importa?—dijo Kaivar—; al ejército le hace el caudillo; ni una palabra más, y afuera.

En aquel momento se presentó un tártaro que traía una carta en la mano, y dijo á Kaivar:

—Un jinete griego acaba de dejar esta carta para ti, señor.

Kaivar tomó aquella carta, que contenía lo siguiente:

“Al gobernador tártaro Kaivar el Resucitado, el corsario griego Estanislao Kanmo.

„Necesito tu vida, y vengo por ella; si quieres ahorrarte sangre inútil de gente á quien nada importan nuestros odios, sal; yo te reto á singular combate: eres bravo y fuerte, y puedes comprender que yo no trocaré por una traición el placer de combatir contigo y exterminarte; sal, pues, solo, y solo me encontrarás en el pequeño valle que está al pie del peñasco en que se asienta tu castillo; si temes una asechanza, que no lo espero, porque sabes que tengo para ti la lealtad del odio, tus terribles tártaros se quedan defendiendo tu castillo. Krasna, que te ama, que es tan tártara y tan valiente como tú, le defenderá si eres vencido por mí, como tú pudieras defen-

derle. Ven; te espero sediento de saciar con tu sangre mi venganza.”

Kaivar arrugó furioso entre sus manos la carta de Kanmo, se armó rápidamente, bajó al espacio que rodeaba la gran torre, donde le esperaba su caballo encubertado, tomó de manos de un tártaro su lanza y su escudo, hizo sacar el caballo fuera, y, á pesar de las observaciones de Nossur, que cortó de una manera terrible, bajó solo por el escarpado sendero del peñasco llevando su caballo del diestro.

Krasna, entretanto, impasible, muda, sombría, se preparaba á lo que pudiera acontecer.

Los cien tártaros armados coronaban las almenas ó estaban al lado de las piezas, que dos en cada frente, defendían el castillo.

Kaivar podía ser vencido en un duelo personal, y Kanmo debía pretender, si vencía á Kaivar, que se le entregase el castillo.

Krasna amaba á Kanmo; pero esposa de Kaivar, tenía la conciencia de su deber, y estaba resuelta á cumplirle hasta morir.

Kanmo lo había dicho en su carta á Kaivar; Krasna era tan tártara como él, y como él tan fuerte para defender el castillo.

Pero bajo su impasibilidad, bajo su aspecto de severa valentía, Krasna ocultaba una ansiedad mortal. Su amor hacia Kanmo aumentaba de día en día, porque el amor es infinito; sabía cuán terrible era Kaivar, y aunque Kanmo estaba alentado por un valor á toda prueba, no dejaba de ser por eso para él Kaivar un enemigo formidable.

La muerte de Kanmo aterraba á Krasna, la helaba el corazón; pero á pesar de su amor al griego, de que su muerte era la mayor desgracia que podía temer Krasna, á pesar de que aborrecía con toda su alma á Kaivar, que para ella era, más que esposo, un tirano insupportable, Krasna no deseó, ni por un solo momento, la muerte de Kaivar.

Su deber y su conciencia se lo impedían, y Krasna cumplía rígidamente con su conciencia y con su deber.

No podía pedirle más á aquella desventurada.

Dios había querido que amase á Kanmo, y le amaba con toda su alma.

Dios la había entregado á Kaivar, la había hecho su esposa, y Krasna apuraba con la sublime valentía del mártir todo el horror de su destino.

Cuando Kaivar llegó á la parte llana, á un

pequeño valle al pie del peñasco, montó á caballo.

Al otro lado del valle había un hombre á pie, ligeramente armado, con traje griego, un pequeño escudo de cuero en el brazo izquierdo, y un ancho sable pendiente de la cintura.

Aquel hombre era Kanmo.

Adelantó hacia Kaivar en cuanto le vió aparecer á caballo, y al llegar á él le dijo:

—Estaba seguro de que vendrías, y te esperaba.

—Yo te doy las gracias por haber dejado el mar, donde yo no podía ir á buscarte, y por haberme presentado la ocasión de que yo venga en ti matándote todo cuanto sufro—dijo Kaivar con la voz trémula de cólera, echando pie á tierra, después de lo cual arrojó su lanza y dejó libre su caballo para ponerse en iguales condiciones de combate con Kanmo.

—Vengo á pedirte cuenta de la desesperación de Krasna—dijo Kanmo.

—Yo quiero aumentar su desesperación hasta la locura matándote—respondió Kaivar.

—Pues procúralo—dijo Kanmo desnudando su ancho sable—; estamos solos; yo he dejado mi gente lejos de mí, entre las quebraduras.

—Ni uno solo de mis tártaros ha salido del del castillo—respondió Kaivar.

—Pues luchemos de poder á poder—dijo Kanmo—, y que Dios de el triunfo á aquel de los dos que más le plazca.

—Acabemos de hablar—dijo Kaivar—, porque me impaciento al ver vivo ante mí al hombre á quien aborrezco, cuya vida pesa sobre mi alma.

—Me pesa á mí la tuya, y te la voy á arrancar. Y tras estas palabras, Kanmo embistió á Kaivar.

Se trabó un combate en que en los primeros momentos nadie hubiera podido comprender cuál sería el vencedor y cuál el vencido.

Eran dos tigres irritados, fuertes, terribles, que no se cansaban, que no cedían, que redoblaban sus golpes, golpes que no caían sobre sus escudos sin dejar en ellos una profunda señal.

Los dos eran ágiles, los dos diestros, los dos dotados de un valor maravilloso.

Muy pronto los escudos estuvieron inservibles, y se vieron obligados á arrojarlos, porque más servían de estorbo que de defensa.

Entonces la ventaja estuvo de parte de Kaivar.

Este estaba completamente armado, cubierto de hierro, y Kanmo no tenía otras armas defensivas que sus vestidos de seda.

La lucha, pues, parecía terminada en daño de Kanmo; pero éste, rápido como el pensamiento, paró con su sable un golpe de la espada de Kaivar, cerró con él, le asió por la cintura y le oprimió.

El combate de acero contra acero había pasado á ser una lucha de gladiador.

Entonces se cambió la ventaja, poniéndose de parte de Kanmo que, libre de todo peso, podía usar mucho mejor de su agilidad que Kaivar, que tenía sobre sí el enorme peso de su armadura.

Crujían las piezas de ésta, rechinando sordamente, oprimidas entre los brazos de Kanmo.

Kaivar perdía sensiblemente terreno, y estaba próximo á perder el equilibrio.

—Me agobia el peso de las armas—exclamó Kaivar.

—Tus armas te daban ventaja sobre mí, y usaste de ellas; ahora yo vuelvo contra ti esa ventaja—dijo Kanmo.

Y siguió luchando con un vigor tal, que Kaivar vacilaba y hacía inútiles esfuerzos por apoderarse de su puñal para herir á Kanmo; pero el estrecho abrazo con que éste le enlazaba se lo impedía. Al fin, Kaivar perdió tierra y cayó, arrastrando consigo á Kanmo.

Entonces la lucha se redobló.

De la misma manera que Kaivar no podía desenlazarse de los brazos de Kanmo, éste estaba retenido por los brazos de Kaivar.

El combate era horrible.

Entrambos se destrozaban sin obtener ventaja el uno sobre el otro.

Estaban aferrados, formando un grupo informe, que se agitaba, se estremecía, rugía, revolviéndose sobre el polvo.

Llegó un momento en que entrambos se debilitaron, en que la lucha parecía tocar á su fin por el cansancio de los combatientes.

Kaivar, sin embargo, por el peso y el embarazo de su arnés, estaba mucho más cansado; y Kanmo pudo al fin desprenderse de sus brazos, alzarse rápidamente y ponerle una rodilla sobre el pecho.

Kaivar echó mano á su puñal; pero Kanmo se había apoderado de él y le tenía desnudo en la mano, amenazando á Kaivar.

Este no dijo una sola palabra.

Comprendió que estaba vencido; pero su orgullo le impidió pedir gracia.

—Yo amo á Krasna—exclamó Kanmo acercando su semblante pálido, con la palidez del exterminio, al cadavérico y horrible semblante de Kaivar—; tú eres su esposo y es necesario que Krasna quede viuda.

Kaivar no contestó; sus ojos negros y terribles provocaban á Kanmo, fijando en él una mirada de desprecio.

Kanmo levantó el puñal que había arrancado á Kaivar y lo hundió por tres veces en su cuello, por cima del escote de la coraza.

Kaivar se estremeció violentamente á cada una de las puñaladas y luego quedó inmóvil.

Un ancho surtidor de sangre salía de su garganta y, sin embargo, sus ojos habían quedado abiertos, terribles, fieros, fijos en Kanmo, pero inmóviles.

Kanmo se levantó creyendo muerto á Kaivar, le miró profundamente y exclamó:

—Daría mi alma al diablo porque resucitaras otra vez, tú que te llamas el Resucitado, para volverte á matar, porque una sola vida que tengas, no basta para el odio que te tengo.

Y después de estas palabras y de haber contemplado por un largo espacio á Kaivar, tocó por tres veces un silbato de plata que produjo tres agudos silbidos.

Dicen los que cuentan esta historia que el diablo aceptó el ofrecimiento del alma de Kanmo por la segunda resurrección de Kaivar.

Pero esto no quiere decir que Kaivar resucitase inmediatamente.

El jefe tártaro, el gobernador de Corfú, permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, fieros, mates, terribles; pero la sangre que poco antes salía á borbotones, dejó de brotar de las heridas.

Algunos corsarios habían acudido á la llamada de Kanmo.

—Llevaos á ese hombre á la playa y arrojadle al mar—dijo Kanmo—; el peso de su armadura le retendrá en el fondo y no volverá á aparecer.

Los corsarios griegos cargaron con Kaivar y se encaminaron á la playa por entre las quebraduras.

Kanmo tomó la lanza y el caballo de Kaivar, su espada y su puñal ensangrentado, como trofeos de su triunfo, y los envió al castillo con un

corsario que llevaba un mensaje para Krasna.

Cuando el corsario llegó á lo alto del peñasco, delante de la puerta del castillo, y pidió hablar á la castellana, Krasna se asomó al ajimez que había sobre la puerta.

—¿Qué quieres?—dijo Krasna.

—Kanmo mi señor me envía—contestó el corsario.

—¿Y qué quiere Kanmo?—respondió secamente Krasna.

—Este puñal ensangrentado—dijo el corsario—te indica que eres viuda.

Krasna no se conmovió ni el dolor ni la alegría salieron á su semblante.

—Continúa—dijo.

—Esta espada ha sido inútil en las manos de tu esposo y Kanmo te la envía con este caballo y con esta lanza para que sirvan á un nuevo lobo tártaro que quiera vengar la muerte de Kaivar.

—La muerte de Kaivar no se vengará por las armas—respondió Krasna—; llévate esos despojos de la victoria de tu señor y dile que lo que sucedió mientras vivía mi esposo, seguirá sucediendo á pesar de su muerte.

—Mi señor me manda decirte que te entregues á él con tu gente y tu castillo.

—Dí á tu señor que venga á conquistarnos. Y cerró el ajimez y desapareció.

Pero Kanmo tuvo el buen tacto de no embestir el castillo ni mantenerle cercado, lo que indudablemente le hubiera dado la posesión de él á la vuelta de algunos días, por falta de mantenimientos.

Krasna vió desde los miradores de la gran torre llegar á la playa á Kanmo con sus corsarios, que se embarcaron en las cinco galeras en que habían venido.

Aquellas galeras levaron anclas y se hicieron á la mar, alejándose á toda vela.

A la puesta del sol, las cinco galeras habían desaparecido en el horizonte.

Los tártaros salieron á reconocer los alrededores del castillo y no encontraron á nadie; sólo hallaron paciendo tranquilamente en el valle donde habían combatido Kanmo y Kaivar el caballo de éste.

Sobre su caparazón de guerra se veían la espada, el puñal y la lanza de Kaivar.

En cuanto á éste, su cadáver no se encontró; había desaparecido.

Por bajo de esto se leía lo siguiente:

"Esta es la historia que se cuenta en la isla de Corfú acerca de su último gobernador tártaro, de su esposa y del amante de su esposa."

El Consejo de los Diez, que había enviado un agente á Corfú, recibió esta relación, que el agente había copiado palabra por palabra, de boca de un anciano natural de la isla, y que remitió al Consejo.

Ignorábase qué relación podía haber entre aquellas tres personas y un monje negro venido del convento de la Penitencia, y los dos cadáveres griegos que se habían encontrado una mañana flotando sobre las aguas del canal de Monforte, delante del palacio Conti.

Salvator Conti fué interrogado acerca del nombre y de la calidad de su esposa, y éste se negó á declarar. Pero puesto á la prueba del tormento, y habiendo resistido á la primera vuelta de rueda, á la segunda prometió declarar; se le quitó del tormento, y dijo lo siguiente, que se copia de la declaración que prestó ante los secretarios del Consejo.

"Hace mucho tiempo tenía yo conocimiento con un corsario griego, con quien en su juventud había tenido negocios mi padre, y que me debía grandes sumas prestadas por mi padre á él, y que yo había heredado.

Sábase que son muy comunes los contratos por relaciones mercantiles entre los venecianos y la gente de Levante, y aunque mi padre como patricio nada tenía de mercader, había conocido á José Kraus en las casas de los joyeros judíos del puente de Rialto, y de este conocimiento vinieron peticiones de dinero de Kraus á mi padre, préstamos que multiplicándose sin ser devueltos llegaron á constituir grandes sumas.

En el testamento de mi padre quedaron consignados estos créditos contra José Kraus á favor mío, y mis testamentarios enviaron á Corfú un encargado para que realizase el cobro de aquellas cantidades, que José Kraus me debía como heredero de mi padre.

Kraus no pagó la deuda; pero pidió plazos que se le concedieron, y como hubiese faltado á ellos, se le excitó de nuevo, y Kraus, por resultado de esto, vino á Venecia á entenderse directamente conmigo, trayéndome algún dinero.

Yo, además de la inmensa fortuna de mi padre, había heredado su profunda misantropía; mi existencia, sin causa aparente, era amarga

y tristísima. Una agonia lenta producida por una tristeza profunda y sin objeto.

Kraus, que venía de tiempo en tiempo á traerme alguna cantidad, se propuso sacar partido de la enfermedad misteriosa que yo padecía, y que me hacía sufrir un tormento insoportable.

Si tú vinieras á Corfú, á mi hermosa isla de Corfú—me dijo—, tú curarías de esa tristeza que te devora; tu no podrías ver los ojos de Zinca sin que ellos animasen tu alma, sin que la hiciesen sentir la ardiente vida del amor.

Las mujeres no existen para mí—le dije—; el amor no es una necesidad de mi alma; yo oigo hablar de él y no le comprendo; si yo pudiera reirme, me reiría del amor.

—La mirada que ha de inflamar tu alma, que la ha de vivificar, que la ha de hacer sentir dulzuras que tú ignoras, aún no ha caído sobre tus ojos—me dijo Kraus.

—Yo soy rico y noble—le contesté—, y Venecia es la patria de las mujeres más hermosas del mundo; ojos incomparables han pretendido enloquecerme, y sus miradas se han perdido en un abismo sin fondo, sin conmoverme, sin librarme ni por un momento de esta tristeza profunda, que hace de mí un cadáver viviente.

—Pero tú sufres.

—Sí, sufro mucho.

—Ven conmigo á Corfú.

—¿Y para qué?

—Para conocer á Zinca.

—Zinca será para mí, para inspirarme amor, tan impotente como han sido todas las hermosísimas damas que conozco.

—¿Quién sabe! Zinca es una doncella que parece creada por Dios para enamorar á los más fieros, á los más insensibles.

—Zinca no logrará—respondí—, ni siquiera que yo la recuerde después de haberla visto.

—Voy á hacerte una proposición—me dijo Kraus.

—¿Cuál?

—Si tú ves á Zinca y no la amas, yo te pago una cantidad doble de la que te debo.

—En buen hora.

—Pero si la amares, se entiende que pierdes la cantidad de que aún te soy deudor.

—Mucha confianza tienes en esa mujer—le dije.

—Si tú vinieras conmigo y la conocieras, la amarías.

—Acepto tu apuesta—dijo á Kraus, creyendo-me seguro de que Zinca no me obligaría á amarla, y de que duplicaría la enorme cantidad de que me era deudor Kraus.

Al día siguiente partimos.

Conoció á Zinca y la amó.

Zinca era una doncella de quince años, que tenía en la dulce mirada de sus ojos azules el fuego vivificador de la creación; ella me convirtió de un cadáver, en un ser lleno de una vida ardiente, que me era tan insoportable como me lo habían sido mi fría impasibilidad y mi profunda tristeza. Pero Zinca no me amó.

Kraus me había tendido un lazo; me había ganado la apuesta y nada me debía.

Cuando desesperado, loco por Zinca, le reconvine por no haberme revelado que Zinca amaba á un hombre con toda su alma, por lo que era imposible me amase á mí, me contestó con un irritante descaro:

—La cuestión no era que Zinca te amase, sino que la amases tú; tú blasfemabas del amor, porque no le conocías; tú no vivías, porque el amor es la vida del alma, y tu alma tiene vida, por el amor que te inspira Zinca, y que no sentirías si yo no te la hubiera hecho conocer; vale más vivir mal, teniendo lleno el espíritu de la ardiente vida del amor, que vivir con el espíritu apagado, inerte, frío; debes, pues, agradecerme que yo te haya hecho conocer á Zinca, y parecerte muy poco lo que el conocerla te ha costado.

—Pero yo sufro de una manera insoportable; el recuerdo de Zinca me abrasa el alma.

—Ese es ya otro negocio—ne dijo Kraus—; cuánto me darás si hago esposa tuya á Zinca?

—La mitad de mi fortuna—le contesté sin vacilar.

—Debo advertirte algo que tal vez no te agrade mucho, antes de que concluyamos definitivamente nuestro trato: Zinca es tal, aparece tan pura, que tú has soñado en ella una virgen inmaculada.

—Lo juraría por la salvación de mi alma—respondí.

—Pues perderías tu alma, como has perdido la apuesta que has hecho conmigo.

—¿Pues qué—dije—, Zinca no es pura como el sol?

—Será todo lo que tú quieras—dijo Kraus—; pero no impedirá que todas las noches Zinca reciba á un hombre misteriosamente, y que todas

las mañanas, con el pretexto de respirar los aires puros de la montaña, saiga á caballo acompañada de un esclavo que le sirve lealmente, y vaya á una legua de distancia á un pequeño valle donde hay una casita blanca, en la cual una hermosa montañesa cría un hermosísimo niño de seis meses. Ese niño es hijo de Zinca y de su amante.

—¿Y por qué—dije á Kraus alentando apenas—, no es esposo ese hombre de Zinca?

—Porque las descendientes de la familia tártara Karuk, no han nacido para ser venturosas en amor.

—¿Es tártara Zinca?

—Sí, tártara por su madre Krasna, y griega por su padre Kanmo.

—¿Y Kanmo no era tampoco esposo de Krasna?

—Sí; pero Krasna, que se creía viuda del jefe tártaro Kaivar, muerto por Kanmo, su antiguo amante, se encontró conque Kaivar había resucitado.

—Y aconteció sin duda una tragedia.

—Sí, una venganza terrible. Kaivar tuvo medio de introducirse como un ladrón en la casa de Krasna, mató á puñaladas á ésta y á Kanmo y desapareció. Krasna vivió el tiempo suficiente para revelar que su primer esposo, á quien creía muerto, se le había aparecido de repente, y la había inmolado á sus celos, y para encargar á Nossur, jefe de la guardia tártara, velase por su hija Zinca, y no la permitiese enlazarse sino con un jefe tártaro.

Nossur ha cumplido fielmente el encargo de su señora, y como Zante no es tártaro, y Zinca le ama, sus amores son secretos.

—¿Pero cómo pueden ser secretos unos amores de los cuales un hijo ha sido el fruto?

—Afortunadamente para Zinca, Nossur estaba en Constantinopla en la época de su alumbramiento, y éste ha quedado secreto para Nossur. Pero yo, que había pensado en Zinca para que te libertase de tu terrible melancolía, quise saber á qué atenerme respecto á Zinca, y lo he sabido, pagando á peso de oro á una vieja esclava que sirvió también á su madre, que es la confidente de Zinca, y que conoce la historia de su familia.

He aquí que tú, que has creído que era una inocente niña Zinca, y que lo hubieras jurado por tu alma, te has engañado.

Ahora bien; dime, si á pesar de esto, ardes aún en amores por Zinca, y quieres hacerla tu esposa.

—Sí, y á pesar de todo; porque su amor me embriaga, me enloquece—le contesté.

—Me darás veinte mil cruzados de oro—me dijo el codicioso Kraus.

—Te los daré—le respondí—en el momento en Zinca sea mi esposa.

—No tardará mucho en serlo: mañana partiremos á Venecia; cuando te haya dejado en ella me volveré á Corfú, y algún tiempo después iré á Venecia con Zinca, que consintirá en ser tu esposa: yo te lo juro.

—¿A pesar de sus amores con Zante?

—A pesar de todo.

Al día siguiente partimos para Venecia.

Inmediatamente después de haber llegado, Kraus se volvió á Corfú.

Yo me quedé esperando anhelante.

Pasaron seis meses.

Mi desesperación crecía de día en día.

No podía olvidar ni un momento á Zinca.

Era mi sueño, mi deseo voraz, mi pensamiento fijo.

Yo estaba seguro de que Kraus me la traería, porque Kraus era codicioso, y capaz de todo por los veinte mil cruzados de oro que yo le había prometido.

A los seis meses vino á buscarme un griego, que me trajo el aviso de que fuera al puerto en busca de Kraus, que estaba en él en su almadía con una persona que me era muy querida.

Aquella persona no podía ser otra que Zinca.

Por la primera vez de mi vida dejé mis vestidos negros.

Me engalané para parecer mejor á la hermosísima Zinca Karuk.

Cuando entré en la cámara de popa de la almadía, el primer objeto que vi fué á Zinca.

La niña me miró de una manera que me hizo concebir una ardiente esperanza.

No había en su mirada, ni tristeza, ni seriedad, ni reproche.

Era una mirada tranquila, dulce, casi afectuosa, como la que una mujer dirige á un hombre á quien ha visto muchas veces, y que no la desagradaba.

Yo me engañé.

Me engañaron mi amor y mi deseo.

Yo creí que á Zinca le era grata su unión con

un rico patricio veneciano, con el cual podría partir la alegre y fastuosa vida de Venecia.

Kraus contribuyó á engañarme.

—Ya ves—me dijo—que te sirvo bien; Zinca es una muchacha muy juiciosa, y ha comprendido lo que valen tu amor y su unión contigo.

—¿Es esto cierto?—pregunté á Zinca con la voz trémula de amor y de ansiedad.

—Sí, mi señor—me contestó la niña bajando los ojos—; me halaga mucho el que tú me honres haciéndome esposa; esto me prueba que tu amor por mí es inmenso.

—Pero tú amas á otro hombre.

—¿Y qué importa? Tú vales más que Zante, y he comprendido que yo no le amaba, cuando he sabido que me amas tú.

—¿Y tu hijo?

—Yo amaré mucho más á los hijos que tenga de ti.

—¿Eres cristiana?

—Sí; cristiana de la iglesia griega, como han sido cristianos todos los Karuk que han sido gobernadores, por el sultán de de la isla de Corfú.

—¿Por qué llevas tú el apellido Karuk?

—Porque mi madre era tártara, y los tártaros vencedores de los griegos; el dominador no puede tomar el apellido del dominado, aunque el dominado sea su padre.

—Nuestros hijos, si Dios nos lo da llevarán mi apellido, el apellido Conti.

—En buen hora; porque mi raza, al unirme yo contigo, se pierde en ti.

Aquel mismo día, Zinca, acompañada de Kraus, entró en mi casa.

Ocho días después, en presencia de mis parientes, se celebró mi casamiento con Zinca.

Cuando después de la fiesta y de haber llevado mis parientes á Zinca á la cámara nupcial, entré yo en ella, encontré á Zinca que me salió afablemente al encuentro y me dijo:

—Debes estar satisfecho, señor, conque yo sea tu esposa; pero no te amo lo bastante para ser tuya; yo procuraré amarte mucho en poco tiempo; entretanto, no seremos más que el hermano y la hermana.

Dos horas después, salí yo desesperado de la cámara nupcial.

Habían sido en vano todas mis súplicas, todas mis ardientes palabras.

Yo estaba sentenciado por el momento á una situación horrible.

Esto no impidió que al siguiente día Kraus me exigiese el pago de los veinte mil cruzados de oro.

Yo era esposo de Zinca, y Kraus había cumplido su compromiso.

Mandé que se le pagase aquella cantidad, se despidió de mí, partió, y no le he vuelto á ver.

Yo soy inocente de la muerte de Zinca y de Zante.

Inocentes son mis deudos que me han ayudado á tomar venganza de una traición infame.

Si he negado que este justo castigo ha sido impuesto por mí á los culpables, ha sido por no arrojar mis secretos en un proceso que vivirá eternamente en los archivos del Consejo de los Diez.

Pero no he podido resistir al tormento, os he revelado lo que habéis oído, y voy á acabar de revelároslo todo.

Pasaron algunos meses, y durante ellos, Zinca Karuk, que me trataba de una manera afable y más cariñosa cada día, se mantuvo firme en manifestarme que no me amaba aún lo bastante para hacer completamente conmigo la vida conyugal. Yo me desesperaba.

Yo iba sintiendo algo mortal en mi ser que me acababa la vida.

Zinca había llegado á ser para mí, más que una mujer, una divinidad.

Un ser que absorbía mi alma y mi vida.

Un manantial de delicias, en que necesitaba anegarme para no morir.

Y Zinca me decía siempre:

—Te amo mucho, te adoro; pero aún no es tiempo, yo quiero adorarte más.

Un día me anunciaron la visita de un monje benedictino de la Penitencia.

Inmediatamente le recibí.

Cuando el monje se echó atrás la capucha negra, que poco antes había cubierto su cabeza, retrocedí espantado.

No he visto nunca un semblante tan terrible, tan infernal.

Es un hombre cuya edad no puede decirse.

Un hombre pálido, con la palidez densa, fría, impura y repugnante del cadáver.

Con los cabellos negros, lacios, largos, secos, sin brillo, muertos; con la barba negra, revuelta, áspera, partida en dos puntas, entre la cual se ven unos labios áridos, azules, amoratados, contraídos por inmóvil expresión de angustia.

Con los ojos negros, duros, punzantes, relucientes como un ascua.

Con el cuerpo largo, estrecho, huesudo, sobre el cual cae de una manera rígida la monótona y gruesa plegadura de su túnica negra, cuya actitud es tiesa, rígida, con la tiesura de un cadáver puesto de pie.

Cuya voz es cavernosa, horrible, como si saliera del fondo hueco de una tumba.

Todos le conocéis; todos le conocen en Venecia.

No hay altar privilegiado por lo milagroso de santo de su devoción en ninguna iglesia de Venecia, donde él no haya celebrado el sacrificio de la misa, llamado por los que, agobiados por una gran desventura, han buscado su salud en un milagro de Dios.

Dicen que cuando él consagra la santa forma, toma ésta un leve color rojo, como el de la sangre.

Muchos le llaman el Santo; pero otros muchos le llaman el Diablo.

Los unos cuentan de él acciones meritorias, acciones que parecen de ángel.

Los otros refieren hechos espantosos que se le atribuyen.

Los unos le creen un varón justo, purificado por la penitencia.

Los otros un cadáver insepulto, un cadáver maldito, que se ha convertido en vampiro y está siempre sediento de sangre humana.

Sea como quiera, yo no sé lo que he de juzgar del padre Giuseppe el Diablo ó el Santo.

Por mi parte, yo no puedo considerarle santo, sino demonio.

Ese hombre me aterró desde el momento que le vi y decidió la terrible situación en que me encontré colocado respecto á Zinca Karuk.

—En tu palacio—me dijo—, hay una víctima de ese doble amor que llena el alma de una mujer pur un hombre, y por el hijo fruto de sus amores.

—Zinca—le respondí—, no es una víctima; ha venido á mi palacio por su libre voluntad, y por su libre voluntad se ha unido á mí.

—Te engañas: á Zinca la obligaba mentir su amor.

—No puedo comprenderos—le dije—; Zinca ha preferido ser patricia de Venecia, á ser señora tártara de Corfú.

—Te engañas: el águila no trueca por su vo-

luntan su nido encaramado en lo alto de una roca y azotado por el huracán, por el dorado artesón de un palacio. Ella está acostumbrada á la luz fuerte, al viento libre, á los rugidos del mar, que azota constantemente la roca donde cria sus hijuelos; ella quiere arrojarle desde su inmensa altura en un océano de aire; te engañan: Zinca gime aquí; tus salones la abruman; sus magníficos artesonados pesan sobre ella; aquí no entra el aire que orea las colinas; aquí no se siente una sola ráfaga de las brisas del mar; la luz entra aquí alterada al través de los vidrios de colores, y no hay luz más hermosa que la que ha hecho Dios para que llegue á los ojos del hombre sin obstáculo, sin que se la obligue á filtrarse por vidrios y cortinajes. A más de eso, Zinca tenía allí su primer amor, su amor de virgen, su amor de amante, su amor de madre; todos cuantos amores pueden enlanguidecer con su acento el pensamiento de una mujer y hacer latir su corazón.

—¿Y por qué ha consentido Zinca en venir á Venecia, en casarse conmigo?—exclamé con desesperación.

—¿Conoces tú bien al corsario Kraus? ¿Sabes tú de lo que Kraus era capaz?

—Hablas de Kraus como si ya no existiera—observé.

—En efecto—me contestó el monje—; Kraus había cometido un crimen horrible por oro y debía morir; la Providencia se ha encargado de castigarle; hace pocos días los pescadores de la parte Sur de la isla de Corfú, han encontrado sobre las rocas de la playa el cadáver de Kraus horriblemente mutilado.

—¿Y quién ha sido el matador de Kraus?—pregunté fijando mis ojos de una manera profunda en el padre Giuseppe.

—Lo ignoro—me contestó—; Dios tiene siempre instrumentos para sus justicias.

—¿Y qué crimen había cometido Kraus?

—Una noche, Zinca esperó inútilmente á su amante.

Por la mañana, cuando fué al pequeño valle donde se criaba su hijo Manuel Karuk, encontró á su nodriza aterrorada.

La casita había sido acometida aquella noche por bandidos, y el pequeño Manuel Karuk había sido robado.

Zinca se desesperó; no sabía á qué atribuir el robo de su hijo, y no podía buscarle, porque ex-

cepto para algunos leales servidores de Zinca, sus amores con Zante y el nacimiento de su hijo Manuel Karuk eran un secreto.

Zinca tenía que respetar el orgullo de su raza.

Zinca era tan desgraciada como lo había sido su madre y como su abuela; porque parece que que un destino terrible pesa sobre la familia tártara Karuk, que determina, no solamente la desgracia de los de su raza, sino también la de los que se ponen en contacto con ellos.

Zinca se creyó engañada por la ausencia en aquella noche de Zante; que éste, que estaba obstinado en que sobreponiéndose ella á las tradiciones de su familia y á la altivez de su raza salvaje fuese su esposa, se había valido para obligarla del medio de robarle su hijo.

Zinca esperó á la noche siguiente la ida de Zante; pero Zante no apareció.

Entonces Zinca creyó con terror que Zante la había abandonado, y que al abandonarla, tal vez por otros amores, la había robado su hijo.

Algunos días después Zinca supo que Zante no la había hecho traición.

Que Zante no había dejado de amarla ni había querido obligarla.

Que Zante, como ella, era víctima de la infame y venal traición de otro hombre.

Aquel hombre era el corsario Kraus, que necesitaba obtener los veinte mil cruzados de oro que tú habías ofrecido darle el día en que fueras esposo de Zinca.

Zinca vió amenazadas las vidas de su hijo y de su amante, sin otro medio de salvarlas que consentir en la voluntad de Kraus, de cuya ferocidad de bandido y de corsario, había que temerle todo.

Zinca, pues, consintió en venir á Venecia, en engañarte, en ser tu esposa.

Pero Zinca jamás será tuya, guárdate de pretenderlo.

Zinca permanecerá en tu palacio y á tu lado, porque es cristiana y es tu esposa; pierde, pues, toda esperanza y trátala como si fuera tu hermana. De otro modo puede acontécerte lo que ha acontecido á Kraus. Adiós.

Y el padre Giuseppe, que para mí no era un santo, sino un demonio, salió.

Pero desde aquel día no dejó de ir uno solo á mi palacio y de estar encerrado algunas horas con Zinca, de la que se había constituido confesor.

Yo no pude resistir más aquella situación, y salí de Venecia, de la que estuve ausente un año.

Cuando volví encontré mi honra mancillada.

Yo, pues, no he hecho otra cosa que vengar mi honor castigando con la muerte á los culpables.

Pero he vengado mi honor en secreto; secreto que han revelado las aguas del canal, arrojando á su superficie á los culpables, sin duda porque se han roto las ligaduras que los unían al peso de plomo con que se les había arrojado. Yo, por cubrir mi honor, he hecho bautizar con mi nombre y como hija legítima mía á la hija de los culpables.

Como hija mía se la conocerá siempre, porque no quiero que el secreto que conoce el Consejo de los Diez llegue á conocimiento de todo el mundo.

He cumplido, pues, con mi deber, y pido que se me declare no culpable, y se me ponga en libertad."

He aquí á continuación la sentencia del Consejo de los Diez, que consta en el proceso:

"Atendido que Zinca Karuk era esposa de Salvator Conti, y á la declaración del monje benedictino de la Penitencia, fray Giuseppe, llamado el Santo, que confirma el adulterio de Zinca Karuk con el corsario griego Zante, el Consejo declara justa la muerte de los adúlteros por mano del esposo ofendido; pero atendidas las circunstancias horribles y tenebrosas que han acompañado á esta justa venganza, no puede declarar completamente no culpable al patricio Salvator Conti, y le condena á diez años de destierro del estado de Venecia; pero atendiendo á los buenos servicios de la familia Conti, el Consejo de los Diez, en nombre de la República, toma bajo su protección á Elena Conti, que la hace aparecer como hija legítima suya, y manda que por respeto al honor del nombre de Conti, se guarde este proceso en el archivo secreto, y se guarde un completo sigilo por los que en él han actuado acerca de la historia que en él se contiene, y de la verdadera procedencia de Elena Karuk."

Respecto al padre Giuseppe, llamado el Santo, religioso benedictino, existente en el convento de la Penitencia de Venecia, dijo cuando fué preguntado:

—No tengo por qué ocultar lo que he sido:

soy tártaro; fui jefe de la tribu Kaivar; hice toda la campaña de los tártaros contra los griegos.

Y después de esto el padre Giuseppe refirió toda la historia de sus amores con Krasna, la hija de Karuk, hasta el momento del duelo con Kanmo.

Después continuó:

—Volví á la vida en una cabaña de pescadores. Por algún tiempo nada supe, hasta que mis heridas se fueron cicatrizando, y fui recobrando la fuerza y la salud.

Entonces los pescadores me dijeron:

—Te llevaban inanimado unos corsarios griegos que trepaban por las rocas para arrojarte desde lo alto de ellas al mar.

Nosotros, movidos de compasión, pedimos tu cuerpo á los corsarios.

—Es una criatura de Dios—les dijimos—; nosotros le enterraremos y nadie sabrá si le habéis arrojado al mar ó no.

Los corsarios estaban solos; no les veía quien les había mandado arrojar tu cuerpo al mar; eran, á pesar de todo, cristianos, y Dios manda enterrar á los muertos, no que se les arroje al mar para que sean presa de los pescados voraces. Los corsarios, después de alguna resistencia, nos entregaron tu cuerpo y se fueron.

Nosotros nos metimos contigo entre las quebraduras, en el repecho de un barranco, mirando al Oriente, abrimos una profunda hoya para sepultarte en ella.

Pero sobrevino uno de nuestros ancianos que sabe de medicina, y te reconoció cuidadosamente.

—Este hombre—nos dijo—no ha muerto aún; y si se le cuida bien, podrá suceder que vuelva á la vida.

Entonces, en el mismo sitio, sobre la misma vertiente junto á la hoya, construimos una cabaña, trajimos un lecho y cuanto era menester, te hemos cuidado como si hubieras sido nuestro hermano, y he aquí que has vuelto á la vida y no corres peligro alguno por tus heridas.

Pero yo había perdido mucha sangre, y mi convalecencia fué muy larga y muy penosa.

Seis meses después de haber recibido las heridas, aún me veía obligado para andar á apoyarme en el brazo de uno de mis generosos huéspedes.

Aún pasaron cuatro meses antes de que yo recobrara todo mi vigor.

Cuando me sentí verdaderamente fuerte, me despedí de los buenos pescadores y me metí tierra adentro.

Yo sentía en mi alma una ardiente sed de venganza.

Amaba con más energía, con más fuerza de voluntad que nunca á Krasna.

Yo sabía que Krasna amaba á Kanmo.

Una vez creyéndose viuda Krasna, lo más creíble, lo casi indudable era que Krasna, dominada por su amor, se hubiera unido á Kanmo.

Yo necesitaba saberlo, y me trasladé á la habitación en que Krasna vivía antes de ser mi esposa.

Caminaba de noche, y de día me ocultaba en las grietas de las rocas.

Mi alimento era el pájaro, que cazaba con lazo, ó las frutas silvestres que encontraba al paso.

Nadie podía reconocerme y saber que por segunda vez había resucitado.

Yo era un fantasma que vagaba de noche alrededor de la habitación de Krasna, y que la observaba de día, oculto entre las quebraduras.

Por este medio supe, sin preguntar á nadie, que Kanmo era esposo de Krasna.

Debió serlo poco después de mi desaparición, porque Krasna y Kanmo, cuando yo me puse en observación suya, tuvieron una hija.

Esta hija era Zinca Karuk, la que ha sido asesinada recientemente con Zante por el patrio Salvator Conti, su esposo.

Cuando yo comprendí la felicidad de Krasna y Kanmo, cuando vi que la naturaleza había dado á Kanmo en Krasna lo que á mí me había negado, esto es, una hija, mi alma se ennegreció y juré el exterminio de Krasna y del esposo á quien se había unido, creyéndome muerto.

Es verdad que ella nunca me había amado; que antes de conocerme amaba con toda su alma á Kanmo; que se había unido conmigo, obedeciendo la última voluntad de su padre moribundo, y que al creer en mi muerte había quedado completamente libre.

Pero la religión, las costumbres, las leyes, la prohibían enlazarse al matador de su esposo.

Krasna Karuk era á todas luces culpable, y yo decreté en el fondo de mi alma su castigo.

Pero me vi obligado á esperar.

Cuando yo me puse en observación de la casa de Krasna, era todavía invierno. Las ventanas

se cerraban á la caída de la tarde, para no volverse á abrir hasta la salida del sol, y las puertas estaban guardadas por los soldados tártaros de Krasna.

Esta no salía nunca sola, ni se aventuraba por lugares solitarios.

Yo no quería que nadie fuese testigo de mi venganza, y me fué necesario esperar á que llegasen los fuertes calores del verano, en que las ventanas se dejan abiertas para que penetre en los dormitorios el ambiente de la noche.

Llegaron, en fin, las calurosas noches del mes de Junio.

Yo bajé algunas noches oscuras de mis escondrijos de la montaña á la colina en que estaba asentada la casa de Krasna y la observé.

Conocí por el reflejo de la lámpara que salía por una de las ventanas abiertas, cuál era el dormitorio de Krasna y de Kanmo.

Cuando no tuve duda de ello, porque algunas noches Kanmo y Krasna se ponían á la ventana para respirar sin duda las frescas brisas del mar, lo preparé todo para cumplir mi venganza.

Al fin, una oscura noche, poco después de ocultarse la luna, llegué á la casa de Krasna, y apoyándome en las asperezas del muro, trepé á la ventana y entré en un aposento, en el cual encontré dormidos á Kanmo y á Krasna.

No volvieron á despertar.

A la vista de Krasna herida, moribunda, que fijaba en mí de una manera terrible sus hermosos ojos azules, sentí un horror que aun todavía, aunque han pasado muchos años desde aquella noche, no he podido lanzar de mí.

Un horror que incesantemente me atormenta, que me hace ver siempre el horroroso seno de Krasna rasgado por mi puñal, la agonía de su semblante y la mirada amenazadora de sus ojos azules.

Huí, y á la carrera, aterrado, sintiendo por la primera vez el miedo, me interné en la montaña y permanecí allí algunos días, cada vez más devorado por el horror y el arrepentimiento de haber inmolado á Krasna.

Yo la amaba; yo la amo aún; yo la amaré después de muerto, soñando con ella en el fondo de mi tumba, viendo aún allí la sangre brotando á borbotones de su blanquísimo seno, la terrible mirada de sus ojos azules que siempre arde en mi memoria.

El remordimiento y el dolor llegaron á hacer-

seme insoportables, y me acogí á un monasterio de frailes franciscanos. El superior, á quien confesé mi pecado, me dijo que no podía absolverse, que era necesario que fuese á Roma á arrojarle á los pies del Papa.

Aconsejome esto el superior, porque á pesar de estar en Grecia su convento, pertenecía, no á la Iglesia griega, sino á la Iglesia católica.

Yo acepté el consejo del superior, y en vez de ir á arrojarle á los pies del patriarca griego, fui á Roma con auxilios que me dieron los buenos franciscanos.

Sixto V, el serenísimo Sixto V, escuchó mi confesión, y cuando hube concluido, me dijo:

—Yo te absolveré si inmediatamente después de mi absolución hubiera de caer tu cabeza bajo el hacha del verdugo; pero no es el mío un ministerio de sangre, sino un ministerio de paz y de misericordia; matarte no sería ser misericordioso contigo; porque la muerte no es una compensación bastante de tu culpa; porque te presentarías manchado de sangre, ennegrecido por el odio y por la venganza, ante el tribunal de Dios.

Tú debes vivir, porque la vida es para ti un tormento superior á todos los tormentos que pudieran hacerte sufrir los hombres.

Tú debes vivir, y vivirás; porque yo te sentencio á la vida en nombre de Dios, y defenderé tu cabeza en nombre del Señor, de la justicia de los hombres.

Y Sixto V escribió por su propia mano un papel que es voy á mostrar.

El padre Giuseppe Kaivar sacó de entre sus hábitos un tubo de hoja de hierro, y de él un papel enrollado en que se veía el sello pontificio de Sixto V, y cuyo contenido era el siguiente:

“Sixto V, Papa: á todos los reyes y príncipes cristianos sus queridos hijos: salud y bendición apostólica.

Sabed: que Giuseppe Kaivar, tártaro, jefe de la tribu Kaivar, gobernador que ha sido de la isla de Corfú y esposo de Magdalena Krasna, hija de Cristian Karuk, jefe de la tribu tártara Karuk, y cristiano de la Iglesia griega cismática, hasta hoy que se ha convertido en mis manos á la Iglesia de Jesucristo, ha tenido una vida tal y tan impía, y ha cometido un tan horrendo crimen, que Nos, en nombre de la Santísima Trinidad, de los arcángeles y de los ángeles, de los santos y de las santas, le conde-

namos á perpetua penitencia, y os rogamos á vosotros, príncipes y potestades de la tierra, no castigéis con vuestra justicia sus delitos si los descubriéis, matando con el terrible tormento que Dios Todopoderoso ha puesto en su corazón como castigo de su crimen; sabed que la muerte sería para él un bien, no un castigo; tenedlo en cuenta, y no ofendais á Dios desatendiendo el ruego que os hacemos en nombre del Altísimo, como vuestro padre espiritual. Pero si superpusiérais vuestra justicia á la justicia de Dios, que la anatema caiga sobre vosotros.”

Después de haberse transcrito al proceso ese terrible y sombrío decreto pontificio, fué devuelto al padre Giuseppe, que le guardó y continuó declarando.

—Sixto V escribió aún otro decreto, que existe en poder del abad de San Benito de la Penitencia en la ciudad de Venecia.

En aquel decreto le mandaba el Papa que me diese el hábito de novicio, y me redujese á los servicios más severos, y observase mi conducta; que á los seis años me mandase volver á Roma á sus pies con una información minuciosa de mi vida durante aquellos seis años.

Yo cumplí el mandato del Papa.

Vine á Venecia y me presenté al abad de San Benito, á quien di el decreto del Papa.

Pocos días después tomé el hábito de novicio, y tal fué el estado de mi espíritu durante los primeros seis años, tal la tristeza y la desesperación que se revelaba en mi semblante, tan extraordinarios, tan terribles los ejercicios penitenciales que yo practicaba, que los monjes me miraban con asombro, y empezó á salir del convento la fama de santidad que hoy pesa sobre mí, y que me abruma más que todos los castigos que hubieran podido imponérsese.

Ignoro lo que el superior de San Benito informaría al Papa en el pliego cerrado que me dió cuando, cumpliendo con el decreto de Sixto V, me mandó ir á Roma á ponerme á los pies de la silla de San Pedro.

Sixto V recibió de mis manos el pliego, y me mandó volver pasados tres días.

Volví, y me escuchó de nuevo en confesión; terminada ésta me absolvió, me dió un pliego para el superior de mi convento y me mandó volver á él.

Llegué, me arrodillé á los pies del abad y le entregué el pliego del Papa.

Le leyó el superior, y después me dijo:

—Nuestro santísimo Padre ha visto tu humildad, tu dolor, tu arrepentimiento, y te ha absuelto, hermano. Nuestro santísimo Padre te concede el que te se pueda conferir el orden sacerdotal y la profesión en nuestra orden ó en otra cualquiera orden penitente.

Un año después, era yo sacerdote y monje profeso en el monasterio de San Benito de la Penitencia de Venecia, en donde se me tenía por santo.

Pero á despecho mío, yo era un demonio.

Mi amor satánico hacia Krasna aumentaba de día en día, y mi dolor y mi horror por su muerte eran porque había perdido su hermosura, no porque la había privado de la vida, no porque había dejado huérfana á su hija Zinka Karuk.

Magdalena Krasna no había muerto para mí.

La veía en todas partes, á todas horas.

Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, al murmurar estremecido de terror, como las hubiera murmurado un condenado sin esperanza de la misericordia de Dios, las palabras de la consagración, veía con espanto horrible que la forma aparecía á mis ojos como bañada en sangre humeante, y en medio de ella á Magdalena Krasna, en cuyo seno brotaba la sangre que teñía la forma, mirándome de una manera terrible con sus grandes ojos azules.

Cuando consumía la forma, me parecía que devoraba á Krasna; que ella se dilataba dentro de mí, y que me roía las entrañas con la rabia de su venganza.

Cuando consumía el agua y el vino que contenía el sagrado cáliz, me parecía beber la sangre de Krasna, que me abrasaba con el fuego del infierno.

Algunas veces era tan insoportable el tormento que sufría, que caía sin sentido en las gradas del altar.

Después de lo que pasaba algunos días entregado á un delirio en que los monjes no veían la desesperación del condenado, sino el arrepentimiento del santo, porque yo nunca blasfemaba, porque yo pedía á gritos á Dios me librase del estado espantoso á que me encontraba reducido.

Esto engañaba á las gentes.

Todo consistía en que yo he creído siempre en Dios y en su omnipotencia.

En que yo recurría á Dios como la única potencia que podía salvarme.

Pero teniendo siempre viva y ardiente en mi memoria á Krasna, sintiendo siempre el fuego ardiente y devorador de una pasión impura, de un amor idólatra hacia ella.

Mi vida era un infierno.

Yo no necesito pasar por las puertas de la muerte para ser condenado.

Mi eterna condenación empezó en el instante en que cayó mi puñal sobre el seno de Krasna.

¡Ah! ¡Los hombres son ciegos!

¡Confunden la desesperación y la rabia con el dolor y el remordimiento!

Ellos no saben que yo soy un sér maldito, un sentenciado por Dios, un alma condenada que tiene ya dentro de sí todo el infierno que ha de sufrir en la eternidad.

No saben que mi cualidad de sacerdote aumenta mis tormentos.

No saben que el cuerpo y la sangre de Jesucristo son para mí un fuego devorador que me aniquila sin destruirme por un misterio incomprensible.

Ellos no saben que los que me llaman el padre Giuseppe el Diablo, los que se apartan aterrados de mí haciendo la señal de la cruz, son los que han comprendido la verdad.

Yo revelo todo esto, secretarios del Consejo de los Diez, porque pretendo, que horrorizados de mí, creáis que Sixto V no ha sido bastante severo conmigo, y me arranqueis una vida que no puedo soportar.

Después continuó Kaivar:

—Apenas fui sacerdote y religioso profeso, el superior me entregó cerrado un pliego que contenía una orden secreta para mí.

Abrí aquel pliego en la soledad de mi celda, y encontré que el Papa me mandaba velar por María Zinka Karuk, huérfana de los que yo había asesinado, y tuviese para ella oficios de padre, procurando reducirla á la comunión católica.

Yo no sabía hasta qué punto era para mí terrible la ejecución de este mandato.

Yo no sabía que iban á duplicarse mis tormentos, que yo creía ya insuperables.

Acudí al superior, le pedí permiso para trasladarme á Corfú como misionero católico, y el superior me concedió el permiso y partí, yendo á hospedarme en el monasterio de franciscanos que existía en Corfú, no lejos de la casa en que yo había conocido por primera vez á

Krasna, en que dos años después la había asesinado.

Cuando mi venganza arrebató sus padres á Zinca, podía decirse que ésta estaba recién nacida.

Cuando volví á Corfú, María Zinca Karuk tenía ya ocho años, y estaba tan desarrollada y tan hermosa, que parecía una mujer con la frescura y la juventud de una niña.

Yo no podía haber sospechado aquello.

Yo fui á ver á Zinca con el amor de un padre, y cuando la vi, Krasna dejó de ser para mí un fantasma.

Krasna se me presentó viva, encantadora, y más pura y más hermosa en su hija Zinca.

Entonces me arrepentí de mi confesión al Papa, de mis penitencias, de haber contraído el orden sacerdotal.

Ardió en mi alma la tentación terrible de arrojar lejos de mí los hábitos, de correr al Cáucaso, de presentarme en medio de mi tribu á caballo y armado, y reclamar su obediencia, venir con mis indomables tártaros á Corfú y apoderarme de Zinca.

Pero tuve miedo al rayo de Dios.

Porque la justicia de Dios es infinita, y da siempre un castigo igual á lo horrendo de los crímenes de los hombres.

Pero no pude lanzar de mí el amor maldito que aquella inocente me inspiraba.

Y, sin embargo, tuve valor para sepultar en el fondo de mi alma aquel amor horrible.

Tuve valor para convertirme en padre de Zinca.

Para protegerla con el prestigio que me habían dado en la isla de Corfú mi aspecto penitente y ascético, lo consolador de mis palabras y la caridad hipócrita con que acudí á los socorros de los pobres y de los desventurados.

Tal variación habían operado en mí los terribles sufrimientos de nueve años, desde que fui tenido por muerto hasta que volví á Corfú como misionero católico, que á pesar de haber sido gobernador de la isla, no me reconoció nadie; ni aun el mismo Nossur, que había estado á mi servicio como jefe de la guardia tártara de Krasna, y que era entonces gobernador de la isla á nombre de su señora María Zinca Karuk.

Además de eso, yo había ocultado mi nombre, sólo se me conocía bajo el nombre del padre Giuseppe.

De tiempo en tiempo yo volvía á Venecia y á mi convento, llevando á él la noticia de la conversión al catolicismo de algunos griegos cismáticos.

Esto aumentaba la veneración con que me miraban los monjes mis compañeros, que propalaban mis triunfos por la fe y aumentaban en Venecia mi loa de santidad.

Permanecía en Venecia algunos meses y luego volvía á Corfú al lado de Zinca.

Así pasaron algunos años, hasta que Zinca cumplió quince, creciendo de año en año en hermosura, y creciendo mi infernal pasión por ella; pero siempre oculta, y cuanto más oculta más terrible y más corroedora para mí.

Parecía que el cielo daba fuerzas á mi alma y á mi cuerpo, para que la locura no se apoderase de la una, ó el dolor insoportable no destruyese el otro.

Parecía imposible que mis sufrimientos creciesen, y crecieron sin embargo.

No bastaba que yo amase á Krasna muerta, en Zinca viva.

No bastaba la rabia de que Zinca fuese hija del hombre amado por Krasna.

Era preciso que yo sufriese en silencio los celos del amor de Zinca á otro hombre.

Acababa de cumplir Zinca sus catorce años, cuando se presentó una almadía náufraga arrastrada por las olas, en dirección á las rocas de Corfú.

Se acudió de tierra á su socorro, y todos corrimos hacia la playa, para llegar á ella antes de que la almadía se estrellase en las rocas.

La mar estaba brava, y era de temer que no pudiese salvarse á los náufragos.

Yo veía con placer aquel buque arrastrado por la furia del mar, impelido por el huracán, que se acercaba rápidamente á las rocas.

Yo no siento la caridad, yo no la he sentido nunca.

Me impongo su práctica como un tormento; como el que herido de muerte, desesperado, se desgarrá las heridas con las manos, pretendiendo morir más pronto.

Arrojé mis hábitos y trepé á la carrera á lo alto de las rocas.

Al llegar yo á la punta saliente de una de ellas, la almadía se estrelló en los peñascos inferiores.

Un golpe de mar arrastró consigo á la tripu-

lación, y yo me arrojé á las olas, así á uno de aquellos naufragos, que sin mi socorro hubiera perecido, porque los tripulantes venían aterrados y fatigados por su lucha con la tempestad; nadé vigorosamente, y logré ganar una peña, á cuya parte superior no llegaban las olas.

Yo debí perecer con el naufrago que había salvado, y nuestra común salvación fué tenida á milagro, lo que aumentó la loa de santidad en que se me tenía.

Pero salí del mar magullado, ensangrentado, destrozado, porque varias veces las olas me habían arrojado sobre las rocas, arrebatándome de nuevo.

Fué necesario esperar á que la tempestad se calmase, y que descendiese la mar, para que pudiesen llegar á nosotros los que habían asistido impotentes al salvamento de aquel naufrago por mí.

Entre los que acudieron acudió Zinca.

Yo vi su primera mirada de amor consagrada al naufrago, que estaba tendido é inmóvil desmayado junto á mí.

Yo vi que Zinca palidecía, temblaba, y que su mirada ansiosa permanecía fija, inmóvil, aterrada, desesperada, sobre el hermoso semblante del joven naufrago.

Porque Esteban Zante era un joven hermosísimo que apenas contaba veinticinco años, y hacía ya cinco que era un terrible capitán corsario.

Yo sentí una rabia imponderable al verme salvador del hombre que había causado el primer latido de amor del corazón de Zinca.

Yo aborrecí con toda mi alma á Esteban Zante, y, sin embargo, él me amó, porque yo no le he dejado ver mi odio; porque yo absorbí aquel nuevo dolor, como había absorbido otros tantos dolores.

Porque yo era una esponja llena de hiel que absorbía y seguía absorbiendo hiel sin que sacrase de ella una sola gota.

Zinca mandó conducir á su misma casa á Esteban Zante, el único de los naufragos que se había salvado, porque yo no había podido salvar más que uno.

Zinca le prodigó por sí misma los más ardientes cuidados, como vela la mujer que ama por la vida de su amor, cuando esta mujer tiene en las venas, como Zinca, en vez de sangre, fuego.

Esteban Zante volvió muy pronto á su salud y á sus fuerzas.

Amó con su alma á Zinca y á mí me amó con su agradecimiento.

Llamaba á Zinca su vida y á mí me llamaba su padre.

Pero Zinca no podía ser su esposa.

Los tártaros, que habían sufrido muy mal el segundo casamiento de Krasna con un extranjero, no estaban dispuestos á que la hija de Krasna les diese por señor otro extranjero, y así lo manifestó á Zinca Nossur en nombre de la tribu entera de Karuk.

Al mismo tiempo se mandó á Esteban Zante que saliese de la isla, y Zinca, por mi mano, porque estaba muy vigilada por los tártaros, dió á Zante una fuerte cantidad en oro para que comprase una nueva almadía y la tripulase.

Algunos días después Zante se despidió de mí y me dijo:

—Padre, parto para no volver.

Y Zante partió.

Yo vi perderse en el horizonte las blancas velas de su almadía.

Pero no creí en la sinceridad de la despedida de Zante.

—Tú volverás—dije—, tú volverás durante una noche oscura, cuando nadie pueda ver tu vela apareciendo en el horizonte.

Y Zante volvió, como lo habían temido mis celos.

Volvió, y yo, oculto en las inmediaciones de la casa, vi entrar en ella una y otra noche á un hombre por la misma ventana por donde yo había entrado quince años antes para exterminar á Krasna y á Kanmo.

Aquello me fué insoportable.

Nada dije á Zinca, y temiéndolo todo de los celos que se revolvían en mi alma, me despedí de Zinca y me volví á Venecia, resuelto á no tornar á la isla de Corfú.

¿Y para qué? Zinca había decidido su destino.

Pero yo me había propuesto lo que no podía cumplir.

Zinca me atraía á sí con una fuerza invencible.

Resistí algunos meses y, al fin, no pudiendo defenderme ya más, volví de nuevo á Corfú.

Llegué y aquella misma noche fui á ponerme en acecho de la casa de Zinca, que aún no sabía mi llegada, porque yo había aportado á la isla

por su parte oriental y Zinca no había podido ver el barco en que yo había hecho el viaje.

A la hora de costumbre apareció un hombre junto á la casa, se abrió la ventana, se dibujó en ella la sombra de una mujer que arrojó fuera una escala por la que subió el hombre que acababa de llegar, entrando por la ventana y desapareciendo en el interior de la habitación con la mujer.

Aquella mujer no podía ser otra que Zinca.

Aquel hombre no podía ser otro que Zante.

Me retiré más irritado y más combatido que nunca por terribles tentaciones.

A la mañana siguiente, á la salida del sol, me encaminé á casa de Zinca para visitarla.

Pero antes de llegar, desde una gran distancia, vi que Zinca montaba en uno de los caballos que tenía fuera de la casa un esclavo, el esclavo montaba en otro, y que ambos se dirigían hacia la montaña.

Yo marché rápidamente, los alcancé sin dejarme ver y les seguí desde lejos y con poca fatiga, porque los caballos iban al paso.

A una legua de su casa Zinca se detuvo en un pequeño valle á la puerta de una casita pintorescamente situada.

¿A qué iba Zinca allí?

Yo no lo sabía; no podía adivinarlo.

Zinca permaneció dos horas en la casita, después de lo cual salió de ella, montó á caballo, y acompañada del esclavo tomó la dirección de su casa.

Cuando hubieron desaparecido Zinca y el esclavo, yo me dirigí á la casita blanca.

Los monjes son muy bien recibidos por los campesinos, y la mujer que encontré en la casita, que era joven, robusta y bastante hermosa, me recibió con las mayores muestras de deferencia.

Me invitó á que descansara, y me dió un refrigerio de leche y frutas.

En un ángulo de la pobre estancia había en una misma cuna dos niños de muy pocos meses que dormían profundamente.

—Dios, que ha negado la riqueza á los pobres—dijo á la joven—les ha dado una prodigiosa fecundidad para aumentar la familia; por lo que veo hace poco tiempo habeis tenido dos gemelos.

—No, no, señor—dijo la campesina poniéndose se vivamente encendida; lo que me indicó que se

preparaba á mentir—; uno de esos dos niños no es mío; es de una buena vecina que tiene la desgracia de no poder amamantarle, y me le ha dado para que le críe.

—Dios os premiará vuestra buena acción, mujer—la dije.—¿Y cuál de esos niños no es vuestro?

—El de la derecha—me contestó la campesina.

Me acerqué y examiné al niño que estaba á la derecha en la cuna.

Era, en todo lo posible, en su corta edad un admirable retrato de Zinca.

Mi mirada debía ser tal y tan terrible, que sin duda influyó sobre el niño, que despertó, me vió, y al verme, rompió á llorar.

El inocente debió comprender por instinto la mirada de odio que yo fijaba en él.

La campesina acudió para acallarle y yo me volví para componer mi semblante y que la campesina no viese la terrible expresión que sin duda se había pintado en él.

—Vuestra barba y vuestros hábitos negros le han asustado, padre—dijo la campesina que había tomado el niño en brazos y le acariciaba—; pero si volvéis algunas veces por mi pobre casa, acabará por sonreiros y por extender hacia vos sus bracitos, porque tiene muy buena índole.

—Volveré—la dije sin dejarla ver mi semblante, porque yo no había logrado dominar mi conmoción—; ahora me es forzoso seguir mi camino. Adiós.

Y salí sin aguardar la respuesta de la campesina.

Mi frente ardía; mis ojos se nublaban; mis pies, débiles, apenas me dejaban andar.

Yo moría de una muerte horrible.

Zinca era madre, y este sólo pensamiento me volvía loco y engendraba en mí un furor inconcebible.

Todo el día estuve andando sin objeto por entre las quebraduras.

El estado en que yo me encontraba era incomprendible.

El pensamiento de matar, de exterminar, se revolvía siniestro en mi pensamiento.

Una decisión horrible se apoderó de mí.

Dí la vuelta hacia la parte del mar ya bien entrada la noche, y me puse en el sitio de costumbre en observación de la casa de Zinca.

No llevaba armas. ¿Pero á qué más armas que mi furor?

Llegó la media noche; la hora en que Zante acudía á las misteriosas citas de Zinca.

Era una noche lóbrega y fría.

En el cielo no se veía una sola estrella.

En la tierra nada se veía á dos pasos de distancia.

Yo sólo distinguía á un tiro de arcabuz la ventana abierta de la casa de Zinca, á través de la que lucía el reflejo de la lámpara que ardía en la habitación.

Un fuerte Nordeste impedía con el rugido que hacía lanzar al mar y con sus roncós silbidos, que yo pudiese conocer por el ruido de sus pasos la llegada de Zante.

Me acerqué, pues, seguro de no ser sentido, hasta colocarme bajo la ventana abierta, pegado al muro de la casa.

Cuando Zinca arrojase la escala y Zante fuese á subir por ella, debía perecer á mis manos.

Después, amparado por la noche y por el viento, penetraría en la casita blanca de la montaña, y haría perecer al hijo del amor de Zinca, que de tal manera había ennegrecido mis celos y lanzado otra vez al crimen mi alma.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo; un crimen menos horrible debía salvar á Zante y á su hijo.

Nada se veía, nada se oía más que el rugido del mar y el zumbido del viento.

De repente ó cerca de mí, y gracias á la atención con que escuchaba, las pisadas de un hombre, y poco después un silbido.

Un objeto desprendido sobre mí cayó á mis pies.

Era la escala que Zinca arrojaba fuera al escuchar la señal de la llegada de su amante.

Estaba ya preparado para lanzarme sobre Zante en el momento en que pusiese el pie en la escala, cuando de improviso oí cerca el ruido de una lucha.

Ruido que cesó muy pronto, que se apagó, que se perdió entre el zumbido de la tempestad.

Me lancé hacia el sitio donde la lucha había resonado, y nada hallé.

Pero mi pie sintió bajo sí un objeto duro.

Me bajé y le tomé. Era un puñal.

Le retuve y esperé.

Zinca estaba en la ventana, y en su actitud comprendía su ansiedad.

Zinca no podía verme, porque la oscuridad era densa.

Zinca en la ventana y yo al pie del muro, esperamos en vano un largo espacio.

Nadie aparecía.

Nadie se acercaba á la escala, que aún no había sido recogida.

Tuve impulsos de subir por ella, de que Zinca se encontrase frente á frente de mí y oyese de mi boca y viese en mis ojos lo que nunca había visto ni oído.

La expresión desesperada de mi amor,

Pero esto era descabellado; nada podía obtener de Zinca, que no lo debiese á la violencia ó al terror.

Porque lo que yo ansiaba, hasta enloquecer, era el amor de Zinca.

Desistí, pues.

Comprendí que Zante había sido sorprendido y arrebatado, acaso por un rival celoso, y que era inútil esperarle.

Pero quedaba allá, en la casita blanca del valle de la montaña, el pequeño hijo de Zinca, y ya que no había podido destruir al padre, podía destruir al hijo.

El infierno parecía excitarme poniéndome en las manos un puñal, y partí á paso rápido hacia la casita del valle.

Pero apenas había llegado junto á ella se abrió violentamente la puerta, se oyó el paso precipitado de algunos hombres, y entre ellos el llanto de un niño, que se alejó, se perdió en el silencio y en la distancia.

Otra vez la casualidad me arrancaba una víctima de entre las manos.

No tenía ya nada que esperar.

Como antes Zante, me había sido arrebatado su hijo, no sabía por quién, no podía adivinar por quién. Esto aumentaba mi cólera.

Mi deseo estaba siempre contrariado.

Había querido volverme al bien, y no me había sido posible conseguirlo.

Había querido volver á entregarme al mal, y no me era posible ejecutar el mal.

Parecía como que un poder superior se había propuesto reducirme á la impotencia.

El día siguiente y dos días después me vi obligado á guardar el lecho en el convento de franciscanos.

Las duras agitaciones que había sufrido me habían causado una fiebre terrible.

Al cuarto día pude levantarme, y fui á ver á Zinca.

Estaba llorosa, pálida, acongojada; pero ni me reveló su secreto, ni nada le pregunté yo.

Algunos días después, Zinca me dijo:

—Voy á hacer un viaje; el primer viaje de mi vida.

—¿Y adónde vas?—le pregunté.

—A Venecia—me contestó.

—¡A Venecia!—exclamé admirado.

—Sí—me contestó con acento sombrío—; la raza de los Karuk se extingue; voy á ser la esposa de un patricio veneciano.

—¿De un patricio veneciano!—exclamé.

—Sí, de Salvator Conti—me respondió Zinca con acento sombrío.

—¿Te ama?

—Sí.

—¿Te conoce?

—Sí.

—¿Y cómo te conoce? Tú no has estado en Venecia.

—El ha venido á Corfú.

—¿Y tú consientes en ser su esposa!—exclamé con asombro.

—Sí—me contestó fríamente Zinca—; dicen que Venecia es magnífica, que las patricias gozan allí mucho; yo quiero gozar; estoy cansada de la soledad de esta casa, en donde todos los días son iguales, donde el tiempo se desliza siempre con la misma lentitud.

—Tú me engañas; en tu resolución hay un misterio—la dije.

—Ninguno—me contestó—; me caso con Salvator Conti, porque le amo.

—Me revelas tu amor á ese hombre de una manera muy sombría y muy lúgubre.

—Es que, para ser esposa de Conti, me veo obligada á alejarme tal vez para siempre de la tierra donde he nacido, en la que reposan las cenizas de mis desgraciados padres, de mi hermosa Grecia.

—Que hace poco encontrabas triste, incompatible con la rica y bulliciosa Venecia.

Zinca, que se había ido conmoviendo, acabó por llorar de una manera desesperada.

—El destino me arrastra—dijo—; no me preguntes más, porque tus preguntas me atormentan.

Inútilmente procuré me revelase lo que ya sabía yo, y no quise decírla, porque para Zinca era yo cobarde y tímido como un niño.

Ella guardaba su secreto, de que yo sólo co-

nocía una parte, y me separé de ella más desesperado, más irritado, más enamorado que nunca.

Pasaron quince días, sin que durante ellos pudiese yo recabar ni una sola palabra de su secreto á Zinca, cuando me anunció que al día siguiente emprendía su viaje.

—¿Decididamente?—la pregunté.

—Irremisiblemente—me contestó—; Dios lo quiere.

—¿Y quién te acompaña?

—Kraus—me contestó.

—¿Quién, ese viejo tigre del mar, ese terrible corsario?

—Que para mí es un buen amigo—dijo de una manera singular Zinca, con una intención que no pude comprender hasta algún tiempo después.

—Ese hombre es terrible—dije.

—Por lo mismo—me contestó Zinca—, su bandera roja es el terror de los mares, y con nadie mejor puedo pasar por entre los corsarios del archipiélago.

—¿Y no te acompañará nadie más?

—Nadie más; ya he tenido hoy por lo mismo una seria disputa con Nossur, y me he visto obligada á recordarle, que aunque gobierna á mi nombre, á nombre de los Karuk, la isla Corfú, yo soy su señora; él es mi esclavo.

—Pero yo, que no soy tu esclavo—la contesté—, iré á tu lado, mal que te pese.

—No, padre—me dijo Zinca—; tú te quedarás aquí; te necesito aquí; tú velarás por mis derechos mientras yo esté ausente; y si por acaso muriese en Venecia, cumplirás aquí mi última voluntad.

Zinca sacó de su seno un pliego cerrado y sellado.

—Mi última voluntad cuando muera será que se ejecute lo que en este pliego cerrado se contiene; tú eres un santo, padre; tú no faltarás al encargo que te hago, que no abras este pliego, sino después que yo haya muerto.

—Este pliego—dijo á Zinca, tomándole y guardándole bajo mi hábito—, permanecerá cerrado mientras tú vivieres; y si yo muriese antes que tú, lo que naturalmente debe suceder, este pliego será entregado por mí á una persona de confianza, que te le devolverá cerrado; pero ¿por qué no me revelas el misterio que encuentro en tu conducta?

—El destino me arrastra á ser esposa de Salvator Conti.

Y Zinca se obstinó en no aclarar el doble sentido de estas palabras, tras de las cuales yo veía revolverse una solución oscura, que no me presentaba ningún punto seguro de partida.

Y, sin embargo, fué necesario resignarse; porque, lo repito, para con Zinca, mi terrible firmeza se deshacía, cuando hablaba con ella era débil y cobarde.

Zinca partió al día siguiente, embarcándose en la terrible almadía corsaria de Kraus, que la camañaba tranquilo y jovial, y parecía el mejor hombre del mundo.

Hasta la playa la acompañamos Nossur, sus leales soldados tártaros, sus esclavos, que se despidieron llorando de ella, y yo, que la veía alejarse en el esquife con un terror instintivo.

Ninguno de nosotros se separó de la playa, hasta que la almadía se perdió en el horizonte.

Entonces nos volvimos hacia la casa que tal vez para siempre había abandonado Zinca, y que tenía para mí tan lúgubres, tan sombríos recuerdos.

—Esto es terrible—decía Nossur—; la raza de los Karuk se extingue; en mal hora vino hace algunos meses con ese infame de Kraus el señor veneciano con quien va á casarse Zinca.

—¿Cuánto tiempo hace que vino á la isla Salvator Conti?—preguntó á Nossur.

—Hace cerca de un año, y desde entonces Zinca está triste, pensativa, completamente transformada.

—Es extraño—dije—; yo creía que Zinca amaba á Esteban Zante, el náufrago que yo salvé.

—Esteban Zante no ha vuelto á Corfú; poco después de su partida vino á la isla el magnate veneciano.

Yo acabé de embrollarme; es verdad que yo había visto entrar de noche un hombre en la habitación de Zinca; que había creído que aquel hombre era Esteban Zante, porque sabía que Zinca y él se amaban.

Pero estos antecedentes podían haberme engañado, podían haberme hecho creer que aquel hombre, á quien Zinca recibía de noche, era Esteban Zante.

Pero yo nunca le había visto de cerca.

Podía ser muy bien que aquel hombre hubie-

se sido Salvator Conti, que el hijo de Zinca fuese hijo del veneciano, no del corsario.

Que para obligar á Zinca, Salvator Conti la hubiese arrebatado su hijo para imponerla condiciones.

Pero al mismo tiempo yo no podía comprender que Salvator se hubiese hecho arrebatarse á sí mismo.

Además, el puñal que yo había encontrado aquella noche, era un puñal puramente griego.

Esto, sin embargo, nada probaba; porque aquel puñal podía ser de uno de los raptos.

Yo me aturdía más y más.

—Hace seis meses—dijo Nossur—, partiste de Corfú, y sólo hace dos meses que has vuelto.

—Veía demasiado triste á Zinca; comprendía la causa de su tristeza ó creía comprenderla; me parecía que era la tristeza que produce en las vírgenes la necesidad misteriosa del amor; ¿por qué no te casas?—pregunté un día á Zinca.

—¿Y con quién?—me contestó—; solo ha habido un hombre por el cual mi corazón ha sentido algo, y ha habido tales dificultades para que me una con él, que ha partido para no volver más.

—¿Zante!—dije.

—Sí—me contestó fríamente—; pero ya le he olvidado; no era amor lo que sentía por él: era compasión; pero se salvó; no había por qué compadecerle; partió, y cuando le recuerdo me es completamente indiferente.

—¿Amas acaso á ese veneciano que ha venido con Kraus?

—¡Oh, qué horror!—me contestó—; parece un espectro; yo moriría de frío en el alma si viviese algún tiempo junto á él.

—¿Por qué no haces un viaje á Constantinopla, ya que no quieres ir á las montañas de tus padres? Allí tal vez encontrarías un hombre que te inspirase amor.

—Dejemos al cielo que me presente al hombre á quien he de amar; el amor no se busca; se le encuentra sin buscarle cuando menos le esperamos.

Pasaron algunos días y no volvimos á hablar de esto. Yo notaba algo extraño en la palidez, en el cansancio, en la languidez, en la lucidez de la mirada de Zinca.

Si yo hubiera visto á su lado ó cerca de ella un hombre á quien ella hubiera amado, hubiera sospechado...

Nossur se detuvo.

Yo fijé en sus ojos una mirada penetrante; pero me convencí de que Nossur nada sabía, de que no había pasado de hacer una suposición acerca del estado físico en que Zinca se encontraba por el tiempo á que se refería.

Yo me abstuve de pronunciar ni una sola palabra que hiciese recaer en sus sospechas á Nossur.

—Algunos días después—continuó el tartaro—Zinca me llamó y me dijo:

—Nossur, yo quisiera que descansaras; tú no eres ambicioso, y conozco que tienes aversión al gobierno de la isla; que quisieras vivir sin cuidados; pero no puedes dejar de tenerlos mientras yo no tome esposo.

—¿Te decides al fin á ir á nuestras montañas—dije con alegría—ó por lo menos á Constantinopla? La tribu Karuk es la predilecta de nuestro magnífico señor el sultán Ostman; él te procurará un esposo digno de ti, si no es que, embriagado por tu hermosura, te tome él mismo por esposa.

—La raza Karuk—me contestó—es cristiana; no se ha mezclado con los degenerados tártaros que hoy se llaman turcos, que han sido absorbidos por la raza conquistada por ellos, que les ha dado su religión y sus costumbres; la nieta de las águilas del Cáucaso no puede partir el hombre de su amor con otras mujeres, y verse obligada á tener plegadas las alas por falta de espacio en el encierro del harem; no, yo no iré á Constantinopla; yo no me expondré á que el sultán me encuentre hermosa y pura y me imponga su tiránica voluntad; yo no iré al Cáucaso, donde los eunucos del harem rebuscan esclavas para el sultán; yo no saldré de mi escondrijo de Gorfú: irás tú; partirás dentro de algunos días; buscarás entre los hombres de mi tribu, entre mis vasallos, un mancebo que valga lo que yo necesito en un hombre para hacerle mi esposo, y le traerás contigo.

—¿Y qué cualidades debe tener el hombre destinado á la felicidad de ser tu esposo?

—Una ascendencia clara de padres á abuelos, de guerreros sin tacha que no hayan incurrido en bajeza ni en traición; que sea valiente como un héroe, sin crueldad y sin falsía; que sea hermoso y joven, afable é inteligente; que tenga trofeos ganados en tres batallas, y que no haya amado á ninguna mujer.

—Me pides en un hombre solo cualidades que sólo pueden encontrarse divididas en muchos, y mi viaje es inútil, porque un hombre tal como el que deseas para esposo, no existe.

—El corazón me dice—me contestó con la terquedad de una niña, Zinca—que ese hombre se encuentra en nuestras montañas.

Zinca se obstinó en que yo fuera á buscar un hombre soñado, y partí; porque es mi señora y no puedo dejar de obedecerla.

Pero aconteció lo que yo esperaba,

En la tribu Karuk hay muchos hombres hermosos, robustos, fuertes, pero crueles; lobos de la montaña que no se hartan nunca de sangre, ni saben vencer sin ennegrecer con una feroz crueldad los laureles de la victoria; montañeses rudos y bravíos, pedir á los cuales afabilidad es lo mismo que pedir suavidad á un espinoso y blandura á una roca.

Yo me abstuve cuidadosamente de decir que iba con el encargo de buscar esposo para Zinca Karuk, señora de la tribu, porque todos aquellos terribles guerreros se hubieran declarado pretendientes y se hubieran hecho una guerra á muerte.

Pero como tenía que justificar mi ida á la montaña patria, les dije que en vez de enviar á otro por el impuesto que todos debían como vasallos á su señor, iba yo; porque Zinca Karuk había quedado descontenta de los que los años anteriores habían desempeñado aquel encargo.

—¿Y por qué no viene á conocernos la hija de Karuk?—decían.—¿Nos desdenea acaso? ¿Le parecen mejores que nosotros los degradados griegos? Hace mucho tiempo que nuestro señor no nos lleva al combate; la tribu Karuk y la tribu Kaivar, que se habían unido en Kaivar y Krasna, están huérfanas; ¿por qué Zinca Karuk no elige entre nosotros un esposo que desplegue unidas en una la bandera de Karuk y Kaivar?

Yo veía con sumo cuidado estas muestras de descontento de los tártaros, y contestaba:

—Zinca Karuk aún no tiene quince años; es muy joven; pero ella no tomará esposo sino en las tribus de Karuk ó Kaivar, y entre sus parientes inmediatos, para lo cual vendrá dentro de algún tiempo: el año que viene, acaso. Entretanto, sus parientes más próximos tienen el gobierno de las dos tribus, y no podéis razonablemente quejaros.

La promesa de que Zinca iría á la vuelta de

un año calmó el descontento de aquellos bravos guerreros, y después de cuatro meses, en que busqué en vano entre ellos un hombre tal como Zinca le quería, me volví trayéndome un cargamento de pieles, de telas, de miel y de cera, y una enorme cantidad de dinero, parte como impuesto y parte como el quinto de las presas que corresponden al señor de las tribus de Karuk y Kaivar.

Nossur hablaba conmigo de mí mismo y de mi tribu como si hubiera hablado con el padre Giuseppe, y no con José Kaivar, que había sido su señor, á quien tanto había conocido.

Tal me habían desfigurado las pasiones, las desgracias, las rudas penitencias, los sombríos remordimientos y el fuego infernal que ardía en mi alma.

Me convencí de que Nossur nada sabía de los secretos de Zinca; de que ésta le había enviado al Cáucaso, no para que le eligiese esposo, sino para alejarle de Corfú, á fin de que no se apercibiese de su estado y la fuese más fácil ocultar el nacimiento de su hijo.

Zinca lo había logrado, y en cuanto á mí, estaba completamente desorientado acerca de quién pudiera ser su amante, de los dos hombres únicos que habían ejercido su influencia sobre ella.

Tenía un medio: ir á la Jonia, buscar á Esteban Zante y descubrir la verdad, ó por su revelación, ó por la manera con que contestase á mis preguntas.

Me era urgentísimo salir de dudas y partí inmediatamente para la Jonia.

Encontré á los padres, á los hermanos, á los parientes de Zante; pero no le encontré á él, ni sus parientes pudieron decirme otra cosa, sino que Zante había partido un año antes, que no había vuelto, y que en todo aquel tiempo no se habían tenido noticias suyas.

Entonces no pude dudar de que el amante de Zinca, el padre de su hijo, era Esteban Zante.

Que el hombre á quien una noche había sentido arrebatarse cuando yo le esperaba junto á la escala por la cual debía penetrar en las habitaciones de Zinca, era Zante.

Pero no podía comprender quién había robado á Zinca su hijo, ni por qué razón Zinca, que debía estar enamorada con toda su alma de Zante, había ido á Venecia á ser esposa del patricio Salvator Conti.

Siempre que me hacía estas preguntas dentro de mi pensamiento, una voz instintiva y misteriosa me hacía escuchar el nombre del corsario Juan Kraus.

Con tanta insistencia, en fin, pensé en él, como en la única persona que yo, sin saber por qué, creía capaz de sacarme de dudas, que me volví á Corfú y busqué á Kraus.

Este no había vuelto aún de su viaje á Venecia, y me precisó esperarle.

Ir á Venecia me hubiera sido inútil.

Zinca me hubiera ocultado en Venecia la causa de su casamiento con Salvator Conti, como me lo había ocultado en Corfú, tanto más, cuanto que aquel casamiento debía haberse consumado ya.

Juan Kraus tardó aún un mes en volver, y en cuanto á mí, supe su vuelta de una manera terrible.

Una noche llamaron precipitadamente á la portería del convento de franciscanos, donde yo me aposentaba constantemente mientras estaba en Corfú.

Los que llamaban eran unos pescadores de la cercana playa, que venían á buscarme para que auxiliase á un hombre á quien habían asesinado, y que sabiendo que el padre Giuseppe el Santo estaba á la sazón en el convento de franciscanos de Corfú, pedía con insistencia que yo le escuchase en confesión.

Me trasladé rápidamente al lugar donde aquel hombre se encontraba, y á la luz de un hachón que llevaba uno de los pescadores, vi con sorpresa y con terror, porque se me presentaba una nueva prueba de la providencia de Dios, que aquel hombre era el tremendo corsario Juan Kraus.

Estaba materialmente hecho pedazos; rasgado por profundas heridas hechas por una mano terrible.

Causaba maravilla el que viviese aún.

Hice apartar á los pescadores, y me quedé sólo con Juan Kraus, para escuchar su confesión.

El desdichado comprendió que no tenía mucho tiempo de que disponer, y que le era de todo punto necesario abreviar su confesión.

—Yo tenía un gran interés—me dijo—, en que Zinca Karuk fuese esposa del patricio veneciano Salvator Conti, que se había enamorado ciegamente de ella; yo sabía, no importa ahora

cómo, que Zinca era amante de Esteban Zante, y que tenía de él un hijo que se criaba secretamente en la montaña.

Una noche, ayudado por mis corsarios, me apoderé de Esteban Zante y de Manuel Karuk, hijo de Zinca.

Los conduje al castillo que tengo aquí cerca entre las rocas, encerré á Zante en la mazmorra en que guardo los cautivos que hago, para exigirles rescate ó venderlos, y la querida de uno de mis corsarios pasó á vivir al castillo para criar al pequeño Manuel Karuk.

Mi castillo está puesto al borde de una roca avanzada sobre el mar, y yo anuncié á Zinca que si no consentía en ser esposa de Salvator Conti y en trasladarse para ello á Venecia, su amante y su hijo serían muertos, y que si pretendía salvarlos por la fuerza, mis corsarios defenderían mi castillo, y que en último caso arrojarían al mar, muertos á puñaladas, á Zante y á su hijo.

Zinca comprendió que, ó los sentenciaba á muerte, ó consentía en su casamiento con Conti, y consintió; partió conmigo; ya lo sabes, porque tú la acompañaste hasta la playa; llegó á Venecia, y poco después fué esposa de Conti.

Pero ya había contraído una obligación: la de poner en libertad á Zante, y entregarle su hijo en el momento en que volviese á Corfú después de haberse celebrado el casamiento de Conti y Zinca.

Esta noche he llegado, y cumpliendo mi promesa, he sacado de su mazmorra á Zante; pero quería quedarme algún tiempo más con su hijo en rehenes, y sin revelarles que el niño estaba en el castillo, le saqué de él y tomamos la dirección de tu convento, porque él quería verte si por acaso estabas en Corfú.

Zante se me había presentado tranquilo y manso, iba además desarmado, y yo no tenía cuidado alguno, cuando de repente se echó sobre mí, y sin darme tiempo para usar de mis armas, me arrojó por tierra, me arrancó el puñal, y me puso una rodilla sobre el pecho, y me preguntó lo que era de Zinca.

Yo me aterraé y se lo revelé todo.

Cuando le dije que Zinca era ya esposa de Conti, rugió de furor y me despedazó á puñaladas, dejándome tal como me ves.

A mis gritos desesperados acudieron los pescadores de la ribera y fueron á buscarte, y te

han traído; Dios se lo pague. Ten compasión de mí, y ruega á Dios porque mi alma no se pierda.

—¿Dónde está el hijo de Zinca?—le pregunté.

—En mi castillo—me contestó.

—Entrégamelo.

—No puedo moverme de aquí; mi vida se apaga.

—¿Dónde están tus corsarios?

—En el castillo; no han podido oír mis voces; yo no los he llamado, porque de nada podían servirme, y lo que más necesaba era un sacerdote que me escuchase en confesión.

—Yo llamé á un pescador que se acercó.

—Ve al castillo de Kraus—le dije—, y dí á sus corsarios que su capitán ha sido asesinado; que está moribundo, y que los llama.

El pescador partió.

—Cuando lleguen tus corsarios—dije á Kraus—, ocúltale el nombre de quien te ha asesinado, para evitar venganzas, si quieres que te perdone Dios; díles que no has conocido al asesino; si sospechasen que ha podido ser Zante, desvaneces sus sospechas.

—Lo haré, lo haré; no quiero dejar tras de mí sangre; bastante he vertido, y hartito pesa sobre mi conciencia.

—Mándales además que me entreguen el niño que se crió en tu castillo.

—¡Oh, sí! Ellos obedecerán lo que les mande su capitán moribundo, y te entregarán el muchacho. Pero escúchame en confesión: yo muero.

—No había tiempo para la larga confesión de los crímenes del feroz corsario, se lo indiqué, y le dije que bastaba su arrepentimiento.

Kraus rezó estremecido de miedo algunas oraciones, y yo me dí por satisfecho, y murmuré las palabras de la absolución, con el pensamiento, no en el cielo, sino en la tierra, adonde me apegaban mis pasiones.

Dios hacía que un monstruo tuviese al morir á su lado, no á un santo, sino á un demonio.

Había terminado apenas aquella escena sacrilega, cuando llegaron rugiendo de rabia los corsarios de Kraus.

Esté cumplió lo que me había prometido; ocultó el nombre de su asesino, les mandó que me entregasen el niño, y añadió:

—Ved de qué manera ha castigado Dios mis crímenes; escarmentad en mí, y abandonad la vida de perdición en que os encontráis; no me

sepultéis; dejadme aquí para que los buitres devoren mi cadáver en expiación de mis crímenes.

Murmuró algunas palabras más que se fueron haciendo roncadas e ininteligibles, y expiró algunos momentos después.

¿Se habrá salvado aquel hombre?

Los corsarios me entregaron el hijo de Zinca que yo reconocí por su completo parecido con su madre.

En el instante, acompañado por los pescadores, le llevé á la casita blanca de la montaña, y le entregué á la pobre campesina que había empezado á criarle.

Al día siguiente fué encontrado sobre las rocas el cadáver de Juan Kraus, que á pesar de su encargo de que no se le sepultase, fué enterrado en el cementerio de los franciscanos.

Busqué á Zante y no pude encontrarle.

Había desaparecido.

Inmediatamente había ido á Venecia en busca de Zinca.

Después de dejar dinero á la nodriza de Manuel Karuk, y de recomendarle un gran cuidado, me despedí de Nossur, y partí á Venecia, presentándome inmediatamente en el palacio Conti.

Ya se conoce lo que sucedió en la entrevista entre Conti y el padre Giuseppe Kaivar.

De qué manera fué el asesinato de Zante y de Zinca ejecutado por Conti con el auxilio de sus parientes.

El padre Giuseppe concluyó de tal manera su declaración:

—Cuanto amaba en el mundo ha terminado para mí con la muerte de Zinca.

Sólo me queda un encargo que cumplir, y una venganza que tomar.

Dar á conocer á los tártaros como hijo de Zinca Karuk á su hijo Manuel Karuk, y despedazar á Conti; no os lo oculto; vosotros habéis encontrado justa la venganza de Conti, y no le habéis castigado más que con un destierro.

Yo necesito toda la sangre de ese hombre, que me ha robado con Zinca cuanto amaba.

Si no queréis que extermine á Conti, exterminarme á mí en vuestros profundos calabozos.

Os ruego que decidáis cuanto antes lo que ha de suceder.

Reunido el Consejo de los Diez, y minuciosamente enterado de todas las partes de este pro-

ceso, se pidió al padre Giuseppe el pliego cerrado que le había entregado Zinca el día antes de su partida á Venecia.

El padre Giuseppe entregó aquel pliego, que decía así:

“María Zinca Karuk, hija de José Kaivar y de Magdalena Krasna Karuk, señora de la tribu tártara Karuk, á los leales tártaros de su tribu salud y amor:

“Sabad, mis valientes, que existe de mí y de mi esposo del corazón de Esteban Zante, noble griego de las islas Jónicas, un hijo que hasta ahora vive desconocido, y que se llama Manuel Karuk; por él he sufrido todas mis desgracias; por él he muerto; y yo os pido para él la lealtad que habeis jurado á la generosa y valiente sangre de Karuk. Vosotros no querreis que el nieto de vuestros antiguos señores deje de ser vuestro señor, porque su padre no haya sido tártaro; basta con que lo haya sido su madre; la sangre tártara no puede degenerar aunque se mezcle con sangre de los vencidos; en mi hijo renacerá la indomable águila del Cáucaso, nunca vencida, nunca dominada. Os expreso mi voluntad, confiando tranquilamente en vuestra lealtad y en vuestro amor. Reconocereis á mi hijo por su parecido conmigo, con mi madre y con su abuelo Cristian Karuk, el invencible de los invencibles. Reconocereis además á mi hijo por una cruz roja que yo he abierto con mi puñal en su espalda. Adiós, mis valientes; cuando leais este escrito mío signado con mi sello, ya no existirá; pero si la misericordia de Dios me concede la salvación de mi alma, estaré rogando por vosotros al Altísimo.”

El Consejo de los Diez, teniendo en cuenta el terrible estado del alma del padre Giuseppe Kaivar, que la muerte era para él un beneficio en vez de un castigo, y respetando el decreto pontificio, por el cual se mandaba á los reyes y potestades de la tierra dejar la vida al padre Giuseppe Kaivar, como la mayor pena que podía imponerse á sus crímenes, sobreseyó en este proceso, mandando se guarde en el archivo secreto del Consejo de los Diez.

Considerando la situación en que Giuseppe Kaivar se había encontrado, respecto á Magdalena Krasna Karuk, y á su hija María Zinca Karuk, que nadie como él se interesaría por la suerte de Elena Conti, hija de Zinca y nieta de Krasna, el Consejo de los Diez encargó la tutela

de Elena á Giuseppe Kaivar durante el destierro de Salvator Conti.

La República auxilió á Giuseppe Kaivar para que hiciese reconocer al pequeño Manuel Karuk, que había quedado en Corfú, por señor de la tribu tártara Karuk, como hijo de Zinka, y nieto de Krasna, y bisnieto de Cristian Karuk, cuyo reconocimiento se obtuvo, quedando Manuel Karuk bajo la tutela de Giuseppe Kaivar y la guarda de Nossur.

Resulta, pues, del proceso instruido por el asesinato de Esteban Zante y María Zinka Karuk, que tú, Elena Karuk, llamada Conti, no eres hija de Salvator Conti, asesino de tus padres.

Y como Salvator Conti y sus parientes y deudos son reos de alta traición contra el Estado, y tú, Elena Karuk, te ves obligada, contra tu voluntad, á contraer matrimonio con Andrea Piézolo, como eres hija adoptiva de la República, y á la República interesa la destrucción secreta de esos traidores, por la seguridad de la República, y porque no caiga un feo borrón sobre el patriado de Venecia, el Consejo de los Diez te manda dar muerte á Conti y á sus cómplices, todos los cuales fueron asesinos de tus padres."

Aquí termina el manuscrito que estaba signado por dos secretarios de Estado, y sellado con el sello secreto del Consejo de los Diez.

CAPITULO XIV

EN QUE SE SABE POR QUÉ HIZO LEER ABEN SHARIAR Á MANUEL KARUK EL MANUSCRITO ANTERIOR

Manuel Karuk había leído aquel proceso con un gran interés, y dejando ver todas sus energías pasiones durante su lectura.

Cuando la terminó, permaneció por algún tiempo profundamente pensativo, y luego se volvió bruscamente á Aben-Shariar.

El corsario tunecino estaba tendido á la larga sobre el diván, y al parecer adormecido; pero fijando sus miradas por entre sus medios cerrados párpados en Manuel Karuk.

—Despierta y contéstame —dijo el tártaro griego.

—¿Has acabado ya tu lectura?—dijo incorporándose y con acento perezoso Aben-Shariar.

—¿Para qué me has hecho tú conocer tantos crímenes y tantas desgracias en mi familia?

—¿Tú ignorabas que tenías una hermana en Venecia?

—Sí.

—¿Y qué piensas ahora que sabes que la tienes?

—Pienso que el hombre es ciego y se engaña con suma facilidad; hace muchos años que me llamas tu amigo, más que tu amigo, tu hermano; mi almadía y tu galeota han dado muchas veces caza juntas á los barcos cristianos; hemos partido muchas veces el peligro primero, después la presa; yo no esperaba, yo no podía esperar que me hicieses traición; tú sabías que yo tengo una hermana, y no me lo has dicho.

—Ya te he dicho que sólo hace ocho días que ese manucrito está en mi poder, y por lo mismo no he podido decirte lo que ignoraba.

—Elena sabe que tiene un hermano en la isla de Corfú, y no ha enviado un mensajero en busca mía.

—Tu hermana es una mujer terrible.

—Pero valiente.

—Demasiado acaso.

—¿Es hermosa?

—Como un arcángel caído.

—Es necesario que yo vaya á Venecia.

—Para eso he venido á buscarte; yo no puedo pisar el territorio veneciano, y es necesario que un hombre fuerte y audaz proteja á seres queridos que yo he dejado allí: escúchame.

Manuel Karuk se reclinó en el diván en la actitud de la mayor atención, y Aben-Shariar le refirió todo lo que concernía á la situación en que se encontraban en Venecia Gabriel de Espinosa y la sultana Sayda Mirian.

Cuando acabó de hablar Aben-Shariar, Manuel Karuk se levantó y dijo al corsario, que se levantó también:

—Yo había ensillado un solo caballo, y es necesario ensillar otro; vamos á ir á algunas leguas de aquí, á un castillo rojo como la sangre, donde vive un hombre lúgubre como la muerte.

—¿Kaivar!—dijo Aben-Shariar—; ¿vive todavía Kaivar?

—Yo creo que José Kaivar ha muerto ya dos veces, y no puede morir la tercera.

—¿Debe estar muy viejo!

—Nadie puede decir la edad que tiene—contestó Karuk saliendo al patio, donde desde por la mañana esperaba ensillado su caballo, y dirigiéndose á una puerta situada en un ángulo—;

José Kaivar tiene hoy el mismo aspecto que ha tenido siempre, por lo que he visto en esta historia manuscrita que me has dado, y que por cierto me he guardado sin preguntarte si puedo quedarme con ella.

—Sí—dijo Aben-Shariar—; es la historia de tu familia, y á nadie como á ti importa tenerla.

En aquel momento entraron en una gran cuadra, en que había unos cien caballos.

Algunos hombres bravíos habían salido á la puerta al acercarse los dos corsarios.

Aquellos hombres eran tártaros.

—Una silla de guerra—dijo Karuk dirigiéndose á un magnífico caballo que estaba cerca de la puerta, llegando á él y acariciándole.

Poco después uno de los esclavos ponía un pesado caparazón de acero sobre el animal, y otro esclavo le enfrenaba.

Karuk entre tanto le apretaba la cincha.

—Es cosa que jamás dejo hacer á nadie—dijo Karuk—, me gusta saber si la cincha está en buen estado y va bien puesta; esta es la seguridad del jinete; una cincha floja ó vieja puede causar en un lance dado una desgracia.

Después de esto sacó por sí mismo fuera el caballo y lo entregó á Aben-Shariar yendo á tomar el suyo.

Los amigos montaron, y un esclavo abrió un ancho portalón, por el cual salieron al campo los dos jinetes. El portalón volvió á cerrarse.

—Vives tú solo, por lo que veo, en esta casa—dijo Aben-Shariar.

—Esta es la casa que construyó Cristián Karuk cuando el sultán le dió el gobierno de Corfú para él y para su familia. Aquí han nacido y han vivido Magdalena Krasna y María Zinca. Aquella ventana es la que servía de entrada á mi padre Esteban Zante—añadió deteniéndose un momento Karuk y señalando un ángulo del blanco edificio iluminado por la luna llena.

—Entonces—dijo Aben-Shariar—por aquella ventana entró también Kaivar para dar muerte á Estanislao Kanmo y á Magdalena Krasna.

—Kaivar hizo bien—dijo sombríamente Karuk—; Krasna era su esposa; Krasna, viuda del tártaro, que tal se creía, no debió unirse con un griego que había sido el matador de su esposo; Kaivar fué para ella y para él lo que hubiera sido un esposo injuriado; un tártaro tiene derecho á que su esposa le sea fiel hasta después de la muerte.

—Sepamos á qué atenernos—dijo Aben-Shariar arrepintiéndose de haber entablado aquella conversación y procurando distraer de ella á Karuk.—¿Tú eres tártaro ó griego? Si eres tártaro, ¿por qué vistes el traje de los vencidos y hablas su idioma? Si eres griego, ¿por qué desprecias á los griegos?

—La sangre tártara no puede mezclarse con ninguna otra sangre, como decía muy bien mi madre—contestó con altivez Karuk—; importa poco que mi abuelo y mi padre fuesen griegos; yo soy tártaro, visto el traje griego cuando soy corsario, cuando soy gobernador de Corfú visto el traje tártaro. Soy corsario porque necesito la lucha y me veo obligado á ir á buscarla; porque en Corfú nadie se opone á mi mandato; pero no quiero que nadie vea que un tártaro es corsario, y me disfrazo para combatir con el traje griego.

—Yo soy uno de los siete emires de Africa, y no me avergüenzo de hacer el corso—dijo Aben-Shariar.

—No hablemos de esto; yo no pretendo deprimirte; yo no creo que un tártaro sea superior á un mauritano; nuestras dos razas son nobles, valientes y tenaces, y valen tanto la una como la otra; las costumbres y las leyes tártaras, sin embargo, se han conservado puras entre los montañeses del Cáucaso; los tártaros bastardos, los que hoy se llaman turcos, los que se han hecho musulmanes, los que se han degradado, se entregan sin reparo á la piratería que siempre ha sido una costumbre de la raza mauritana; pero el tártaro de raza pura nunca tiene más botín que el que arranca como guerrero á un enemigo poderoso en batalla.

—La batalla más gloriosa es la que se alcanza entre dos abismos; el mar bajo los pies, sobre la frente el cielo—dijo con orgullo Aben-Shariar.

—Tienes razón—dijo Karuk—, y por eso yo amo la presa que hago con peligro sobre el abismo de agua y bajo el abismo de aire, y es que aunque yo soy tártaro, dígame lo que se quiera, soy también griego.

—¿Y tu esposa, Manuel, es también tártara?

—No—dijo suspirando Karuk—; es la hada de la Grecia, en cuyos ojos arde la luz del cielo. Grecia ha perdido su poder y su grandeza; pero las hijas de su hermoso suelo conservan el imperio del amor.

Y el jefe tartaro mestizo calló y apretó las espuelas á su caballo, que adelantó un poco al de Aben Shariar, junto al cual galopaba.

Aben Shariar dió un espolazo al suyo y se volvió á poner á nivel de su amigo.

Corrían por un estrecho camino á cuyos lados se veían los hermosos viñedos de una suave loma.

A la derecha se extendía el mar tranquilo y argentado por la luna.

A la izquierda se alzaban las masas oscuras de montes bellamente accidentados.

Al frente una loma seguía á otra loma, perdiéndose en la vaguedad de aquella hermosa noche, en cuyo cielo, despejado, ni un solo lucero se perdía por la interposición de la más pequeña nube, de la más ligera ráfaga.

Acá y allá se oía por todas partes el canto incessante del velador grillo, y de tiempo en tiempo de entre las enramadas de los naranjos y de los limoneros salía el melancólico canto del ruiseñor.

Grupos de elegantes palmeras se levantaban gigantescas de trecho en trecho, dejando oír el suave zumbido que producía en sus corvas palmas el viento de la noche y el mar tranquilo dejaba oír sin cesar su quejido dulce y sonoro.

Todo era bello y poético; todo melancólico, puro y encantador.

Los dos amigos continuaron por un largo espacio galopando con ardor y en silencio.

Sobre ellos ninguna influencia tenía la tranquila belleza que les rodeaba.

Sus almas estaban dominadas por graves y penosos pensamientos.

Como saben nuestros lectores, la situación de ambos personajes era fuertemente excepcional.

Por eso callaban y corrían.

Habían corrido ya dos leguas cuando de repente, al transmontar una loma, apareció á lo lejos ante sus ojos una altura escarpada, sobre la cual se veía una fuerte torre.

—He allí el castillo del Resucitado—dijo Manuel Karuk, y apretó las espuelas á su caballo adelantando á Aben-Shariar, que ganó de un par de espolazos el avance del caballo de Karuk.

—En el manuscrito que te he dado—dijo Aben-Shariar—no se sabe lo que fué del padre Giuseppe; es un hombre que se pierde; en Venecia sólo se sabe que el padre Giuseppe, el santo ó el diablo, desapareció hace diez años.

—Hace diez años, un día, el monje misterioso que me había criado, á quien siempre había visto con sus negros hábitos, se presentó de repente en mi casa completamente transformado en el traje, y acompañado como nunca le había visto.

En vez de la capucha del hábito, cubría su cabeza un fuerte casco de acero; en vez de la túnica, llevaba una armadura, y sobre la armadura un ropón negro con un águila roja sobre el pecho, y un puñal y una espada á la cintura.

Otras veces había llegado á pie y cansado, cubiertas de polvo las sandalias; entonces cabalgaba en un fuerte y magnífico caballo negro con cobertura de batalla.

En otras ocasiones me había dejado ver su semblante triste, y entonces su cabeza estaba erguida, y en sus ojos brillaba una mirada fiera.

Antes, siempre que se había presentado ante mí, había venido solo y cansado; entonces le acompañaban cien tártaros á caballo, armados hasta los dientes, con largas lanzas en las manos, entre las cuales ondeaba una bandera negra con un águila roja.

—¿Qué es esto?—le pregunté.

—Esto es—me dijo—que ya he cumplido mi encargo, que tú eres hombre y bravo, y que una mujer cuya tutela estaba encargado, no necesita ya de mi tutela.

—¿Y qué mujer es ésa, padre mío?—le pregunté.

—Nada te importa quién esa mujer sea—me contestó.

Yo no insistí, ni he vuelto á preguntarle más acerca de esto, porque á José Kaivar no puede hacérsele dos veces una pregunta sobre una misma cosa.

—Me he cansado de la humildad inútil, de la penitencia inútil, del convento lóbrego y de la vida solitaria; he ido á mi montaña, y he dicho á los de mi tribu: "He aquí que vuestro antiguo señor no ha muerto, y que aún puede blandir la lanza en batalla; que el que hoy se llama vuestro jefe deje de serlo y me reconozca por su señor."

Los jóvenes de la tribu no me conocían; pero me conocían los hombres provecos y los ancianos.

La tribu estaba á punto de ser absorbida por los turcos; turco era el jefe de la tribu puesto á su cabeza por la influencia del sultán. Soliman Bey, pariente del sultán, se atrevió á llamarme

impostor, y quiso hacerme víctima de su cólera; pero la mitad de la tribu estuvo á mi lado, y la otra mitad, con Soliman Bey, fué vencida en un día de batalla.

La cabeza de Soliman y las de cien rebeldes, alzadas en las lanzas de los leales, pusieron otra vez á la tribu bajo la obediencia de su señor. He aquí que José Kaivar es lo que siempre ha debido ser. Los cuarenta años que han pasado desde el día en que amó á la hija de Kristian Karuk, su compañero de armas, han sido cuarenta años de un sueño terrible; de un sueño que pesará siempre sobre mi corazón y sobre mi razón, como pesaría un mar de sangre; he aquí que el dos veces resucitado vuelve á resucitar, vuelve á ser lo que era antes de su sombrío sueño de amor.

—¿Y al abandonar tus montañas—le dije—, no temes que tu tribu vuelva á rebelarse?

—Aún asombran á los vivos las horribles cabezas de los muertos clavadas en torno de las habitaciones de mis tártaros—dijo Kaivar—; mi destino y mi corazón me traen á Corfú, donde viviré la mitad del año, yendo á vivir durante la otra mitad á mis montañas. He venido á verte para saber si eres mi amigo ó mi enemigo; si he de ayudarte á sostener tu dominio en Corfú, ó si te he de despojar de él. Entremos.

Y Kaivar, que había desmontado al salirle yo al encuentro, dejó su caballo á uno de los tártaros y entró conmigo en la casa.

—Para saber si he de continuar mirándote como hijo ó he de empezar á tratarte como enemigo, sólo tengo que hacerte algunas preguntas.

—Pregunta lo que quisieres, padre, que yo te contestaré con lealtad—le respondí.

—Tu familia, durante tres generaciones, ha estado fuera de la tierra natal; se ha mezclado con la raza vencida; tú mismo acabas de casarte con la hermosa Zanna, griega de origen.

—Zanna, señor, se ha apoderado de mi alma y la ha vencido.

—Los pueblos conquistados acaban por absorber al conquistador—dijo Kaivar—, y le absorben por las alianzas que forma el amor; tú, tu madre y tu abuela os habéis enlazado con la raza griega vencida; y tú, Karuk, puede decirse que ya no eres tártaro, sino griego.

—Yo conozco en mi alma, en mis costumbres, la pureza de la raza tártara—le respondí.

—Voy á saberlo muy pronto—dijo Kaivar—;

supongamos que un tártaro se enlaza con una doncella de su raza; que esta doncella tiene amores antes de su casamiento con un extranjero, con un vencido, con un griego; que un día este griego, el antiguo amante, busca al marido, le reta, le vence en duelo, y le cree muerto; que muerto le cree también la esposa, ¿qué debe hacer la viuda tártara?

—Vengar al marido con la muerte del amante, á quien no ha debido amar después de casada.

—Eso es; así piensa un tártaro; pero, supongamos que la viuda, en vez de vengar al marido se casa con el matador; que el marido no ha muerto, que ha sido misteriosamente salvado y que cuando vuelve á buscar á su esposa, la encuentra casada con su enemigo, ¿qué debe hacer en tal situación un tártaro?

—Exterminar á la tártara viuda que ha contraído un nuevo matrimonio, y con mucha más razón si el marido que ha tomado es su antiguo amante, el que creía matador de su esposo.

—Tú eres tártaro—me dijo Kaivar—; tú no te has degenerado; la sangre de tu raza arde en ti, á pesar de la impureza de tu abuela y de las desgracias de tu madre.

—¡Ah!—exclamé por la primera vez, al aparecer de nuevo y transformado ante mí—; no te has llamado el padre Giuseppe, sino Kaivar; un Kaivar fué esposo de mi abuela, del cual se creyó viuda; ese Kaivar desapareció; ¿eres tú ese Kaivar?

—Yo soy—me respondió.

—¿Eres tú el que, saliendo de tu tumba, mataste una noche en su tálamo á mis abuelos Estanislao Kanmo y Magdalena Krasna?

—Yo soy; ¿eres mi amigo ó mi enemigo, después de esta revelación?

—Tú has hecho lo que yo hubiera hecho—le contesté.

—La sangre que yo he vertido, es sangre de tus venas—me dijo.

—Yo exterminaría á mi madre ó á mi hija en el momento en que se hicieran indignas de nuestra raza—exclamé.

—¡Oh! Tú eres tártaro, tú eres Karuk, tú eres mi hijo—me contestó Kaivar estrechando mi mano con su fría mano de cadáver.

—Tú eres mi padre—respondí—; á ti debo lo que soy, tú me ayudarás cuando necesite ayuda; yo iré con mi tribu al socorro tuyo cuando le ne-

cesitares. Desde entonces, Kaivar y yo somos los mejores amigos del mundo, á pesar de la sangre de mis abuelos.

Manuel Karuk calló y apretó las espuelas á su caballo.

No hablaron ni una palabra mas los dos corsarios, y así llegaron hasta la puerta del rojo castillo de Kaivar.

—¡Ah, del castillo!—gritó Manuel Karuk.

Una voz robusta contestó desde las almenas del muro del recinto de una manera instantánea, que demostraba que en el castillo se ejercía una vigilancia verdaderamente militar.

—¿Qué gente llama?

—El gobernador tártaro de Corfú.

—Mi señor duerme—dijo con más blandura la voz que resonaba en las almenas.

—No importa; despiértale, y entretanto abre.

—Sólo abre las puertas del castillo el señor.

—Pues ve y dile que su hijo Manuel Karuk espera.

Pocos minutos después se oyó una voz vibrante y que tenía algo de sepulcral en las almenas.

—¿Eres tú, hijo mío?—dijo.

—Yo soy, mi valiente padre, que vengo á verte con un compañero de combate.

—Bien venido sea tu compañero, como siempre eres tú bien venido á mi castillo.

Y poco después se abrió la profunda puerta de hierro y apareció un hombre alto, pálido, demacrado, con un birrete negro en la cabeza, con un ropón negro que tenía sobre el pecho una águila roja.

Un soldado tártaro, armado de todas armas, tenía en la mano una linterna.

Manuel Karuk y Aben-Shariar entraron el uno tras el otro y llevando de la mano sus magníficos caballos.

José Kaivar estrechó una mano que extendió hacia él Manuel Karuk y fijó una mirada profundamente investigadora en Aben-Shariar.

El emir africano sintió algo semejante al frío de la muerte ante el aspecto y la mirada de José Kaivar.

Aquel hombre era un cadáver, un ser que vivía y en el cual se encontraba toda la palidez, todo el horror del ser muerto.

Aben-Shariar se estremeció bajo la influencia de un terror nuevo, de un terror desconocido.

—Dejad vuestros caballos y seguidme—dijo Kaivar.

Aben-Shariar y Manuel Karuk entregaron sus caballos á los soldados tártaros de la guardia y siguieron á Kaivar, que marchaba lenta y rigidamente delante de ellos, acompañado del esclavo que llevaba la linterna.

Kaivar pasó deslizándose junto al muro de la torre que se levantaba dentro del recinto murado, llegó á la torrecilla angular del Norte, en la cual entró, subiendo unas escaleras abiertas al aire.

El soldado que hasta allí les había alumbrado el camino, se volvió.

La torrecilla presentaba un aspecto pobre y desconsolador.

En un ángulo, un lecho humilde; en el centro, una gran mesa de roble; junto á ella, sillones sencillos y fieramente tallados; he aquí los únicos muebles de esta habitación, cuya gran chimenea estaba apagada porque había pasado hacía ya mucho tiempo la estación del invierno.

José Kaivar presentó á sus huéspedes sillones en los cuales se sentaron, sentóse él mismo y dijo:

—¿Qué asunto tan grave te trae que así me despiertas á la media noche?—dijo Kaivar.

—No hay tiempo que perder, padre; oyele y juzga.

Aben-Shariar contó de nuevo para que lo oyese Kaivar la historia de Gabriel de Espinosa y sus últimas aventuras en Venecia.

Kaivar escuchó frío, inmóvil é impasible la relación de Aben Shariar, y cuando éste hubo concluido, dijo á Manuel Karuk:

—¿Te interesas tú verdaderamente, hijo mío, por los asuntos de tu amigo?

—Sí, padre—contestó Manuel Karuk—, y estoy resuelto á servirle con todo mi poder. Además de eso, y permíteme que por ello me muestre quejoso contigo, él me ha revelado, por un proceso del Consejo de los Diez que tengo en mi poder, que existe una hermana mía á quien yo no conozco, á quien tú no me has dado á conocer.

—¡Elena!—murmuró de una manera gutural aquel cadáver viviente, y se estremeció—; ¿conoces tú la historia de Elena, por la copia de un proceso que debe estar reservado en el archivo secreto del Consejo de los Diez? ¡Conoces, pues

la historia de mi corazón! ¡Oh! ¡Gracias al cielo ó al infierno! ¡El día de mi muerte se acerca, porque se acerca el término de mi misión sobre la tierra! ¡Escucha, emir de Túnez! Yo he oído la amarga historia de tu hermana; yo, bajo mi fría impasibilidad, he sentido todo lo doloroso del amor de Sayda Mirian; porque yo, como ella, he amado también sin premio y sin ventura; yo te juro como santo por el cielo, como demonio por el infierno, reducir á polvo todo lo que se opone á la suerte de esa mi compañera de desventura. No hablemos ni una palabra más; el cadáver, tres veces resucitado, ha dejado ver por un momento que tiene corazón, y un corazón al que hace latir una sangre de fuego.

—Dejadme solo y reposad en mi castillo; cuando salga el sol, partid; ya no nos volveremos á ver hasta que nos veamos en Venecia. Idos.

Sin contestar una palabra, porque la manera con que había hablado Kaivar cerraba el camino á toda contestación, Manuel Karuk y Yhayeben-Shariar salieron.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo Kaivar en cuanto se quedó solo, cayendo de rodillas y presentándose con una faz bajo la que no le hemos visto hasta ahora—; yo acepto la terrible expiación que me presentas; que se cumpla tu voluntad, y que se abran para mí los raudales de tu infinita misericordia.

Y el cadáver animado, el terrible jefe tártaro, dobló la cabeza sobre el pecho, y rezó como un penitente, y lloró como una mujer.

CAPITULO XV

EN QUE VOLVEMOS Á ENCONTRARNOS EN VENECIA PARA ASISTIR Á NUEVOS É INTERESANTES SUCEOS.

Gabriel de Espinosa vivía soñando.

Hasta ahora, como han podido juzgar nuestros lectores, nos hemos ocupado muy poco del protagonista de nuestra historia.

Esto consiste en que todo lo que llevamos relatado no es otra cosa que el prólogo, ó mejor dicho, la justificación de los terribles sucesos que acontecieron cuando aportó á España el misterioso pastelero de Madrigal.

Que la empresa de su restauración ó de su po-

sesión como falsario del trono de Portugal fuese prematura, y como tal, desastrosa, consistió en su conducta imprudente en Venecia, que creó circunstancias que le lanzaron fatalmente á la realización de sus proyectos cuando el éxito no estaba bastante preparado.

Gabriel de Espinosa se valió para ser rey, si no era más que un aventurero, ó para recobrar su trono si realmente era el rey don Sebastián, que nosotros no lo sabemos, ni lo sabrá jamás nadie, de una escala falsa, cuyos escalones se rompían al poner los pies y las manos en nuevos escalones, que se rompían á su vez á medida que ascendía, lo que quiere decir que Gabriel de Espinosa estaba suspendido sobre un abismo.

Adelantaba dejando tras sí imprudencias, dolores y venganzas, haciendo inútiles los oficios interesados de la República de Venecia, aislándose de cuanto le había protegido, entregándose á nuevas manos, de cuya fidelidad y de cuya fuerza no podía estar seguro.

Los agentes del rey de España sabían que existía, sabían que conspiraba, y el Consejo de los Diez empezaba á encontrar pesado á aquel imprudente protegido que ponía al descubierto con sus locuras la tenebrosa política de Venecia.

El Consejo de los Diez, pues, empezaba á prescindir de Gabriel de Espinosa, porque éste empezaba á hacérsele demasiado pesado.

Felipe II se preparaba.

Sus medios de represión aumentaban en Portugal, y la severidad del duque de Alba se exasperaba, si es que podía exasperarse la dureza del terrible don Fernando Alvarez de Toledo.

Aunque Gabriel de Espinosa hubiese sido realmente el rey don Sebastián, aunque todos los portugueses hubiesen arrostrado el martirio resueltos á morir por reconquistar su independencia peleando como héroes en nombre de su rey, nada hubieran podido hacer.

Portugal tenía sobre sí la guerra sangrienta del León de España; estaba aherrojado, atado, y el duque de Alba, que aunque no necesitaba excitaciones, estaba continuamente excitado por el sombrío Felipe II, apretaba las ligaduras incensantemente, sordo á los alaridos de Portugal.

Fué necesario que Felipe II muriese; que pasase el reinado de Felipe III; que llegase el débil y desastroso reinado de Felipe IV, y que tuviesen lugar las torpezas, las miserias y las traiciones del conde-duque de Olivares para que

Portugal recobrase su independencia después de sesenta años de tiranías y de sufrimientos.

Gabriel de Espinosa, sin embargo, era siempre el loco y audaz aventurero de los campos de Alcázar-Kivir, ya fuese el insensato rey don Sebastián, ya el soldado de fortuna Gabriel de Espinosa.

Fuese ó no el rey don Sebastián, se parecía á él hasta confundirsele con él, no sólo en la figura, en la altivez y en el valor, sino que también en el carácter.

Gabriel de Espinosa fué un hombre que vivió y murió soñando, y delante de cuya memoria flota un misterio sombrío y fatídico.

Sabemos de qué manera había pagado los inmensos sacrificios de Sayda Mirian.

El desagrado y el egoísmo de Gabriel de Espinosa habían amargado el noble y grande corazón de aquella mujer.

Salvo algunos momentos de amor loco é impetuoso, había visto siempre en Gabriel de Espinosa un hombre altivo, frío é irritado; un hombre dominador que le imponía su tiránico dominio; que ansioso de sensaciones, había gastado sus tesoros, convirtiéndose en un pirata negativo, que con elementos puramente africanos batía sobre el mar á los africanos en favor de los cristianos.

Sayda Mirian se explicaba todo esto mirando á Gabriel de Espinosa á través de una fascinación, de un sueño.

Para ella el sombrío y continuo disgusto de Gabriel de Espinosa era la situación natural de ánimo en que debía encontrarse un rey vencido, desterrado, tenido por muerto, protegido por los enemigos á quienes había creído vencerla.

Por lo mismo Sayda Mirian había procurado acercarse cuanto le era posible á aquel á quien creía rey de Portugal, olvidando la historia de su familia, haciéndose cristiana, adoptando en cuanto le era posible las costumbres europeas, siendo dócil y sumisa á la voluntad de aquel hombre, envolviéndole en el perfume de su ardiente amor, de un amor violento, de un amor puramente africano, embellecido por el poético sentimiento de su corazón impresionable, virgen de la falsía en que marcha envuelta la civilización.

Pero Sayda Mirian veía con dolor que todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios, toda su abnegación eran inútiles.

Gabriel de Espinosa no era á su lado el amante ni el esposo, sino el cautivo; el hombre dominado por una fortuna adversa; el sér altivo que siempre veía en Mirian una hija de aquella raza bárbara que había pretendido dominar.

Sayda Mirian había sufrido durante muchos años un horrible martirio y se había resignado á él porque hasta entonces no se había envenenado con los celos.

Pero cuando ya en Venecia Mirian se apercibió de que la mirada de Gabriel de Espinosa se fijaba en otra mujer, empezó á cargarse la nube que, como veremos más tarde, decidió la suerte de Gabriel de Espinosa.

Antes de su expedición á Africa, Gabriel de Espinosa aún no había amado.

Era muy joven, como que sólo contaba veintidós años.

Su pasión favorita era la guerra.

Sus aventuras con las mujeres no habían pasado del galanteo, del libertinaje.

Gabriel de Espinosa, ó el rey don Sebastián, este misterioso personaje, en fin, tenía el corazón virgen de amor cuando fué encontrado casi muerto por Sayda Mirian en el campo de batalla de Alcázar-Kivir.

Cuando recobró la salud y las fuerzas por los amantes cuidados de la sultana, la hermosura de ésta le deslumbró, le fascinó, le hizo sentir una pasión puramente material, que desapareció con la posesión gastada por el hastío.

Sayda Mirian se le hizo familiar, y llegó un momento en que le fué completamente indiferente, más que indiferente, enojosa.

Cuando Gabriel fué á Venecia podía decirse que aún no había amado.

La mujer aún no había sido para él ese sér que llena todas las aspiraciones del alma del hombre; que se convierte en el negocio más serio y más transcendental de su vida: que refunde en su alma el alma del hombre amado; que sumerge en un océano de pasión, en un infinito de felicidad todas las aspiraciones de un hombre por ambicioso que sea, y le domina haciéndole sentir una felicidad suprema con su dominio.

Gabriel de Espinosa no había sentido nunca nacer, crecer, desarrollarse en su sér ese sér divino que tiene el semblante y la mirada de una mujer que la imaginación idealiza y embellece, convirtiéndole en un ángel humano, en un

mar de delicias, flotando entre las cuales se enlanguidecen el cuerpo y el alma en una dulce locura.

Pero vió á Estéfana Barbarigo y brotó la chispa de amor en el corazón hasta entonces indomado de Gabriel de Espinosa.

La organización terrible, la pasión violenta, el orgullo y la valentía de Estéfana, eran lo más á propósito para excitar el amor violento y atrojado que dormía en el corazón de aquel hombre aventurero.

Estéfana y Gabriel se comprendieron á la primera mirada y se amaron, y se sintieron arrastrados el uno hacia el otro.

A Estéfana la enloquecía el pensamiento de ser amada por un rey, que tal le creía, de las condiciones del rey don Sebastián.

Le amaba con el corazón y con el orgullo.

Gabriel de Espinosa, por su parte, que no sabía el estado de divorcio completo en que se encontraba Estéfana respecto á su padre Giacomo Barbarigo, veía en ella, no sólo á la mujer fuertemente hermosa y excesivamente simpática para él, sino un medio poderoso para que el estado de Venecia por la gran influencia de Giacomo Barbarigo, protegiese sus pretensiones al trono de Portugal de una manera decisiva.

Pero no podía llegarse á esto si no por medio de un enlace con Estéfana, y entonces fué cuando se pidió á Roma el divorcio absoluto de Gabriel de Espinosa de su mujer doña María de Souza.

El Consejo de los Diez había creído conveniente el casamiento del rey de Portugal con Estéfana Barbarigo, porque para conspirar contra el rey de España le convenia tener una influencia veneciana al lado del rey de Portugal.

Entonces se meditó aquella intriga tenebrosa, para la cual sirvió de instrumento Elena Karuk.

La fatalidad, que acompañaba siempre á Gabriel de Espinosa, que determinaba los sucesos de su vida, que los preparaba para un desenlace terrible, había hecho que Elena y Estéfana estuviesen puestas en relación, y en una relación sumamente peligrosa á causa de un hombre.

Este hombre era César Malatesta.

Para que los sucesos se complicasen más, César Malatesta había contraído un amor violento por Sayda Mirian.

De manera que César Malatesta se encontraba colocado en el centro de un triángulo, en el vértice de cada uno de cuyos ángulos había una mujer que le atraía á sí de una manera poderosa.

Sayda Mirian era para él el amor intenso, el deseo voraz, la dificultad ardiente.

Estéfana, la mujer con la cual le unía un duelo á muerte empeñado por el orgullo.

Por último, la comunidad del crimen, la identidad de afectos y de pasiones y la influencia y el mandato de la República le enlazaban á Elena Karuk.

Y este triángulo, en cuyo centro estaba colocado César Malatesta, venia á ser para Gabriel de Espinosa ó para el rey don Sebastián la caja de Pandora que encerraba dentro de sí un cúmulo infinito de horribles desgracias.

Por eso nos hemos visto obligados á ocuparnos de la historia de esas tres mujeres, y á prescindir de la historia del pastelero de Madrigal, al ocuparnos de ella, que venían á ser tres historias correlativas á la historia de Gabriel de Espinosa.

Después de esta manifestación, volvemos á emprender nuestro relato en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI

EN QUE VOLVEMOS Á ENCONTRAR EN LA PLAZA DE SAN MARCOS Á ALGUNOS DE NUESTROS PERSONAJES

Era el oscurecer lánguido y poético de un hermoso día de Venecia.

Al pie de la columna de San Marcos, en la plaza del mismo nombre, estaba sentado un mendigo que pedía con voz plañidera y enferma limosna á los transeúntes, y cada vez que recibía una ínfima moneda de cobre, rezaba apresuradamente una oración por el que le había dado la limosna, y acabado el rezo, que duraba pocos segundos, volvía á su compungida demanda de socorro.

A espaldas de la columna y á bastante distancia de ella se paseaba lentamente, y al parecer distraído, un hombre de buena estatura, de continente gallardo, de andar noble y majestuoso, cubierto con un birrete de ala ancha y embozado en una cumplida capa, bajo la cual, al último

reflejo de la luz de la tarde, se veía relucir la contera de una larga espada.

Detrás del pilar del ángulo de los soportales del palacio del Dux, se veía un bulto informe, pardo, oscuro, replegado, en la actitud del gato que acecha.

Sobre cuyo bulto se veía envuelta por una ancha caperuza una cabeza, cuyas narices estaban enfiladas al mendigo que al pie de la columna pedía limosna y al hombre que detrás de la columna se paseaba.

Llegó un momento en que á un mismo tiempo se acercaron tres personas á aquellos tres hombres.

Había saltado á tierra en el puerto un griego alto, cenceño, moreno, como de treinta años, lujosamente vestido, y que demostraba ser allá en su isla levantisca del archipiélago un gran personaje.

Aquel hombre era, en una palabra, el jefe tártaro, gobernador de Corfú, Manuel Karuk.

Manuel Karuk se dirigió vía recta al mendigo que estaba al pie de la columna de San Marcos.

Al mismo tiempo, de la basílica había salido una mujer alta y de continente bello, como el que deja ver una mujer hermosa, por más que vaya completamente envuelta en un manto, y se dirigió hasta llegar al hombre que paseaba detrás de la columna, y que al ver cerca á la mujer, se detuvo y la salió al encuentro, entablando conversación con ella.

También al mismo tiempo otro hombre embozado que había bajado rápidamente por la escalera de los Gigantes, salió por la puerta principal del palacio del Dux, y se dirigió al pilar el ángulo del palacio, donde hemos dicho estaba agazapado un hombre.

Oigamos lo que Manuel Karuk había dicho al mendigo:

—Tú eres un bribón, que de nada necesitas menos que de pedir limosna.

—Buena manera de consolar á los desventurados—dijo el mendigo con la voz gangosa y doliente—; para hacer eso, es necesario tener el corazón de hierro de un corsario del archipiélago.

—Tú esperas aquí á alguien que viene de allá—dijo Manuel Karuk.

—Yo estoy esperando siempre, mi señor, y esperando se me pasa el tiempo, y cada día que pasa me aprieta más la mala suerte; con que si

no habeis de socorrerme, pasad de largo, que mientras vos esteis hablando conmigo, nadie me socorrerá.

Manuel Karuk sacó de entre su faja un largo bolsillo de seda, en cuyos dos extremos había dinero, rodeó con aquel bolsillo el pomo de un puñal, y entregó aquel puñal con el bolsillo abunto al mendigo.

El mendigo se levantó apoyándose en una muleta que estaba tendida sobre las gradas de la columna, y echó andar, cojeando de tal manera que á cada cojeo hacía una profunda reverencia, en dirección al Gran Canal.

Pero á pesar de su cojera, corría de tal manera el cojo, que aunque Manuel Karuk era fuerte y robusto, y acostumbrado á la fatiga, casi se veía obligado á correr para seguir de cerca al lisiado.

Muy pronto el cojo y el tártaro se perdieron junto al borde del Gran Canal, á cuya entrada el mendigo se detuvo, castañateó los dedos de una manera tan particular, que sonaron como si hubieran sido de madera, á cuya señal atracó al borde del canal una larga góndola negra.

El mendigo saltó dentro como hubiera podido saltar una cigarra, saltó tras el Manuel Karuk, y la góndola arrancó, y se perdió en el canal en la sombra, en dirección al interior de Venecia.

La mujer que había llegado al hombre que se paseaba detrás de la columna, le dijo:

—¿Sois extranjero?

—Sí—contestó el embozado.

—¿Español ó portugués?

—Sí, tanto da.

—¿Tenéis el nombre de un arcángel?

—Sí.

—Seguidme.

—¿Quién os envía?

—Un ángel que os ama.

—Os sigo.

Y Gabriel de Espinosa, que tal era el embozado, siguió á la encubierta, que le llevó al vestíbulo de la basílica de San Marcos, donde sentada al pie del cajón destinado á colocar los expositos, estaba sentada otra mujer.

Antes de seguir adelante, sepamos lo que dijo el embozado que había salido del palacio del Dux al hombre que estaba agazapado detrás de la pilastra del ángulo.

—Toma, y obra en caso extremo como si tú fueses el Consejo de los Diez.

—Yo no puedo partirme en dos—dijo el hombre, que continuó encogido—; si Nicolino Razzi y el rey don Sebastián toman distintas direcciones, ¿a quien sigo?

—Al rey don Sebastián.

—Pues decidme, monseñor, lo que hubiéreis de decirme pronto, porque una mujer se acerca al rey, y éste no tardará en seguirla.

—El papel que te he entregado, te dirá lo que tienes que hacer. Parte.

El que había salido del palacio del Dux se volvió y entró en él, y el hombre encogido se estiró, se puso de pie, echó á andar rápidamente á lo largo del costado del palacio del Dux, dobló el ángulo de la plaza, y se colocó en observación entre dos pilastras de la basílica, embebido, perdido en la sombra y á poca distancia del lugar en donde se encontraban Gabriel de Espinosa y las dos mujeres.

—Gabriel—dijo con voz trémula la dama que esperaba al pie del cajón de los expósitos—al fin es lo que quieres; al fin me decido á ser tuya y á asistir al lugar donde hemos de unirnos para siempre; pero antes es necesario que me sigas á otro lugar; que te armes de valor, para ver lo que ha de suceder en aquel lugar.

—¿Y dónde hemos de ir, mi adorada Estéfana?—dijo Gabriel de Espinosa.

—A un lugar muy bello, donde todo es ruido y alegría: á los jardines de Apolo.

—¡Adonde van todas las Mesalinas de Venecia! Y tú has de concurrir á ese lugar impuro!

—Bajo la careta desaparecerá Estéfana Barbarigo; pura he salido de allí mil veces, y pura volveré á salir; pero allí dejaré un hombre, á quien sacarán muerto.

—¿César Malatesta?

—Sí; no me atrevo á unirme á ti estando vivo ese hombre.

—¿Qué importa ese hombre!—dijo con desprecio Gabriel.

—Ese hombre no perdonaría medios para exterminarte, si te viese mi esposo.

—¿Te ama?

—Peor que eso; le he humillado, y me aborrece; él saludaría con placer á su venganza, si viese la ocasión de desgarrarme el alma, de abatir mi orgullo. César Malatesta está rodeado de todo lo que de perverso encierra Venecia; él tendría mil medios para acabar contigo; por eso yo acabaré antes con él.

—No, y cien veces no; nunca he temido ni al cielo ni al infierno; César Malatesta es para mí un ser despreciable.

—Tú no le conoces; yo, que le conozco, te declaro que no me uniré contigo mientras Malatesta viva.

—Pues bien; le buscaré, le azotaré el rostro, y cuando quiera vengar su injuria, lo mataré.

—En ese caso me vuelvo á mi casa; sus puertas no se abrirán más para ti; no me volverás á ver.

Y Estéfana se puso de pie.

—Vamos, Laureta—dijo á la otra mujer—; volvamos á buscar nuestra góndola; el hombre que ha venido contigo no es el que yo esperaba.

Y echó á andar.

—Espera—le dijo con voz tímida Gabriel de Espinosa.

—Pues bien, sígueme—dijo Estéfana.

—¿Irás César Malatesta al lugar donde quieres ir?—dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí—contestó Estéfana—, porque yo le he hecho avisar de que esta noche me encontraría allí.

—¡Oh! Pues entonces, vamos.

Y Gabriel de Espinosa dió su brazo á Estéfana, que se asió á él y echó á andar hacia el Gran Canal.

Laureta los seguía de cerca.

Al llegar al borde del canal, Estéfana dió tres palmadas.

Inmediatamente se acercó una góndola que atracó al borde del canal.

Estéfana, Gabriel de Espinosa y Laureta, entraron en ella.

Apenas habían penetrado en la litera de la góndola, y antes de que ésta arrancase, saltó á su popa un bulto negro que no se sabía por dónde había venido, y que dijo en voz muy baja al gondolero que estaba al timón:

—¡San Marcos y Venecia!

El gondolero permaneció inmóvil como si nada hubiera acontecido, y el bulto que había saltado á la góndola se replegó en la popa.

—A los jardines de Apolo—dijo desde dentro de la litera la voz de Estéfana.

Y la góndola arrancó.

CAPITULO XVII

UN HERMANO LLOVIDO DEL CIELO

De la plaza de San Marcos habían partido, llegando al borde del canal y entrado en una góndola, el mendigo cojo, que ya sabemos era el antiguo esbirro Nicolino Razzi, á quien aquella noche convenía sin duda pasar por cojo y por mendigo, y Manuel Karuk, que ya sabemos la misión con que había ido á Venecia.

El gondolero había recibido orden de llevarlos al palacio Conti, lo que no le había parecido muy bien por la fama de endiablamiento del palacio, y á lo que se hubiera negado, á no ser porque había oído al esbirro en el mendigo cojo.

La noche era tenebrosa, y la lancha tardó una hora en llegar al palacio.

Cuando habían llegado, Manuel Karuk y Nicolino saltaron al borde.

—¿Y dices que no nos abrirán?—preguntó Manuel Karuk.

—Aunque estuviéramos llamando desde ahora hasta el día del juicio. Al que llama á ese palacio no se le abre; cuando se quiere que alguien entre en él, ó se le espera y no tiene necesidad de llamar, ó se le envía una llave con la cual pueda por sí mismo abrir.

—¿Y te esperan á ti ó te han enviado la llave?

—Ni lo uno ni lo otro; monseñor Pietro Mastame ha escrito y me ha dicho:—Nicolino, vuelve á ser esbirro durante una noche; mañana, al oscurecer, espera al pie de la columna de San Marcos á que te se presente un hombre que irá vestido al uso de los de Levante, y te entregará un puñal, en cuyo pomo irá un bolsillo; lleva á ese hombre al palacio Conti, y franquéale el postigo del palacio.

—¿Y quién te ha dado las llaves de ese postigo?

—En Venecia se encuentra con mucha facilidad una llave maestra que abre todas las puertas.

—¿Conoces tú el interior del palacio?

—Una noche estuve en él hace diez años, y tales cosas vi, que no he podido olvidar el sitio por donde fui y por donde vine.

—Pues abreme, y procura que una vez dentro, lleguemos a la habitación de Elena Conti.

Nicolino llegó al postigo, le abrió, y entró el palacio con Manuel Karuk, cerrando después el postigo.

Apenas el postigo se había cerrado, un bulto se deslizó á lo largo del muro por la parte de afuera llegó al postigo, y se escondió en un hueco.

Entretanto, por la parte de adentro, Nicolino, que habla sacado de debajo de sus harapos de mendigo una linterna sorda y la había abierto, alumbrándose con su escasa luz, subía con Manuel Karuk las estrechas escaleras que conducían á las habitaciones superiores.

Al entrar en una crujía, al fin de la cual había un opaco farol encendido, Nicolino dijo:

—Es ya inútil que os acompañe, y yo debo esperar fuera; seguid hasta aquel farol, torced á la derecha, y la primera puerta á la izquierda es la de las habitaciones de Elena Conti.

—Espera atento, y avísame de lo que suceda—dijo Manuel Karuk.

—Descuidad—dijo Nicolino.

Manuel Karuk adelantó, y Nicolino retrocedió, llegó á las escaleras, bajó por ellas, abrió el postigo, y al abrirle tropezó con el bulto que poco antes se había pegado al hueco.

—¿Qué novedad hay?—preguntó á Nicolino en voz muy baja aquel hombre.

—Lo que has visto—contestó Nicolino—; he entrado con él y le he dejado en camino de las habitaciones de Elena Conti.

—Pues vuelve á entrar—dijo el bulto—, observa y escucha cuanto suceda y cuanto se diga, y sé fiel si quieres que te se perdone tu pasada traición.

Nicolino volvió á entrar y cerró el postigo.

El bulto que había hablado con Nicolino, permaneció oculto en el hueco,

Manuel Karuk siguió el camino que se le había indicado; torció á la derecha, y se detuvo junto á la mampara de cuero estampado de la primera puerta de la izquierda.

Nada se oía en aquella habitación.

Manuel Karuk abrió la mampara, entró y se encontró en un espacio oscuro.

Adelantó y llegó á los tapices de terciopelo de una puerta, entre los cuales penetraba el reflejo de una luz.

Más allá de estos tapices, Manuel Karuk se encontró en una magnífica antecámara pintada y dorada, muellemente alfombrada y ricamente

amueblada, de cuyo techo pendía una lámpara encendida.

Al frente había una gran puerta, cuyas hojas estaban delicadamente labradas é incrustadas en marfil, nácar, cobre y plata; una de aquellas magníficas muestras de la ebanistería del siglo xvi, que entonces eran muy comunes en los palacios, y de las que ahora hay rarísimas muestras. Manuel Karuk empujó aquella puerta, que sólo estaba entornada, y se encontró en la misma cámara, por una de cuyas ventanas había huido pocos días antes Aben-Shariar.

Al entrar Manuel Karuk en la cámara, por una puerta contraria, entró también Elena, ricamente preñada y bellamente ataviada, con un traje de seda completamente blanco, bordado de oro. De sus magníficos cabellos negros pendía un largo y transparente velo, y ceñía su cabeza una corona de flores blancas.

Aquel era á todas luces un traje de desposada.

Al ver á Manuel Karuk que adelantaba hacia ella, Elena se detuvo, pero no gritó, ni se puso pálida, ni retrocedió.

Solamente miró con atención y con una seria fijeza á Manuel Karuk, que seguía adelantando, abarcándola en su mirada conmovido.

Cuando estuvo cerca de ella, Elena le dijo con la mayor naturalidad:

—Vos sois de tierra de Levante.

—Sí, Elena—contestó con la voz trémula, á pesar de su valor y de su serenidad, Manuel Karuk—; yo soy de la isla de Corfú.

—¿De la isla de Corfú? Yo he tenido allí parientes.

Tu madre María Zinca Karuk, nació en Corfú, como tu abuela Magdalena Krasna Karuk.

—¿Quién te ha dicho eso?—respondió Elena aceptando el tú con que tratan á todo el mundo las gentes de Levante.

Manuel Karuk sacó de entre su faja y de junto á uno de sus puñales el manuscrito que ya conocemos, y le mostró á Elena.

—¿Quién te ha dado estos papeles?—dijo Elena reconociéndolos.

—Un antiguo amigo mío; un valiente y noble hombre; un corsario tunecino.

—¿Y cómo han ido á manos de tu amigo estos papeles, que son la triste y sangrienta historia de mi familia?

—Un hombre á quien tú amas te los pidió para dárselos al corsario de Túnez.

—No, me los pidió para dárselos á un patricio de Génova y de Venecia: á monseñor Pietro Mastta.

—Pues bien; monseñor Pietro Mastta, senador, y uno de los del Consejo de Diez, Yhayeben-Shariar, emir de Africa y corsario en Túnez, son una misma persona.

—¿Cómo! ¿Pues no murió ahogado en el canal de Monforte ese hombre? Pero es verdad, él llevaba consigo esos papeles, que si Pietro Mastta hubiera perecido, hubieran desaparecido con él.

—Esos papeles tienen sobre sí las muestras de haberse mojado; todo consiste en que Aben-Shariar tiene bastante aliento para nadar bajo la superficie del agua un largo espacio, y así burló la vigilancia de los esbirros y se salvó. Pero como él no puede venir á Venecia porque su vida corre peligro, me ha buscado en mi isla de Corfú, me ha hecho conocer el contenido de estos papeles y me ha enviado á ti.

—¿Y para qué te ha hecho conocer Pietro Mastta la historia de mi familia?

—Porque la historia de tu familia es la historia de la mía.

—¿Cómo! ¿Qué hay de común entre mi familia y la tuya?

—Mi madre se llamaba María Zinca Karuk.

—¿Tú te llamas Manuel Karuk!—dijo profundamente Elena.

—Sí.

—Entonces tú eres hermano mío.

—Tu hermano soy.

Manuel Karuk, que temblaba de emoción, había dado un paso hacia Elena, que á pesar de la situación, estaba fríamente tranquila, y le contó con un ademán:

—¿No sabías tú que tenías una hermana?—dijo Elena con acento fríamente interrogador.

—No—dijo Manuel Karuk, que cada vez estaba más conmovido—; yo lo ignoraba hasta hace ocho días que fué á buscarme á Corfú Aben-Shariar y me entregó esos papeles; si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido á buscarte; pero tú sabías que tenías un hermano, porque conoces estos papeles, y, sin embargo, no has buscado á tu hermano, no has procurado saber si vivía ó si había muerto.

—Cuando yo conocí la historia de mi familia, hace diez años, ya estaba mi suerte decidida; en mi situación, un hermano hubiera sido para mí un peligro, no un apoyo; yo estoy sola en el

mundo, y no quiero que nadie se crea con derecho á pedirme cuenta de mis acciones; ahora mismo no sé si tengo en ti un amigo ó un enemigo, porque has entrado en mi casa valiéndote sin duda de un esbirro, lo que prueba que la República de Venecia te conoce. No sé por qué te envían, ni lo que quieres, ni á qué vienes.

—Si es un esbirro el que me ha abierto el camino hasta ti, yo no le conozco ni le tengo más que por un mendigo, para quien me ha dado una señal monseñor Pietro Mastta, como tú llamas á mi amigo, á mi compañero de combate Aben-Shariar. Me importa poco, por otra parte, que ese mendigo sea esbirro ó no, porque yo estoy protegido por la República de Venecia y considerado como su hijo adoptivo. En cuanto á lo de si tienes ó no que temer de mí, ya ves que yo, que nunca he temblado, tiemblo al hablarte; ya comprendes que te amo tanto como puede amar un hermano á su hermana.

Y adelantó de nuevo.

Por aquella vez Elena no le impidió que se acercase á ella, y Manuel Karuk la abrazó, la estrechó á su pecho y la besó con ternura en la frente.

Elena no se conmovió, pero besó á Karuk en la mejilla.

Elena no amaba á nadie, ni podía amar más que á César Malatesta, y aun así, de una manera violenta y terrible.

—Sientate—dijo Elena á Manuel Karuk, separándole suavemente de sí y sentándose á su lado. Dime ahora con qué objeto vienes á verme, porque tú no has venido por conocerme sólo, hermano.

—Por esto sólo hubiera venido; pero vengo además á prestar un servicio á mi amigo Aben-Shariar.

—¿Se trata sin duda de ese á quien llaman el rey don Sebastián y de su esposa?

—Sí, Elena, sí—dijo Manuel Karuk—; según me ha dicho Aben-Shariar, ese rey misterioso ha obtenido del Papa el divorcio que le separa absolutamente de su esposa y le permite casarse con Estéfana Barbarigo, de quien está enamorado.

—Bien, que se case—dijo Elena, cuyas mejillas cubría una palidez de odio—; así César Malatesta perderá toda esperanza.

—Mejor la perderta—dijo sombríamente Manuel Karuk—, si Estéfana muriera.

—¡Matarla!—dijo con acento singular Elena—, matarla sería mejor; muchas veces mis celos y mi cólera me han inspirado ese pensamiento; pero ese rey se la llevará de Venecia, la apartará de César Malatesta.

—Para los que aman—dijo lúgubremente Manuel Karuk—, no hay distancia posible; César Malatesta buscaría un día y la encontraría á Estéfana Barbarigo; mientras exista, no se puede esperar que Malatesta deje de buscar su amor, de dar ocasión á terribles sucesos; pero si entre los dos se pusiese la distancia de la eternidad nada habría que temer; á los muertos se les olvida, Elena.

—Tú has venido á ser mi demonio tentador, hermano. ¡Y en qué día, y en qué hora! Dentro de poco habrán de celebrarse en este mismo palacio dos casamientos; el uno el del rey de Portugal con Estéfana Barbarigo.

—¿Y el otro?

—¿No ves el traje que llevo, hermano?

—¡Ah, sí! Es verdad; un traje de boda. ¿Pero estás segura de que esa boda llegará á hacerse?

—¿Y por qué no? Un cardenal romano espera en mi palacio para unir los destinos del rey de Portugal y de Estéfana; el de César Malatesta y el mío.

Aben-Shariar me ha hablado largamente de este negocio; Aben-Shariar lo teme todo de César Malatesta. Amante cansado de ti que ha sentido en la apariencia en enlazarse contigo, obedeciendo un mandato de la República de quien, como yo, eres hija adoptiva; pero César Malatesta tiene empeñados su orgullo y su amor por otras dos mujeres; amó á Estéfana Barbarigo, le despreció ésta y la burló, y la aborrece y necesita humillarla; ha visto á la esposa del rey de Portugal y la amó, la ama con locura, y no perdonará medio de hacerla suya; en cuanto á ti, Elena, César Malatesta no se unirá contigo jamás; tanto más, cuanto que la República no extremaría con él su severidad por la sola razón de que se negase á ser tu esposo; además, estoy yo aquí y no te consentiré tal locura.

—¿Vendremos á parar al fin en que te convertirás en mi enemigo?

—No por cierto; tal vez á estas horas César Malatesta estará obrando de tal modo que hará imposible su unión contigo.

—¿Sabes tú algo?—exclamó con ansia Elena.

—Sólo sé lo que tú me has dicho; pero me

basta con saber que dentro de poco llegará la hora en que César Malatesta deba unirse á ti, y estoy seguro de que él hará todo lo posible por impedirlo.

—¿Y cómo?

—¡Quién sabe!

—El rey don Sebastián y Estéfana Barbarigo entrarán por la puerta principal solos y sin más compañía que algunos señores venecianos que serán testigos de la boda. Esta se efectuará en secreto. En cuanto á César Malatesta, entrará en el palacio por el postigo cuando hayan salido de él los futuros reyes de Portugal, y se unirá también conmigo en secreto sin ruido y sin ostentación, sirviendo de testigos mis criados.

—Giacomo Barbarigo no tardará en llamar á tu puerta con la voz de la República—dijo Manuel Karuk—; con Giacomo Barbarigo vendrá alguien á quien hace mucho tiempo no ves: una persona á quien debes querer y respetar, á la que todo el mundo cree perdida.

—¿El padre Giuseppe acaso?

—Sí; pero ya no es el padre Giuseppe, el religioso benedictino, sino José Kaivar, el jefe tártaro de tribu Kaivar.

—¿Y á qué viene ese hombre aquí?—dijo estremeciéndose de los pies á la cabeza Elena.

—Le ha traído, como me trae á mí, el aviso de Aben Shariar, de lo que iba á suceder en Venecia.

—Pues bien, suceda lo que quiera—dijo Elena con energía—, se me presenta una nueva lucha, y la acepto. César Malatesta ha de ser mi esposo, ó ha de ser horrible lo que suceda.

En aquel momento sonaron grandes golpes á la puerta, é inmediatamente después de ellos una voz robusta, acentuada é imperiosa, que gritaba:

—¡San Marcos y Venecia, abrid vuestra puerta á la Inquisición del Estado, so pena de traición!

Al oír esto, Elena corrió á una ventana, abrió sus vidrieras de colores y miró al pie del muro.

Lucian tres ó cuatro linternas, y á su luz se veían algunos hombres envueltos en ropones negros, y muchos soldados de la República con corazas y picas los unos, y arcabuces los otros.

—¿Es monseñor Giacomo Barbarigo el que llama á mi puerta?—dijo Elena procurando aparecer tranquila por la seguridad de su voz, mientras su corazón latía violentamente—; me parece haberos reconocido por la voz, monseñor.

—Quien llama á las puertas de vuestro palacio, Elena Conti—contestó una voz distinta—, es la República; mandad que esas puertas se abran.

—La República va á ser obedecida al momento, monseñor.

Elena se separó de la ventana, atravesó rápidamente la cámara, y salió de ella llamando á sus criados.

Manuel Karuk la seguía de cerca.

Un momento después, las puertas del palacio se abrían y entraban tres hombres.

Los demás se quedaron fuera; pero algunos soldados ocuparon el vestíbulo como constituyendo una guardia que no debía dejar entrar ni salir á nadie.

La República se presentaba de ceremonia á Elena, y esto la hizo temerle todo.

Dos de los hombres que habían entrado llevaban birretes y ropones tálares rojos, con la diferencia de que el más anciano de ellos llevaba sobre los hombros una especie de estola dorada, y orlados de galón de oro los bordes del ropón, y el otro, el más joven no llevaba dorado alguno. El otro hombre vestía un birrete negro, una ancha dalmática negra también con una águila roja sobre el pecho, una espada corta y unas botas altas de cuero leonado, y guantes de ámbar en las manos.

El anciano del ropón rojo con estola y galones dorados era monseñor Giacomo Barbarigo; el joven con ropón liso, el señor Rugiero Maffei, uno de los secretarios de Estado del Consejo, y el hombre del águila roja con ropón negro, ya le conocen nuestros lectores, era José Kaivar.

Al ver Barbarigo á Manuel Karuk con su magnífico y abigarrado traje levantisco, dijo á Elena:

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace aquí?

—Ese hombre—contestó Kaivar antes que pudiese responder Elena—es mi buen hijo, el jefe tártaro Manuel Karuk, gobernador de Corfú, que ha venido precediéndome y que se encuentra aquí cumpliendo lealmente con su encargo.

—Bien venido sea á Venecia el hijo adoptivo de la República, el bravo caudillo de la tribu Karuk—dijo Barbarigo adelantando y dando la mano al tártaro, que la estrechó con efusión.

—Es para mí una grande alegría y una grande honra, monseñor—contestó con respeto Ma-

nuel Karuk—, al estrechar mi mano con la del ilustre héroe de Venecia.

—Abreviemos las cortesías—dijo modestamente Barbarigo—, y tú, Elena, llévanos al lugar donde tienes aposentados al cardenal romano y al fraile portugués.

Elena, precedida por sus criados, que llevaban candelabros encendidos en las manos, se encaminó a la escalera principal, y subió por ella.

A su lado y a su derecha iba Giacomo Barbarigo; detrás Rugiero Maffei, algo más atrás José Kaivar a la derecha, Manuel Karuk a la izquierda.

Después de haber subido las escaleras, y de haber recorrido dos lados de la magnífica galería sobre el patio, Elena abrió con un llavín una mampara, y se apartó para que pasase Barbarigo.

—No, hija mía, no—dijo el anciano—; precédeme tú para anunciar la presencia del Estado a esos señores.

Elena pasó, y tras ella pasaron Barbarigo y Rugiero Maffei.

—Entrad vosotros también, mis buenos tártaros—dijo Barbarigo deteniéndose y dirigiendo la palabra a Kaivar y a Karuk, que pasaron.

Entretanto Elena había abierto una segunda mampara, y había dicho al cardenal y al fraile agustino que habían salido cuidadosos a su encuentro:

—Señores, la Inquisición de Venecia os busca.

El cardenal romano y el agustino portugués se pusieron muy pálidos, y el terror no les dejó contestar una sola palabra.

En aquel momento entraron Barbarigo, Maffei, Kaivar y Karuk.

Barbarigo se volvió hacia un ostentoso altar que se veía al fondo de la cámara, cubierto de candeleros dorados con velas que aún no se habían encendido.

—¿Para qué se ha levantado aquel altar, monseñor?—dijo Barbarigo al cardenal Montalto—; espero que me respondáis la verdad, porque no creo posible una mentira en la boca de un príncipe de la Iglesia.

—Decís bien, monseñor—contestó el cardenal Montalto—; no oireis de mi boca más que palabras de verdad. Ese altar se ha levantado para celebrar delante de él el casamiento del rey de Portugal con vuestra hija la señora Estéfana Barbarigo.

Y el cardenal acentuó de una manera intencionada sus últimas palabras.

—¿Y no debía celebrarse otro casamiento delante de este altar?—dijo Barbarigo.

—Sí, monseñor—contestó Montalto—; el de la señora Elena Conti con el señor César Malatesta.

—¿Ignorabais que Gabriel de Espinosa está bajo la protección y la vigilancia de Venecia?—dijo severamente Barbarigo—; ¿por qué no habéis dado conocimiento a la República y le habéis pedido permiso para celebrar ese casamiento?

—Yo no reconozco más autoridad que la autoridad del Papa—dijo el cardenal—, y tengo órdenes terminantes de Su Santidad para celebrar por mí mismo ese casamiento.

—Pues bien, monseñor; Venecia no reconoce otra autoridad que la que proviene del Estado, y estamos en Venecia; por lo mismo, vóy a hacerlos oír el decreto cuya ejecución me ha cometido el Estado; leed, señor secretario.

Rugiero sacó de debajo de su ropón un grueso papel enrollado, y leyó con voz sonora y grave lo siguiente:

“El Consejo de los Diez, en nombre de la República de Venecia, a monseñor Giacomo Barbarigo, senador y miembro del mismo Consejo: sabed y ejecutad el siguiente nuestro decreto:

„Existiendo en Venecia secretamente aposentados en el palacio Conti el cardenal de la Santa Iglesia Romana monseñor Jenaro de Montalto, y el religioso agustino portugués fray Miguel de los Santos, y no conviniendo al servicio de la República la permanencia de estos sujetos en Venecia, se lo comunicáis así por medio de un secretario de Estado, a quien vos acompañareis por honra a la alta dignidad y al sagrado carácter del uno y del otro; y notificado que les sea este decreto, les mandareis que sigan al secretario de Estado, que los conducirá en una góndola con suficiente guardia, por honor a sus personas, al puerto, donde se embarcarán en la galera *Triunfante*, en la que los acompañará el mismo secretario y la misma guardia hasta los Estados romanos, dejándolos con todos los honores debidos a su dignidad, en el puerto de Civitavecchia.

„De orden del Consejo de los Diez, el secretario de Estado, Rugiero Maffei.”

—Protesto con todas mis fuerzas en nombre

del Soberano Pontífice por el agravio que en vuestras personas se le hace—dijo con altivez Jenaro de Montalto, que había perdido el miedo al ver que sólo se trataba de echarle de Venecia, y que no había nada de prisión ni de calabozos de Estado.

—Protestad en buen hora; pero protestad desde Roma—dijo blandamente, aunque con firmeza, Barbarigo—; por el momento sólo os toca obedecer la suprema autoridad del Estado, sobre cuyo territorio os encontrais, como á mí el hacer que se cumpla lo que respecto á vos, monseñor, y á fray Miguel de los Santos, ha decretado el Consejo de los Diez.

—¿Y habeis vos hecho también, monseñor, ese decreto?—dijo con sarcasmo Montalto.

—Naturalmente, monseñor, y de mí ha partido la iniciativa; como que soy el senador más viejo de los Diez—contestó sonriendo Barbarigo.

—¿Y habeis impedido el casamiento de vuestra hija con el noble rey don Sebastián!

—Ya lo veis, monseñor; no conviene á la República ese casamiento, que sería un reto imprudente al rey de España, y porque no conviene á la República, me resigno á perder la gloria de ser padre de la reina de Portugal—contestó Barbarigo, dejando ver en su boca una sonrisa, en que había tanto de grandeza como de desprecio.

—Estamos á vuestras órdenes, monseñor—dijo el cardenal Montalto inclinándose dominado por la majestad que emanaba del anciano y noble senador.

—Sí, vais á partir al momento; es necesario, indispensable, que partais—dijo benévola y amablemente Barbarigo—; siento el disgusto que esta imperiosa medida, imperiosa por necesidad, os causa sin duda; pero Roma es tenaz é imprudente, y es forzoso precaverse de sus imprudencias. Nuestro Santísimo Padre Clemente VIII ha querido proteger tanto á Gabriel de Espinosa, ó al rey don Sebastián, que le ha perdido como le perdió Gregorio XIII, excitándole á su insensata expedición al África. Venecia, antes de enviarle á recobrar su trono, le hubiera preparado el triunfo, un triunfo seguro; pero Venecia nada puede hacer ya más que arrojar de sí á un huésped peligroso; Dios quiera que un día próximo no tenga que arrepentirse el Papa de su impaciencia por suscitar obstáculos al rey de España, por una horrenda desgracia que casi puede decirse acontecerá al rey don Sebastián.

—Sólo Dios sabe lo que ha de suceder—dijo el cardenal.

—Pero Dios ha dado al hombre la experiencia y la reflexión para que pueda precaverse de las desgracias. Adiós, señores; rendid al Santo Padre el homenaje que yo le hago, como á jefe de la Iglesia, á nombre del Estado.

—Adiós, monseñor; ¡yo rogaré al cielo para que nuestro Santísimo Padre pueda seguirse llamando amigo de Venecia.

Y el cardenal y el agustino siguieron á Rugiero Maffei, que se había puesto en marcha á una señal de Barbarigo.

—Salgamos de aquí; no quiero ver ese altar, que me irrita; porque aparte de su santidad aviva en mí el sentimiento de una traición y de una locura; Dios proteja á ese insensato.

Y Barbarigo siguió detrás de Elena.

Pero al llegar á un ángulo de la galería, Barbarigo se detuvo.

Por el fondo de aquella galería venía corriendo un hombre que traía una linterna encendida, y que debía ser un esbirro.

—Monseñor—dijo al ver á Barbarigo; acaba de acontecer una desgracia.

—Habla—le dijo el señorador.

—El señor Rugiero Maffei, secretario del Consejo de los Diez, me mandó vigilar esta noche á un hombre que paseaba en la plaza de San Marcos.

—¿Le ha sucedido una desgracia á ese hombre?—dijo roncamente Barbarigo.

—No, no, señor—dijo el esbirro—; pero ese hombre ha dado de estocadas en los jardines de Apolo al señor César Malatesta.

Elena dió un grito horrible y escapó bajando apresuradamente las escaleras y lanzándose en el vestíbulo.

Kaivar y Karuk la habían seguido.

Barbarigo murmuró:

—Es preciso, indispensable, que Gabriel de Espinosa salga al momento de Venecia.

Y en paso tranquilo siguió la galería adelante acompañado del esbirro, bajó las escaleras y, al llegar al vestíbulo, vió que Elena disputaba con los soldados, que no la dejaban pasar.

—Vamos todos; yo voy con vosotros—dijo Barbarigo—; que arrimen la góndola, y á los jardines de Apolo.

CAPITULO XVIII

DE LO QUE DIÓ LUGAR Á QUE GABRIEL DE ESPINOSA DIERA DE ESTOCADAS Á CÉSAR MALATESTA.

Retrocedamos.

La góndola en que habían entrado Estéfana Barbarigo, Gabriel de Espinosa y Laureta, y á cuya popa se había colocado un esbirro, siguió el Gran Canal adelante, recorrió algunos canales, entró en las Lagunas, y á un extremo de ellas atracó delante de un edificio, entre una multitud de góndolas que iban y venían cargadas de gente alegre y bulliciosa.

Aquel edificio, que era bello y estaba profusamente iluminado, constituía la entrada de los jardines de Apolo.

Estos jardines eran uno de los muchos lugares donde se ofrecía á la alegre Venecia un largo, múltiple y animado espectáculo nocturno.

Un lugar adonde concurrían por centenares las damas galantes y los buscadores de aventuras, encubiertos bajo el antifaz, y de donde todas las noches sacaban los esbirros alguna gente presa,

Pero el buen pueblo de Venecia se divertía á sus anchas de una manera fenomenal, en aquella orgía que empezaba al principio de la noche y concluía al principio del día siguiente.

Un pueblo que se divierte no conspira, y el Consejo de los Diez dejaba, por lo mismo, que se divirtiese á sus anchas el buen pueblo de Venecia, aunque sus costumbres se fuesen corrompiendo más y más por estas continuas orgías.

Antes de saltar en tierra Estéfana pidió á Laureta los antifaces y dió uno de ellos á Gabriel de Espinosa.

Cuando saltaron en tierra Estéfana, Gabriel de Espinosa y Laureta, tenían completamente cubiertos los rostros con antifaces negros, y era imposible conocerlos.

Apenas se habían retirado tres pasos del borde de la Laguna, saltó de la popa de la góndola un hombre cubierto también con un antifaz.

Era el esbirro que había acompañado desde la plaza de San Marcos, sin ser notado por ellos, á Estéfana, á Gabriel de Espinosa y á Laureta.

—¿No te dijo César Malatesta—preguntó Estéfana á Laureta—que para ser reconocido por

mí llevaría sobre la parte izquierda del pecho un lazo de oro y diamantes?

—Sí, señora.

—¿No te dijo además que lo encontraría en uno de los pabellones del Laboratorio?

—Sí, señora.

Cuando tenía lugar este diálogo entre Estéfana y su doncella, iban envueltos entre la multitud que se apiñaba al entrar por el pórtico de los jardines de Apolo.

Estéfana no notó que inmediatamente, junto á ella, una mujer que se apoyaba en el brazo de un hombre prestaba suma atención á este diálogo y no apartaba su negra mirada, que brillaba ardiente á través de las estrechas aberturas de su antifaz negro, en Gabriel de Espinosa. La gente se aglomeraba y no podía pasar, porque los que iban llegando á la puerta interior del vestíbulo se detenían para pagar; así es que todos estaban parados: la máscara que escuchaba la conversación de Estéfana y Laureta no perdía una sola palabra.

—No comprendo—dijo con irritación Gabriel de Espinosa, de modo que lo oyó perfectamente la máscara que escuchaba—por qué ese empeño de ver á César Malatesta antes de nuestro casamiento.

—Tú no lo verás—dijo Estéfana—; en cuanto entremos, Laureta y yo nos separaremos de ti.

—¡Ah, no! Yo no te dejaré soltarte—dijo Gabriel de Espinosa.

—¡Ah, sí!—dijo riendo ligeramente Estéfana.—Ya encontraremos medio Laureta y yo de perdernos; por lo mismo, voy á decirte dónde nos podemos encontrar.

—Es inútil, porque no te soltaré.

—Escucha, por si acaso: dos horas después de que nos hayamos perdido, espérame en el jardín del Lago, junto á la estatua de Niove.

—¿Y por qué no he de estar yo á tu lado?

—Porque no quiero que se espante el señor César Malatesta; es necesario precaverse de ese miserable y basto yo sola; no quiero que tomes tú parte en ello.

La máscara que observaba no pudo oír más.

Un grupo de estudiantes que había sobrevenido, se había metido como una cuña entre ella y Estéfana.

Grupos que fueron llegando sucesivamente, los separaron más y más.

La máscara que había escuchado, por su

apostura, por ese no sé qué característico que emana de ciertas mujeres, parecía ser muy hermosa, á pesar de que iba completamente envuelta en un ancho albornoz de lana blanco con rayas pardas y el capuz echado sobre la cabeza.

Aquel albornoz era completamente moro, cosa que no se extrañaba en Venecia, que tenía comercio con el mundo entero, y mucho más con Africa, que estaba frente á ella.

El hombre en cuyo brazo se apoyaba esta máscara, iba cubierto por un albornoz completamente blanco y completamente africano.

—Es necesario que no te olvides de su traje—dijo la mujer del albornoz rayado al hombre del albornoz blanco—; él está vestido á la veneciana, con birrete de grana y oro, loba de terciopelo negro con armíño, justillo de raso blanco y negro con cuchilladas tomadas de oro, calzas blancas y zapatos de terciopelo negro con cuchilladas como el justillo.

—Aunque fuera envuelto de los pies á la cabeza, le conocería, señora—dijo el hombre.

—Ella—añadió la mujer del albornoz rayado—lleva manto de terciopelo negro y debajo traje de raja blanca de Florencia bordado de oro; la doncella lleva manto de terciopelo negro, y debajo traje de damasco encarnado con adornos de seda negros.

—No lo olvidaré, señora; y aunque se nos han perdido, les encontraremos.

—No te olvides—dijo la dama del rayado albornoz—de buscar un hombre que debe llevar en el pecho, sobre el corazón, un lazo de oro y diamantes; ese hombre debe estar en el Laberinto; pero yo no he estado nunca aquí y no sé hacia qué parte puede estar ese Laberinto.

—El nos lo dirá; pero si es un verdadero Laberinto, nos exponemos á perdernos.

—Más perdida que estoy, no puedo estarlo; ni más vendida, ni más olvidada. ¡Oh, qué ingratitud tan horrenda!

Una oleada de gente que se aglomeraba más y más á la entrada del pórtico los lanzó dentro del vestíbulo; y poco después estaban junto á los cobradores; á quienes pagaron el precio de la entrada y pasaron, entrando en los jardines.

Tras ellos entró un hombre de aspecto singular, del cual emanaba un no sé qué de terrible y astuto.

Iba completamente vestido de negro, envuelto en una especie de manto de gruesa bayeta ne-

gra, con una gorra de lo mismo y un ancho antifaz negro de seda.

Aquel hombre era el esbirro que había seguido desde la plaza de San Marcos hasta los jardines de Apolo á Gabriel de Espinosa y á Estéfana Barbarigo.

Ya nos hemos ocupado de este esbirro en otra ocasión: era Brachioforte, el hombre de más confianza del Consejo de los Diez.

El traje que Brachioforte llevaba, era puramente un traje de estudiante veneciano.

Pero el estudiante veneciano, como el estudiante de todas partes, dejaba conocer la alegría y la travesura de su carácter á cien leguas de distancia, y si algo emanaba de Brachioforte, era una gravedad amenazadora y sombría.

Inmediatamente que se pasaba del vestíbulo, no había motivo para que la gente estuviese apretada.

El vestíbulo era como el cauce de un río que arroja su corriente en el mar; porque los jardines de Apolo eran extensísimos.

Así es que la concurrencia se esparcía libremente en los jardines apenas entraba en ellos y se dirigía á su placer á las avenidas de árboles, iluminadas por festones de faroles de colores, en la circunferencia del ancho espacio que se encontraba inmediatamente después de la salida del vestíbulo, cubierto de arena blanca y apisonado, y en cuyo centro se alzaba una fuente monumental, con una gigantesca estatua de Apolo en la parte superior.

Bajo los caprichosos juegos de agua de esta fuente, que formaban fanales, palmas y abanicos, lucían, produciendo un efecto admirable, una multitud de vasos de colores.

Esta fuente, las avenidas de árboles iluminadas, el cielo despejado dejando ver ese azul incomparable de una noche tranquila en que la luna no amortigua el vivo resplandor de los luceros, hacían de aquel lugar de placer uno de los encantados lugares que encontramos descritos en los cuentos persas.

Brachioforte adelantó en paso lento hasta cerca de la fuente y allí se detuvo, con la cabeza alta, en la actitud del podenco que toma el viento para conocer el rastro de la pieza.

Podía comprenderse que vacilaba en la dirección que debía seguir cuando vió pasar junto á él un caballero galana y ricamente vestido, que, sin vacilar, tomó la dirección de una ancha

avenida situada en el centro del semicírculo de árboles que constituía el límite del espacio, en medio del cual se alzaba la fuente de Apolo.

—El señor César Malatesta—dijo Brachioforte refiriéndose al caballero que acababa de pasar, y á quien á juzgar por su dicho, había reconocido, á pesar de su antifaz—; á donde él vaya irán ellos, y donde ellos se encuentren con él, será donde esté el peligro.

Y Brachioforte, rebujado en su manteo, tiró detrás de César Malatesta, que andaba de prisa, como quien va con gran interés á un lugar determinado.

Muy pronto empezó á oírse una alegre música que resonaba á lo lejos, y que se iba percibiendo distintamente, á medida que César Malatesta y su seguidor adelantaban rápidamente, dejando atrás á la multitud de máscaras que marchaban por la avenida.

A la salida de ella se detuvo de repente Brachioforte.

Había visto á Gabriel de Espinosa, solo, que miraba á derecha é izquierda, como aquel á quien acaba de perderséle entre una multitud una persona de quien iba acompañado.

—Atención—se dijo á sí mismo Brachioforte; —el señor Gabriel ha perdido á la señora Estéfana Barbarigo, ó más bien, se le ha escurrido ella; Dios tenga piedad del señor César Malatesta, si yo no ando listo; me parece que esta noche hace una de las suyas la medicina de los Borgias: adelante.

Y se lanzó fuera de la avenida, entrando en un espacio en medio del cual se extendía una pequeña laguna, con la vista fija en César Malatesta, que en aquel momento pasaba junto al pedestal de una magnífica estatua de Niove.

Cerca del lugar por donde iba marchando César Malatesta se extendía una intrincada espesura de árboles, en la que se abrían una multitud de estrechos senderos, iluminados opocamente acá y allá por un farol de vidrios azules, que producían una claridad débil, blanda, tenue.

Aquellos senderos constituían lo que se llamaba el Laberinto de los jardines de Apolo.

A ellos se dirigían máscaras de ambos sexos, y á uno de ellos se dirigió César Malatesta.

Brachioforte apresuró el paso, corrió, llegó casi al mismo tiempo que Malatesta á la entrada del sendero; pero se inclinó á la derecha y se metió entre los árboles, siguiendo por entre ellos y sin ser visto á Malatesta, que adelantaba con rapidez por entre aquel enmarañamiento, y con una seguridad tal, que demostraba que en aquellos lugares era muy práctico.

La música sonaba ya muy cerca, como partiendo del centro del Laberinto.

César Malatesta marchaba sin duda de una manera segura, porque á medida que adelantaba, se percibía más cercana la música.

Brachioforte no perdía de vista á Malatesta, deslizándose en la sombra por entre los árboles.

Libros nuevos

TEATRO DE AMOR

He aquí un libro verdaderamente excepcional. Su autor, José Francés, es una de las figuras más salientes y más justamente elogiadas por la crítica. Su presentación editorial es un prodigio de buen gusto, de elegancia y de sutuosidad. Su texto—en esta época de libros *estirados fragmentarios*—es de una selecta y al mismo tiempo enorme cantidad de lectura.

Teatro de amor reúne en un tomo toda la obra teatral del ilustre dramaturgo José Francés.

Las comedias, los dramas que integran *Teatro de amor*, han triunfado ya en los escenarios.

Pero su interés, su amenidad, su gran importancia editorial, estriba en que recoge y afirma uno de los aspectos más admirables del admirable Francés.

José Francés, novelista, cuentista, crítico de arte, cronista, es antes que nada un gran dramaturgo.

Su teatro es audaz, viril, valiente, pleno de sorpresas y energías cerebrales; pero, además, tiene exquisita sentimentalidad.

Alguien le llamó el «dramaturgo de las mujeres». Nada tan cierto como esa afirmación. El alma femenina no tiene secretos para el ilustre escritor, y por eso *Teatro de amor* resulta una espléndida colección de retratos psicológicos de mujeres.

Se trata, en suma, de uno de esos libros que, además de sintetizar la personalidad de un literato, son el exacto reflejo de una época literaria.

Teatro de amor, finalmente, lleva una portada á todo color que ha dibujado Penagos, el artista que ya en el *Arte de leer*, publicado también por la Editorial España Americana, dejó muestra admirable de su arte depuradísimo.

Pedidos á la EDITORIAL LLORCA Y COMPAÑIA, Mesonero Romanos, 42, MADRID
Precio del ejemplar, 3 pesetas.

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo, las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de 25 pesetas.

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

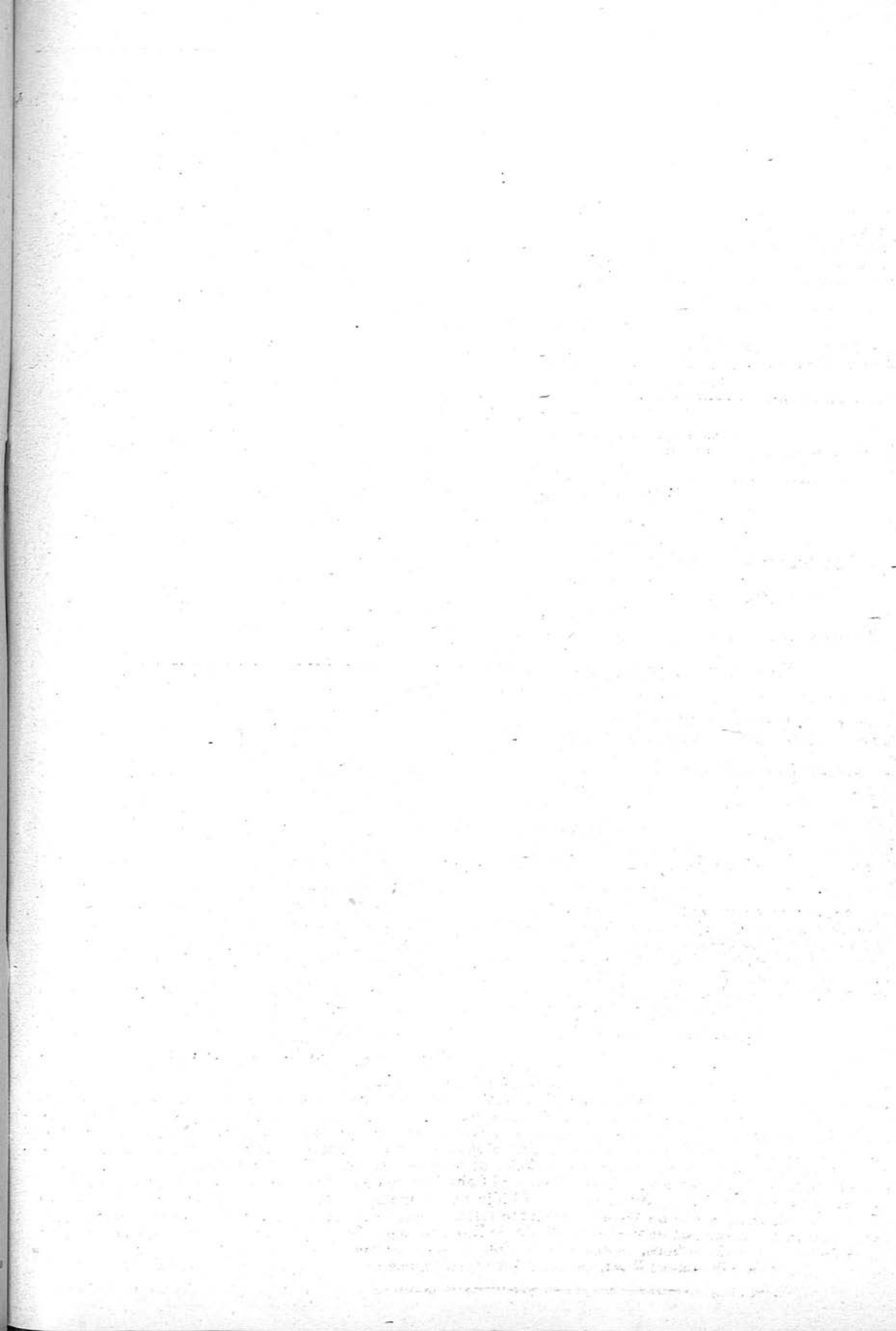
Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.

Nuestra Casa, que hasta ahora se llamó EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, se llama desde hoy:



Editorial Llorca y C.^a

Rogamos á nuestros abonados que tomen nota de este cambio de título Editorial.



EDITORIAL LLORCA y C.^a - Madrid

MESONERO ROMANOS, 42. APARTADO DE CORREOS 367

Novísima Historia Universal

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida a partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 grabados. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en láminas de colores, mapas etc. *Cinco pesetas el volumen en rústica y seis pesetas encuadernado en tela.*

Acaba de publicarse el tomo VIII. «Formación de los grandes Estados.

Novísima Geografía Universal

por ONÉSIMO y ELISEO RECLUS. traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.^o de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Cuatro pesetas el tomo en rústica y cinco pesetas encuadernado en tela.

La Ciencia para todos

Una peseta volumen, encuadernado en pasta y con numerosos grabados.

Historia de Europa.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—El Polo Artico y sus misterios.—La vida íntima de los griegos y los romanos.

Biblioteca de Cultura Contemporánea

LOS MEJORES AUTORES.—LAS MEJORES OBRAS

El Arte de Leer, por E. FAGUET, de la Academia Francesa.

La Nueva Libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.

Dos pesetas volumen, magníficamente presentados.

Argentina y sus grandezas

por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Un tomo un folio, á todo lujo con más 3.000 fotograbados en cobre y tricomías, encuadernado en piel y relieves. *25 pesetas*

VOLUMENES DE PRESENTACIÓN MODERNA. CUBIERTAS Á TODO COLOR

La danza del corazón, novela, por JOSÉ FRANCÉS
3,50 pesetas (Acaba de publicarse).

Libro de diversas trovas, por DIEGO SAN JOSÉ, 2 pesetas.

Teatro de Amor, por JOSÉ FRANCÉS, 3 pesetas.

La Vida Eterna, por C.R. AVECILLA, 3 pesetas.

La Libertad de la cátedra, por M. MORAYTA.—Sucesos universitarios de la Santa Isabel. Asalto y clausura de la Universidad de Madrid por la policía, *2 pesetas.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras de Sherlock Holmes.

Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos. *Una peseta volumen.*

Novelas en cartón á una peseta

La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hipnotizados.—El desquite del viejo mundo, por G. Guittón y G. Rouge.—Doña Martirio, por M. López Robert.—Amor de pobre, por R. de Solano Polanco.—Márgara, por A. Larrubiera.—La tirana, por E. Ramírez Angel.—El otro hogar, por Adelardo F. Arias.—D. Juan de Austria, por Antonio Santero.—In illo tempore, por E. Sánchez Vera.—De espaldas al sol, por J. Téllez y López.—El diamante del comendador, por P. du Terrail.—El crimen de la calle de la Paz, por Adolfo Belot.—Jerónimo Paturot, por Luis Ribaud.—Los hermanos de la costa, por M. González.—La corte de Luis XIV, por A. Dumas (2 tomos en rústica).

EN PREPARACIÓN.—BIBLIOTECA DE JUGUETES

Lo que cantan los niños

Magníficas tapas

en tela para encuadernar la NOVELA ILUSTRADA. Las novelas de Victor Hugo, en 2 tomos.—Las de Tolstoy, en uno.—Los tres Mosqueteros y Veinte años después, en uno.—El Vizconde Bragelonne, en uno.—El Conde de Montecristo, en uno.—Ascanio y Las Dos Dianas, en uno.—El paje del Duque de Saboya, El Horóscopo y la Reina Margarita, en uno.—La Dama de Monsoreau y los Cuarenta y cinco, en uno.—Rocambole, en ocho.—Memorias de un médico, en uno.—El Collar de la Reina, en uno.—El Tribunal de la Sangre, en dos.—El Siglo de las tinieblas, en dos.—Angel Pitou y El Caballero de Casa Roja, en uno.—La Condesa de Charny, en dos.—Las obras de Mayne Reid, en dos.—El hijo de Artagnán y Eugenia Grandet, en uno.—El oro sangriento, Flor de Alegría y La señorita de Montecristo, en uno.—Los Mohicanos y Las lobas de Machecul, en tres.—Don Juan Tenorio, en uno.—La maldición de Dios, en uno.—Diego Corriente, en uno.—El alcalde Ronquillo, en uno.—Los Girondinos, en dos. *Precio: Una peseta.*—Forman un hermoso tomo de lujo.

Pedidos: MESONERO ROMANOS, 42, y á los correspondientes de la NOVELA ILUSTRADA